



NOSOTROS

LA CONFERENCIA DE LA PAZ

La humanidad trabaja por la reconstrucción del mundo. Los hombres, aisladamente, pueden ser remisos y cobardes, y tender hacia el pasado o estarse dormidos; pero la humanidad avanza. Fuimos optimistas cuando estalló la guerra, aun previendo fácilmente su horror y sus consecuencias terribles, todas las cuales se han producido: el hambre, la peste y la revolución; somos optimistas ahora que el mundo busca trabajosamente su equilibrio.

Aunque no todos los signos del día anuncian el soñado mundo mejor, nos mantenemos inquebrantablemente optimistas. Vendrá la paz, y sus soluciones representarán en todos los órdenes, por lo menos en el económico, moral y político, un estadio del desenvolvimiento humano superior al que le precedió. Tal es nuestra fe.

No será la paz de los espíritus. ¿Cuándo hubo en los siglos tanta inquietud en los corazones, tanta turbulencia de ideas en las mentes, como hay ahora? Todavía quedan los que creen que nada ha cambiado; todavía luchan por refrenar esta briosa carrera de la humanidad, los que gustan del paso corto; pero en los cinco continentes los pensadores viven enfermos de pensar, y los hombres de acción se consumen de coraje y audacia. Aunque minoría entre los millones de seres del planeta, ellos son enorme muchedumbre de cabezas soñadoras: sabios, estadistas, tribunos, poetas, o nada más que hombres conscientes.

¡Ah! quien descubriera todos los techos, ¡cuántas noches insomnes, cuántas vigiliass laboriosas, cuántas angustiosas meditaciones, cuántas decisiones magníficas contemplaría, todas consagradas al porvenir del mundo!

* * *

En estos momentos, lo principal es el problema de la paz, es la afirmación en la conferencia de París de los catorce principios wilsonianos por el unánime consenso de las naciones victoriosas en la guerra. Dura tarea hacer la paz. "Ha pasado el tiempo en que los diplomáticos podían reunirse para rehacer en un rincón de mesa los mapas de los imperios" — ha dicho Poincaré en su discurso inaugural de la magna conferencia, el 18 de Enero. Por suerte, aquella histórica sesión inaugural, democráticamente sencilla, según la ha referido el telégrafo, parece hacer veraz dicha declaración. Queremos creer en las limpiass intenciones de la Conferencia y que en ella, por la buena voluntad unánime, se alcanzará el acuerdo entre el pensamiento y la acción, entre las exigencias de la realidad y la idealidad de los sueños. No nos forjemos, sin embargo, excesivas ilusiones. Hombres son los que en París están reunidos, hombres que llevan sobre sus espaldas el fardo trágico de la guerra y algunos de ellos parte de la responsabilidad; los problemas planteados, múltiples y complejos; los intereses de las naciones convocadas y no convocadas, rarísimas veces concordes, casi siempre antagónicos; la mentalidad del mundo, que es la atmósfera que la conferencia respira, todavía envenenada por ambiciones y extravíos del pasado. No será fácil sellar y firmar en aquella mesa una obra perfecta. La más clarovidente y generosa conciencia de aquel congreso que debe reparar el mal e impedir su repetición, es la de Wilson, orgullo de América, y ya cuenta algún diario norteamericano con intencionada perfidia, que el presidente "está algo desconcertado, pues comprende la imposibilidad de realizar todos sus ideales".

La más peligrosa ingenuidad sería desconocer todo esto y descansar ciegamente confiados en lo que resuelva la conferencia de París. La mentalidad bélica aun no ha muerto. El imperialismo capitalista aun grita, amenaza y excluye, prepotente. La nueva diplomacia aun no ha matado la vieja. La prensa

amarilla del mundo entero, que sostiene las peores causas, continúa sembrando la confusión y la discordia. ¡De qué voluntad habrá menester Wilson y los estadistas que han adherido a su programa, para vencer tantas dificultades y deshacer tantas maquinaciones!

A pesar de todo, conforta la consideración de lo hasta ahora actuado por la Conferencia. Ciertamente, aun a través de las trucas y tendenciosas informaciones telegráficas, no se advierte que exista completa armonía entre los delegados y las naciones que ellos representan; aun más, entre las clases y grupos que han hecho la guerra y la misma Conferencia; ello no obstante, las resoluciones hasta ahora tomadas por ésta son honradas y firmes. Domina sobre las demás por su importancia — aun sobre la creación de la liga de las naciones, la cual hasta la fecha, a nuestro juicio, no pasa de un proyecto incompleto, no descendido al terreno de la realidad — el desestimiento de la pensada intervención militar en Rusia, y la invitación a los grupos organizados rusos, inclusive los maximalistas, a conferenciar con las potencias aliadas en la isla del Príncipe. En vano cierta prensa ladra furiosamente contra el reconocimiento del gobierno bolsheviki, más fuerte que nunca, al parecer, y protestan airados contra este acuerdo con “los asesinos”, hombres como Sazonoff, quienes no nos traen otro recuerdo que no sea el de los sangrientos años del zarismo y de la preparación y comienzo de la guerra; la ecuanimidad de Wilson ha triunfado una vez más. *L’Humanité* lo ha dicho: “El presidente Wilson habla el lenguaje que los obreros del mundo civilizado aguardaban”. Algo se descorrerá por fin — es de esperarlo, si la conferencia de la isla del Príncipe se lleva a cabo — el velo que oculta los asuntos de Rusia. Esto también nos hace confiar en que pueda llegarse a un acuerdo — por lo menos sobre determinados puntos — entre la doctrina wilsoniana y la maximalista, que son distintas pero no opuestas ni inconciliables.

En su libro *Los bolsheviki y la paz del mundo*, escrito durante la guerra, traducido al inglés y editado en Nueva York en 1918, León Trozky establece “las condiciones sobre las cuales la paz debería ser concluida — la paz de los pueblos mismos, y no la reconciliación de los diplomáticos — y que debe ser la misma para la entera Internacional”. Esas condiciones

son: *No contribuciones. El derecho de cada nación a su autodeterminación. Los Estados Unidos de Europa — sin monarquías, sin ejércitos permanentes, sin castas feudales gobernantes, sin diplomacia secreta.* ¿No es esto lo mismo que reclama el sentimiento democrático del mundo, al apoyar los ideales de Wilson? ¿Habló él de otra manera, cuando recordó el 24 de Enero en su discurso sobre la liga de las naciones, que “nosotros no representamos en esta reunión a los gobiernos sino a los pueblos, y en consecuencia no basta satisfacer las aspiraciones de los gobiernos, que también pueden ser legítimas, sino sobre todo satisfacer las aspiraciones de la humanidad, las cuales yo considero indiscutibles”?

Se ha dicho por un conocido socialista francés que el presidente de los Estados Unidos trata de salvar a la burguesía y que ha llegado el momento de escoger entre él y Lenin. Nosotros creemos que esta hora histórica reclama que todos los hombres honrados del mundo apoyen a Wilson. Entre su ensueño democrático, pacifista, de conciliación de clases, realizable por el acuerdo de las naciones, y el ensueño comunista de Lenin y Trotzsky, que tiende a realizarse por la revolución y la dictadura del proletariado, media sin duda un largo trecho, y entre ambos cada hombre y cada grupo escogerá el que su criterio y las circunstancias le aconsejen; pero el punto de partida y parte del recorrido son los mismos, y la victoria de los ideales wilsonianos prepara sin duda a los soñadores de un futuro más justo, otras más amplias y completas victorias.

LA HUELGA SANGRIENTA

NOSOTROS se mantiene, como corresponde, alejada del movimiento político nacional. No es su función comentar los acontecimientos políticos del día, por graves que momentáneamente aparezcan. Raras veces hemos infringido esta oportuna prescindencia. No recordamos haberlo hecho sino a propósito de la transformación de nuestras costumbres electorales por obra del nobilísimo tesón del presidente Sáenz Peña, y posteriormente con

motivo de la ascensión al gobierno, del partido radical, del cual se esperaba la iniciación de una nueva era para la república. No cabe dudar que en el último decenio han sido éstos los dos acontecimientos más importantes en la vida política argentina.

Hoy volveremos a hablar de sucesos de actualidad. Esta revista es de cultura y cree haber demostrado en sus doce años de existencia que el bien intelectual y moral de la patria constituyen su fundamental preocupación: por lo mismo, consideraría faltar indignamente a su programa, si no comentase con juicio recto y franco los trágicos y trascendentales sucesos acaecidos en la segunda semana de Enero. Porque ellos han sido algo más que una pasajera subversión de las instituciones y un lamentable derramamiento de sangre; han sido el signo de un estado de cosas que pide inmediata corrección y prolonga su sombra siniestra sobre el porvenir de la República.

Si en estas líneas hablaran la pasión y la indignación del momento, ¡cuántas comprobaciones crueles deberíamos hacer, cuántas cosas amargas decir! Optamos por callar el minucioso examen de los hechos ocurridos. Están documentados. Aunque muchos diarios disimularon y ocultaron, unos pocos supieron cumplir con su deber. Además, lo que las plumas no se atrevieron a decir, lo dicen, estremecidas aún de horror, muchas bocas. Han sido setecientos, acaso mil los muertos, millares los heridos, cifras que espantan, porque ningún movimiento obrero en América, rarísimos en el mundo, causaron tantas víctimas. Han caído a montones los inocentes — entre ellos no pocos niños y mujeres. No todos cayeron en la barricada o en el cantón, de ningún modo. Los patios y calabozos del departamento y de las comisarias saben qué feroces represalias se tomaron contra quienes, con motivo o sin él, los visitaron en aquellos días inolvidables. Buenos Aires sabe desde ahora qué cosa inicua son los *pogroms*, los verdaderos *pogroms*, llevados a cabo contra la indefensa colectividad judía, acusada, por una estúpida aberración del noble sentimiento de patria y por la perfidia sectaria y por la cruel inconsciencia de elementos irresponsables, de ser la única culpable. Presenció un inicuo deporte, alegremente cantado: “la caza al ruso”. ¿A qué seguir? Luego, sobre tanto horror ha descendido el púdico manto del cobarde silencio, de la falsa conmiseración, del cursi sentimentalismo. Y después de “la unión sagrada” han sobrevenido las recíprocas inculpaciones; después

de la represión desmedidamente sangrienta, el arrepentimiento tardío por todo lo que pudo hacerse y no se hizo. ¡Cuánto motivo de risa, si no hubiera más de llanto!

Y nada de esto debió suceder, a haber habido previsión y conciencia. Desvanecida la trágica farsa de la federación de los soviets argentinos, tramada burdamente por la policía y auspiciada ¡ay! por diarios que un tiempo guiaron e iluminaron la República; deshecho el espantajo maximalista, agitado, no sabemos si por cálculo o tontería; hecha a un lado la especie tendenciosa, inaceptable a nuestro juicio, de que el movimiento haya sido fomentado y preparado, con tortuosos fines políticos, por el mismo gobierno, ¿qué queda?

En primer término: Una justificada explosión del sentimiento popular, extendida hasta una huelga de vastísimas proporciones, la cual degeneró en asonada, por imprevisión o desconcierto de la policía, que no supo proceder correctamente a tiempo contra los elementos de desorden que falsearon la que debía ser una magna y pacífica protesta proletaria. En segundo término: una ciega y rabiosa represión sangrienta, no proporcionada a la pasajera subversión que el primer acto de la tragedia produjo, e injustificada en la mayoría de sus procedimientos. Nosotros no vemos en lo acaecido sino las mismas causas que produjeron la gran huelga general de 1909, mucho menos sangrienta: si los efectos han sido tan diversos, esa desviación debe atribuirse a los factores residuos que hemos señalado: imprevisión y desconcierto. Admitamos también, para apurar el análisis, la sugestión que pudo ejercer sobre el ánimo de unos cuantos exaltados, los contemporáneos acontecimientos de Europa, principalmente la revolución espartaquista de Berlín. Pero de eso a una revolución de antemano organizada corre mucha distancia. Se ha podido ver, que si hubiese habido organización y preparación en la revuelta, Buenos Aires habría fácilmente caído en poder de los revoltosos, aunque sólo fuera durante el tiempo necesario para ahogar en sangre el movimiento con tropas del interior. No. Fueron muchos los fantasmas creados. El pueblo oyó disparar día y noche más veces las ametralladoras y los mausers, que los revólvers. En cuanto a los elementos maleantes, los hacemos a un lado, como factores descontables. En qué movimiento popular, legítimo o no, dejan de mezclarse?

El miedo explica muchas cosas, si no las justifica, y en este

caso, él es el mayor responsable, después de la imprevisión y desconcierto del primer momento. El creó muchos de esos fantasmas e hizo correr mucha sangre. Pero por debajo del miedo, hay algo más: hay fallas de educación y moralidad, deficiencias del sentimiento cívico y humano, las cuales no pasan con el miedo y constituyen peligrosos factores de regresión y desorden para el futuro.



Dijimos en nuestro editorial del 27 de noviembre pasado (núm. 115) que la Argentina viviría muy pronto días luctuosos, si no concertaba su paso con la marcha del mundo y procedía a crear un vasto cuerpo de legislación social, que tendiese a conciliar equitativamente los intereses de clase y a nivelar los beneficios y los goces de todos los ciudadanos. No sospechábamos, que tan pronto se hiciese cierta la ingrata profecía. Ahora, después de lo sucedido, más que nunca ella queda en pie, para el porvenir. La anhelada obra de reparación de las históricas injusticias económicas, se ha convertido en un despiadado aplastamiento de los que levantan la cabeza para pedir aquella reparación. La clase obrera ha vuelto al trabajo, no pacificada, sino exasperada. ¿Quién duda que está fermentando en ella el espíritu de rebelión y que son su levadura los agravios de que ha sido víctima en la pasada semana? Estos regueros de sangre, tardan en secarse!

Se ha sembrado mucha cizaña. Es necesario extirparla. La tarea no será fácil, pero lo mejor es empezarla enseguida. Nada se hará con leyes de excepción, con la persecución, la cárcel y el destierro; nada, pretendiendo ilusoriamente correr un telón entre la República y Europa para que no veamos lo que allá sucede y nos creamos en el dichoso país donde "la cuestión social no existe, porque todos pueden hacerse ricos". El espectáculo de Europa, al contrario, es estimulante y confortador. Allá se está haciendo obra de reconstrucción social. Imitemos. Si aquí no gusta la palabra reconstruir, empléese "transformar". El mundo marcha rápidamente y es peligroso quedarse atrás. Cuando así sucede, se pagan con sobresaltos y sangre, la incomprensión, la negligencia, la pereza, el egoísmo que nos impidieron marchar con los demás. Lo que en Inglaterra, en la conservadora Ingla-

terra, parecía hace nueve años obra execrable de la más desenfrenada demagogía: el programa de Lloyd George—, ha logrado un ruidoso triunfo en las recientes elecciones; apoyado y defendido por los mismos que pedían en 1909 y 1910 la cabeza del ministro de hacienda, porque trataba de aumentar un poco las contribuciones que pagaban los ricos. Y no es aventurado predecir que ese programa explícito y avanzadísimo que consulta todos los ideales humanitarios de los más audaces reformadores del liberalismo evolutivo, y que será votado enseguida por el nuevo parlamento que responde a Lloyd George, será superado muy pronto por el programa de los laboristas, en el cual lo que era tenido por risueña utopía se convierte en realidad posible y asequible. Y Alemania, ¡qué ejemplo ha dado al mundo! Y los Estados Unidos, Francia, Italia, los demás países de Europa, ¿por cual camino marchan? En tanto aquí nada hemos hecho ni pensamos hacer. Decimos lo último calculadamente, porque por más que, ante los sucesos producidos, lloren y filosofen las cámaras y los diarios sobre la falta de una amplia legislación social, y prometan hacer maravillas en breve tiempo, apenas el recuerdo de la tormenta haya pasado, volveremos a la criminal indiferencia de antes por todos los problemas sociales, o más aún, veremos a los lacrimosos cocodrilos de hoy oponerse resueltamente a todo honrado intento, venga de donde viniere, de reforma y progreso. A este propósito, para no dar sino un ejemplo, es lícito preguntar: ¿Qué ha sido del proyecto de impuesto a la renta, en principio elogiado por todos, en los hechos combatido con especiosas razones por la mayoría?

Es menester reaccionar. Una clase estrechamente conservadora, pretende seguir gobernando el país con criterios y métodos anticuados, pero se engaña. No lo podrá. Aún concediendo que en 1914 se justificasen sus criterios — que no se justificaban — los cuatro años de guerra han equivalido a un siglo para el progreso humano, también para la Argentina — ¡sería curioso que nos despreciáramos hasta el punto de negarlo! — y han hecho imposible mantenerse aferrados tercamente a las viejas fórmulas. O nuestra clase gobernante transforma su mentalidad volviéndose capaz de comprender la hora que corre, o será barrida. Habrá que dar mucho, para conservar algo.

La Nación publicó el 23 de Enero, en su sección telegrá-

fica, un artículo de G. S. Beeby, ministro de trabajo de Nueva Gales del Sur, respecto de nuestro movimiento obrero. Después de comparar nuestra situación con aquella en que se encontraba Australia en 1890 (!), dice Beeby:

“Entiendo que la Argentina tiene que hacer frente a los mismos problemas que otros países en esta cuestión y que debe establecer un mecanismo que fije un salario suficiente para la vida y horas razonables de ocupación, que dé la debida compensación al obrero, le asegure contra la enfermedad y dispense la conveniente protección al trabajo de la mujer y del niño.

“Ninguna nación puede existir hoy sin estar preparada para conceder estas disposiciones de reforma industrial. Un movimiento definido y constructivo de esta clase es la única alternativa ante el bolshevikismo”.

Esta es la verdad, y esperamos que no se nos reproche que no la ocultemos o disfracemos con vagos discursos.

Los discursos, las palabras sonoras y vacías que mienten ideas y sentimientos inexistentes: ahí está nuestro grave mal. No debe de haber país en el mundo donde mejor medre la retórica que en la Argentina. Todo es retórica: los programas de gobierno, las declamaciones de la tribuna, los editoriales periodísticos, la enseñanza en la escuela. Se vive de palabras que apenas responden a símbolos: la patria, la tradición, la argentinidad, el orden, las instituciones, el civismo... Conceptos muy nobles que reverenciamos, cuando bajan de la esfera de la nebulosa abstracción, para concretarse en programas de vida. ¿Qué son la patria y el orden sin justicia? ¿Qué valen las instituciones cuando son malas o anacrónicas? ¿Qué significa el civismo sin afán de trabajo ni honradez ni abnegación? ¿Qué debe ser la tradición sino ejemplo de indefinido progreso, de generoso esfuerzo ascensional? Si la argentinidad no es el espíritu de una nueva gran democracia que surge en el sur del nuevo continente, con nuevos ideales de vida, con un magnífico ensueño de justicia, verdad, libertad, tolerancia, ¿qué es que valga la pena de inventarle un nuevo nombre?

No porque se amparen de la bandera nacional, son respetables, ni siquiera tolerables las “patotas” aullantes que han aterrorizado la ciudad con sus vociferaciones contra los

extranjeros y sus asaltos a los hogares y bibliotecas de una laboriosa colectividad que aquí vive bajo la fe de nuestra libérrima constitución. Donde hay ideales y sentimiento no se destruye las cosas buenas y útiles, ni se apalea a los inermes, ni se maltrata a las mujeres y a los niños; no se mata, no se incendia, no se ultraja. ¿Habrá llegado para nosotros el momento de justificar en nombre del sentimiento de patria, los crímenes y depredaciones cometidos por Alemania en Bélgica? ¿Diremos también nosotros, como los generales teutónicos: métodos de guerra en país en guerra? ¡Sería sorprendente!

Por el honor de la República NosotROS reclama que todas esas ligas pro-patria y pro-argentinidad, todas esas guardias cívicas y policías civiles que proclaman una estulta guerra santa contra el extranjero, que desembozadamente anuncian la mordaza para los propagandistas de ideas que no sean las propias, que nos retrotraen a los tiempos de la mazorca, dominando con el más odioso y temible de los terrores, aquel que se yergue como brazo necesario del orden — sean impedidas en nombre del artículo 22 de la Constitución, de cumplir su obra nefasta.

Mas vayamos al fondo de la cuestión. En último análisis el problema es educacional. La tarea de reformar la mentalidad argentina, incumbe a la escuela, principalmente a la secundaria. La vida es una misión que el hombre debe cumplir austeramente. Nuestra escuela secundaria no lo enseña. La tenacidad en el esfuerzo, la contracción al trabajo, la disciplina rigurosa, son indispensables para el éxito. Nuestra escuela no lo enseña. Nada es estable, en el orden moral como en el material, y es quimérico pretender vivir en el pasado. Nuestra escuela no lo enseña. El porvenir solicita a los hombres, y la utopía de hoy es la realidad de mañana. Nuestra escuela no lo enseña. El mundo de mañana será de los prácticos, de los técnicos. Hay que saber servirse de las propias manos. Nuestra escuela no lo enseña. La República Argentina está enferma de burocracia. Nuestra escuela debiera señalar ese cáncer. Está enferma de vanas ilusiones. Nuestra escuela debiera desvanecerlas, en vez de fomentarlas. Está enferma de declamación. Nuestra escuela debiera combatir el mal. Hablar es pensar, y allí donde hay logomaquia y di-

fusión, no hay pensamiento. Nuestra escuela cultiva la logomaquia y la difusión.

Nuestra escuela enseña la letra y no el espíritu, inculca fórmulas y no hechos, palabras y no ideas; en su enseñanza falta lo fundamental: la conciencia histórica, la conciencia de que el mundo es un perpetuo devenir. El sentimiento de la continuidad del esfuerzo de las generaciones en el tiempo, y de la solidaridad humana en el espacio, no se adquiere en sus aulas. Tampoco el concepto de la organización social y de los recíprocos deberes. Tampoco el noble sentimiento de la curiosidad, madre de la ciencia. Tampoco la piedad y el espíritu de justicia. Ni la ciencia ni el sentimiento. Así crea generaciones sin siquiera cultura libresca, indiferentes a todo, sin vocación, sin iniciativa, sin la noción de su responsabilidad y sus deberes, ya moralmente relajadas por la tolerancia y concesiones culpadas de las autoridades, con la boca llena de palabras y el cerebro y el corazón vacíos.

Hemos señalado los dos factores esenciales del problema. Hace falta otra educación intelectual y cívica para las jóvenes generaciones y una obra inmediata de reforma social. Las ideas y los buenos propósitos serán los guardianes del orden, y no los discursos y los símbolos; la justicia, y no las bárbaras represiones.

LA DIRECCIÓN.

QUINTA ENCUESTA DE "NOSOTROS"

La literatura hispano-americana juzgada por los escritores españoles

Publicamos a continuación una nueva respuesta recibida a nuestra encuesta, iniciada en el número anterior entre los más ilustres escritores españoles, sobre la literatura hispano-americana.

Como recordarán nuestros lectores, las preguntas formuladas fueron las siguientes: (1).

1º Conoce usted la obra de los viejos escritores de América: de Olmedo, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Andrade, Hernández, por ejemplo? ¿Qué juicio tiene usted formado sobre su valor?

2º ¿Se interesa usted con alguna preferencia por la actual literatura hispano-americana? ¿Cuáles son, a su juicio, los mejores escritores americanos de la hora presente?

3º ¿Cree usted que, en su conjunto, la literatura americana ha expresado al nuevo continente?

4º ¿Cuáles son, según su opinión, los defectos más evidentes de la literatura de Hispano-América?

Contesta en este número un conocido novelista: Alberto Insúa. Nos dice:

(1) Véase en el número anterior de *Nosotros*, los fundamentos de la encuesta, la lista de los escritores consultados y las extensas respuestas de Julio Cejador, Adolfo Bonilla y San Martín, Quintiliano Saldaña, Emilio Bobadilla (Fray Candil), y Salvador Rueda.

Respuesta de Alberto Insúa

París, Noviembre de 1918.

Yo querría contestar minuciosamente a la encuesta de NOSOTROS sobre "la cultura de Hispano-América". No me es posible hacerlo. El interrogatorio que firman Bianchi, Giusti y Noé me llega a París en un momento de grandes emociones colectivas, de indescriptible actividad ideológica, en ese momento insondable en que estamos pasando de la guerra a la paz y en que están derrumbándose los últimos castillos feudales de Europa.

Desde 1914, suspendiendo mis trabajos en la novela y el teatro, me entregué en cuerpo y alma a vivir y a estudiar la guerra. Desde entonces estoy en Francia, ya en París, ya en el frente, ya a retaguardia, observando, anotando, instruyéndome en esta gran escuela de heroísmo y de civismo que ha sido Francia desde Agosto de 1914. Sólo escribo artículos, artículos y artículos, como quien hace maniobrar una ametralladora...

En lugar de ponerme *au dessus de la mêlée*, y de considerar la guerra con la impasibilidad de un esteta, la he seguido y sentido con impulsos sentimentales y humanitarios. El gran Verhaeren, el llorado maestro, me decía una vez:

—*Vous prenez la guerre comme un combattant...*

Exactamente. Y he aquí porque no me es dado responder a la encuesta de NOSOTROS con el reposo mental y la documentación abundante y escogida que tema tan noble y palpitante exige. Cubano recreado en España, hispano-americano y español a la vez, veo en toda la América Latina la patria de mi espíritu. No estoy contento—lo declaro con sinceridad dolorosa—de la España contemporánea y pongo todas mis esperanzas en las Españas transatlánticas; todas mis esperanzas — entiéndase bien — en una solidaridad hispano-americana que renueve el árbol hispánico.

Porque España necesita el apoyo, el calor y la mirada afectuosa y orientadora de sus hijos de América. Todo comercio de ideas entre la antigua metrópoli y su descendencia colombiana, encontrará en mí un propagandista activo y entusiasta. Nada me produce más lástima que la actitud de un Pío Baroja ante la cultura hispano-americana. Baroja es uno de esos vascongados impenetrables a la gracia latina. Esa impenetra-

bilidad ha hecho de él un enemigo de Francia, de Italia y de la América hispana, y un admirador de la *fuerte Alemania*, que acaban de derribar la inspiración latina y la tenacidad anglosajona. Otro vascongado. — Miguel de Unamuno — siente por la América de origen español el cariño y la devoción que todo espíritu universal y comprensivo tiene que alimentar por ella. Las *boutades* de Baroja no deben tomarse en consideración. Es lo que hacemos en España, donde no se toma en serio a Baroja sino cuando dedica su talento a obras verdaderamente artísticas.

Viniendo al cuestionario de Nosotros, he aquí lo que puedo responder. A la primera pregunta:

—Conozco fragmentaria e incompletamente a los viejos escritores de América. He leído a Sarmiento, a Andrade, a Mitre, a Hernández, a Martí, a José Ma. Gutiérrez, a Olmedo, a Bello. Mi juicio acerca de su valor es respetuoso. Sarmiento es para mí un gran escritor y un gran político. Andrade es un poeta de estro vigoroso. El *Martín Fierro* de Hernández es el canto de la tierra argentina. Con tiempo y renovando lecturas me sería posible hablar largamente de los fundadores de la intelectualidad de Hispano-América. La obra de los precursores ha sido siempre ardua y desigual. Poetas o gramáticos, literatos puros o con orientaciones políticas, pedagógicas o históricas, los primeros escritores de nuestra América han carecido del reposo que dan las nacionalidades constituídas y del apoyo espiritual del pasado. Mientras sus patrias se constituían políticamente, en el dolor y el tumulto de las guerras de independencia o de las luchas civiles, esos hombres *plantaron* las semillas de la cultura hispano-americana, hoy en plena fructificación.

A la segunda pregunta respondo:

—Me intereso vivamente por la actual literatura hispano-americana. Los libros de mi eminente y malogrado amigo Rodó figuran entre el centenar de mis predilecciones. "Mis poetas" son, en su mayoría, hispano-americanos. Darío — al que conocí y quise mucho — y Amado Nervo — al que quiero fraternalmente, son los que más hondo hablan a mi corazón. Ellos y Antonio Machado me bastarían en las horas en que mi alma necesita un poeta, si mi curiosidad literaria no me hiciese leerlos a todos, aunque su visión del mundo se aparte de la mía. No siempre se busca en el poeta la seducción o el consuelo. A

veces se busca en él al enemigo, al contrincante, al antípoda espiritual. Creo conocer a todos los poetas de América en habla castellana. Leopoldo Lugones me inspira una altísima consideración. No diré cuáles son a mi juicio "los mejores escritores hispano-americanos de la hora presente" porque soy incapaz de una definición semejante. Puedo decir — dejando al lector el cuidado de recordar la nacionalidad de cada uno de ellos — que frecuento y admiro las páginas de Enrique José Varona, de Ricardo Rojas, de José de Armas — el gran cervantófilo, — de Vargas Vila, de "Almafuerte", de Blanco Fombona, de Ingenieros, de Ugarte, de Ghiraldo, de Jorge Huneus, de Manuel Gálvez, de F. y V. García Calderón, del malogrado Jesús Castellanos, de los hermanos Henríquez-Ureña, de José P. Otero — cuyo reciente curso de conferencias en la Sorbona me pone en camino de conocer a fondo la "civilización argentina"—, de Hernández-Catá, de esa pléyade que colabora en NOSOTROS... Puedo decir que conozco el esfuerzo dramático de Florencio Sánchez y las comedias excelentes de García Velloso. Lo que no puedo hacer es detenerme ante la obra de cada uno de estos escritores ni recordar a tantos otros del mundo hispano-americano, que me parecen considerables. Téngase presente que desde Agosto de 1914 no leo más que periódicos, revistas y libros de la guerra, y que de los cincuenta y uno que ésta ha durado apenas he pasado cuatro o cinco meses en Madrid, donde están mi biblioteca y mi hogar y donde no faltan nunca artistas y escritores hispano-americanos, que traen a los círculos y los cenáculos matritenses las últimas palpitaciones de las Españas transatlánticas.

La tercera pregunta del cuestionario de NOSOTROS está redactada con cierta vaguedad. Los términos "literatura americana" y "nuevo continente" autorizarían a reunir en la respuesta los nombres de Edgard Poe y de Rodó, de Walt Withman y de Rubén Darío. Un paralelo entre la América de savia latina y la de sangre anglo-sajona, desde el punto de vista literario, sería, ciertamente tentador, pero los interrogadores de NOSOTROS han querido referirse, sin duda, a la parte media y meridional del continente, poblada por latinos de origen español.

Así circunscrita la pregunta, yo respondo que no me parece que la literatura hispano-americana haya reflejado todavía todas las luces y esplendores del alma continental. Algunos poetas

hispano-americanos — Andrade, Hernández, Zorrilla de San Martín, Guido Spano — han comenzado el poema de la América española. Con Rubén Darío, Lugones, Nervo, Santos Chocano, etc., Hispano-América se impregna de modernidad europea, de líricos perfumes de Francia y de sanos aromas de Castilla, sin perder los olores de la tierra natal. De ese período de confusión, más bien de transubstanciación, entre las juveniles musas de América y las de Europa, cargadas de ciencia y de experiencia, ha de brotar el fruto en sazón de la poesía hispano-americana. Hispano-América, nos ha dado ya al divino Rubén, es cierto, pero Rubén era un cantor errabundo (yo tuve el honor de revisar las pruebas, de su *Canto errante*) y la América hispana necesita un aeda que se inmovilice en aquel suelo como un árbol y lo contemple con cada una de sus hojas y lo cante con cada una de sus ramas. Ese poeta continental no ha surgido aún. Acaso, no pueda surgir. La América de Colón ¿no sería demasiado grande hasta para un Víctor Hugo?

Faltan novelistas en nuestra América. Si; ya sé... No olvido ningún nombre, ningún intento, pero ¿dónde hay un Balzac o un Galdos argentino, chileno o americano? Y no los hay todavía porque la novela necesita público, calor de comprensión, *lectores*... Y nuestra América es tan joven que se interesa más todavía con lo de fuera que lo de dentro. Está llena de curiosidades exóticas.

Una novela "que pase" en la Pampa, en las alturas andinas, en la manigua cubana, en Rosario o en Pernambuco, en La Paz o en el Camagüey, no seducirá sino a varios docenas de hispano-americanos. La generalidad solo quiere novelas de París...

¡Ay, París de mis amores, París de Balzac, de Flaubert, de Maupassant, de France, de Bourget, de Prevost, de Charles Louis Philippe, qué exprimido, qué repetido estás! De América, de nuestra América, tiene que salir también la novela nueva. ¿Cuándo surgirá? No lo sé... Y el continente — según la frase de NOSOTROS — "no habrá sido expresado por su literatura", hasta que sucedan en él varias escuelas de novelistas. Esas escuelas nacen; no lo ignoro. Nadie espera con más ansiedad que yo los frutos de su gestación. ¡Ojalá quisiera hacer de mi el destino un novelista de nuestra América! Sólo he podido hablar hasta ahora de España y de Francia, de Madrid y de París... Y he nacido en una tierra americana que es un emporio de gra-

cias, de luces, de colores y de pasión... Creedme, hermanos novelistas de América, la mejor novela es la de la tierra natal. Puede perdonarse el exotismo, el *européismo*, a quien, como yo, es un trasplantado. Yo tenía trece años cuando salí de Cuba, a donde no he vuelto aún y de la que tengo *saudades* incurables.

¿Los defectos más evidentes de la literatura de Hispano-América? No sé, no los veo... Yo suelo enamorarme de muchas cosas por lo que tienen de irregular, de defectuoso, de excesivo. No soy un académico. La gramática no me parece una deidad rígida y glacial, sino una estatua en constante período plástico a la que toda mano hábil e inspirada puede imponer un nuevo ritmo o agregar una seducción. Y digo esto porque — academizando un poco — el defecto más visible de la literatura hispano-americana es su rebeldía o sus olvidos ante las pragmáticas de nuestra lengua. Hay puros hablistas, y, hasta casticistas, en nuestra América, pero lo que más abunda es el escritor que escribe en una prosa esmaltada de modismos nacionales, plagada de galicismos e italianismos y de una sintaxis... heterodoxa. En algunos, cada licencia es un acierto. En la mayoría no hay licencia, sino ignorancia. Esto último proviene de que la selección literaria es en la América española más laxa que en la vieja metrópoli. La *grafomanía* es epidemia natural de los pueblos jóvenes. Ese *furor literario* pasará. El tiempo, con su cedazo de apretadas mallas, hará la selección. Pero convendría que las plumas conscientes de la América fuesen facilitando la labor del tiempo.

Todo lo que sea literatura popular, todo lo que sea *folklore* hispano americano, es plausible. Todo lo que sea desconocimiento de la gramática castellana exige condenación. Insisto en que la gramática está en perpetua evolución, en que es esencialmente plástica, pero hay que conocerla para modificarla. Rubén Darío la conocía perfectamente y por eso pudo permitirse con ella repetidas confianzas. Nada me dolería tanto como que se me confundiese con un Valbuena o un Casares. El lector discreto sabe lo que he querido decir.

Resumiendo: los defectos de la literatura hispano-americana son el exotismo exagerado y su desequilibrio gramatical. Pero ¿hasta qué punto son defectos? ¿Hasta qué punto no son una y otra cosa las etapas naturales de esa evolución que conduce a la América hispana de la juventud a la madurez. del aprendi-

zaje a la maestría? Los hispano-americanos leen mucho, viajan mucho. Entre su *exotismo* y el neoclasicismo, o mejor dicho, *trisonismo* de algunas escuelas españolas, es mil veces preferible el primero. Diré más aún: ese *exotismo* es necesario, es la importación espiritual de América para constituir su arte y su literatura.

Más grave es la cuestión del idioma. ¿Ha de conservarse en toda la América hispana, desde México hasta el Cabo de Hornos, un cánón literario, un léxico castellano que evolucione en armonía con el de la metrópoli, o ha de aprobarse que en cada España colombiana se forme una "variante" de la lengua maternal? Un volumen no bastaría para responder. Yo soy partidario de la unidad. Una lengua uniforme en la expresión del pensamiento y de las altas emociones artísticas, podría ser el alma unánime de las Españas de ambos lados del mar. Y esto sin que existiese hegemonía, sin que la ley se dictase en la Academias de Madrid... De tiempo en tiempo los grandes prosistas y poetas de España y de América española podrían comunicarse sus inquietudes y sus inspiraciones y contribuir al fomento y esplendor de la herencia de Fray Luis y de Cervantes.

ALBERTO INSÚA.

“CLARO DE LUNA”

Suena el clásico armonium... al conjuro
De los dedos liliales de la joven
Bella novia gentil, vibra el suave,
Dulce “Claro de luna” de Beethoven.

En expansión magnífica y serena
Se difunde su lánguida armonía,
Y parecen sus notas las del coro
De una banda de pájaros heridos.
Cuyo triste cantar el alma llena
De una grave y sutil melancolía...

¿Canta así acaso el ruiseñor herido?
¿O acaso el tierno trovador errante,
Al golpe hundido del amor celoso?

¿De qué bendito cielo misterioso,
Su inspiración purísima y vibrante
Robó, triste y amante,
El inmortal Beethoven, nota a nota...?

Yo no sé qué de místico y sagrado
Palpita en ese ritmo suspirante...
Sugiere el llanto de algún alma rota
En cruel dolor de amores,
Un hondo ruego de piedad al cielo
Por pena inconsolable...
O de dicha inefable
Quejumbres de nostalgias infinitas...!

Suena el clásico armonium. Lentamente,
Suaves, pulsan su rítmico teclado
Las manos prometidas;
El aire en los registros se hace nota,
Y a su ritmo inspirado,
Imprégnanse las almas elegidas
En cándida dulzura,
Suavízase el ambiente,
Y surgen mil ideas en la mente,
De tristeza, de amor y de ventura...!

El alma sueña... y su ilusión pristina
Divaga por las mágicas regiones
Donde alumbra, divina,
La luz del Ideal... sueña y divaga;
Y al harmónico hechizo de las notas,
Rememora en sus sueños
Contemplaciones vivas y remotas,
Y paisajes de ensueños...:

El crepúsculo tiñe en sus carmines
Como un igneo volcán el horizonte;
Del espacio en los últimos confines,
Del bosque tras las cúpulas frondosas,
Húndese el sol, muriente y desangrado!
Palios de nubes, cúmulus gigantes
En que su sangre el propio sol refleja
En encendidas púrpuras, le forman
Un augusto dosel en su agonía!

Muere la tarde... y ya ni bien se aleja
Su última lumbre en que se pierde el día,
Plácidamente en la amplitud remota
Del alto cielo, la apacible luna,
Triste viajera en su bajel de plata,
Las blancas trenzas de su luz desata...;
Desgreñada su luz tranquila y pura,
En suavísimos rayos se difunde
En el campo, en el bosque, por doquiera;
Con la sombra entreteje el claro-oscuro;

En la masa del aire se entrefunde;
En amplio, móvil, ondulante espejo
Torna al mar, azogado
De su brillo purísimo al reflejo;
Sobre el suelo del bosque, entre el follaje,
En blancos redondeles,
Argentinos tesoros desparrama,
Y a través del calado de las hojas,
En mirífica trama,
Como encajes finísimos urdimbra
De una novia ideal... Al suave hechizo
De su luz bendecidas,
Elévanse las rosas como hostias...;
Los árboles envuelve como leve
Muselina de nieve;
Y húmeda de rocío en la llanura,
En mullido vellón de niebla fina,
Esponja entre los céspedes su albura...!

Todo es blanco y traslúcido y sereno!
Reinan la calma y la quietud supremas;
Límpidamente el pensamiento fluye...
Recorre los caminos de la vida...
En los recuerdos su ilusión diluye,
A la esperanza su ilusión convida...!
Boga el Ensueño sobre un mar de plata;
La vela es cándida y ebúrneo el remo,
Suave la estela, el céfiro apacible...
Su gallardete de ilusión, la luna!
¿Cuál su norte supremo?
La suspirada calma en el regazo
De un dulce puerto en que el oleaje horrible
No encuentre nunca paso,
Y sí tan solo la onda bonancible...
De remero el Ensueño, poeta eterno...!
Sueña, poeta, tu ilusión de luna...
Boga, sin fin, sobre tu mar de plata...!
Hay perfumes de amor... ya no la pena
De un nostálgico amar nunca arribado.
Poeta enamorado;

¿No sientes como suena
 De los dedos liliales al conjuro,
 En expansión magnífica y serena,
 En el clásico armonium la Sonata?
 ¡Sueña, poeta, tu ilusión de luna...!
 ¡Boga, sin fin, sobre tu mar de plata...!

“Claro de Luna”... en tu ilusión divina,
 Soñando el alma se remonta al cielo,
 Y, como nunca, en el mezquino suelo
 Siéntese extraña y triste peregrina.

“Claro de Luna”... que a mi mente traes
 De dulce amor soñada melodía...
 Novia, mi musa inspiratriz, que atraes
 Mi alma de nuevo a la ideal Poesía...,
 Yo siento, sí, muy hondo como suena
 En el clásico armonium la sonata,
 De los dedos liliales al conjuro;
 Y en su expansión magnífica y serena,
 Yo no sé qué de místico y sagrado
 Palpita en ese ritmo suspirado...!

.....

Suena el clásico armonium... y al conjuro
 De los dedos liliales de la joven
 Bella, novia gentil, sigue el suave
 Dulce “Claro de Luna” de Beethoven...

GUSTAVO S. GÓMEZ.

Corrientes.

CUENTOS JUDIOS (*)

El ayuno

Una noche de invierno. Sara está sentada al lado de la lumbre y remienda una media gastada. No trabaja con apuro, pues sus dedos están helados; debido al frío sus labios han tomado un color azul, y por instantes abandona la labor y marcha a grandes pasos por la habitación a fin de hacer entrar en calor sus piernas.

En la cama, sobre una almohada de paja, duermen cuatro niños—dos a cada lado,—cubiertos en el medio con ropas viejas.

De cuando en cuando despierta otro chico, se levanta una cabeza y exclama: “¡Quiero comer!”.

—Un momento, hijitos, un momento—les consuela la madre.—Ahora no más vendrá vuestro padre y traerá algo para cenar; a todos os voy a despertar.

—¿Y el almuerzo?—preguntan los niños llorando.—¡Si todavía no hemos almorzado!

—El almuerzo también.

Ella misma tiene poca fe en lo que dice. Dirige la vista

(*) Publicamos a continuación tres cuentos variados de un grande escritor judío — Isaac L. Peretz, — traducidos del idisch al castellano para Nosotros por S. Resnick. Del valor de la literatura con que ya cuenta el idisch bastaría a dar prueba la obra de Peretz, constituida de novelas, dramas y cuentos en todos los cuales se destaca un temperamento de escritor nada común, alentado por una gran piedad humana y excelente artista en el manejo del símbolo. Nació Peretz en 1851 y murió en 1917. Sería más conocido, y sin duda lo merece, si no hubiera escrito en la lengua popular de su raza, que no es por ahora lengua de cultura. Su traductor, que ha hecho conocer a Peretz entre nosotros en la revista israelita *Vida Nuestra* y en otros periódicos, dará a luz en marzo próximo, todas sus traducciones en un volumen que aconsejamos leer. Las notas que llevan los cuentos, son todas del traductor. N. de la D.

en torno suyo para ver si queda aún algo que se pueda empeñar... ¡No hay nada!

Cuatro paredes húmedas y desnudas, un horno partido por la mitad. Todo es húmedo y frío. Al lado de la chimenea hay algunas cacerolas rotas sobre el horno, un candelero de lata; en el cielo raso un tirante conserva todavía un clavo, recuerdo de una lámpara de colgar; dos camas vacías, sin almohadas... ¡Y nada, nada más!

Pasó algún tiempo antes de que se durmieran los niños. Sara los mira acongojada, compasivamente, y dirige sus ojos llorosos a la puerta. Ha oído pasos; son pasos pesados en la escalera, y se distingue el ruido de unos baldes, ya a la derecha ya a la izquierda de la pared. Un rayo de esperanza ilumina su rostro arrugado. Golpea varias veces un pie contra el otro, se levanta pausadamente y se acerca a la puerta. La abre y un hombre pálido y encorvado entra con un par de baldes vacíos.

—¿Cómo va eso?—pregunta Sara quedamente.

—Nada, nada. No me han pagado en ninguna parte... Dicen que vuelva mañana, pasado mañana... a principios del mes...

—Los niños no han probado casi nada en todo el día—dice Sara.—Por fortuna están durmiendo. ¡Pobres hijos míos! Y sin poder contenerse empieza a llorar en voz baja.

—¿Por qué lloras, tonta?—inquiere el esposo.

—¡Oh, Mendel, Mendel! Los chicos están tan hambrientos...

Y se esfuerza por ahogar las lágrimas.

—¿Y cuál será nuestro fin?—añade.—Cada día eso va peor.

—¿Peor? No es cierto, Sara. No cometas un pecado hablando de esta manera. El año pasado las cosas marchaban peor, sí, peor. Carecíamos de pan y tampoco teníamos casa. Nuestros hijos vagaban de día por la calle, y de noche por los patios... Hoy tienen por lo menos una almohada de paja y se hallan bajo techo.

Sara se puso a llorar con más fuerza. Se le vino a la memoria que a consecuencia de esa vida había perdido entonces un hijo. Se resfrió, estuvo ronco y murió.

—Y murió abandonado como en un bosque... No había

con qué salvarlo... Ni siquiera para implorar ayuda en la sinagoga y hacer rogar en la tumba de los propios... Y se extinguió como una vela...

El la consuela:

—No llores, Sara, no llores... No peques delante del Señor...

—¡Ah! ¿Cuándo, por fin, tendrá el Señor compasión de nosotros?

—Ten compasión de tí misma, no te aflijas, no lo tomes a mal. Fíjate en tu aspecto. Hoy cumplen diez años desde que nos casamos... Observa tu rostro... ¡Ay, dolor!... ¡Y tú eras la más hermosa en la ciudad!

—¿Y tú? A tí te llamaban Mendel el Robusto. ¿Recuerdas?... Ahora estás encorvado y enfermo. ¿Crees que no lo sé porque me lo ocultas?

—¡Oh, Señor, Señor!—grita.

Los niños despiertan y piden: “¡Pan, pan!”.

—¡Dios os libre! ¿Quién ha dicho que hoy se debe comer? —exclama de pronto Mendel.

Los chicos se incorporan espantados.

—Hoy es día de ayuno—dice Mendel con el rostro nublado.

Transcurrieron unos minutos hasta que los niños comprendieron lo que se les decía.

—¿Qué ayuno es ese? ¿Qué ayuno?—interrogaban llorando.

Y Mendel, bajando la vista, les cuenta que hoy por la mañana, en la sinagoga, la Thora se cayó de la mesa al suelo. “Por eso—agrega—se ha dispuesto que el día de hoy fuera de ayuno, hasta para los niños de pecho”.

Callan los niños, y él prosigue:

—Sí, un ayuno tan riguroso como el Día del Perdón, o el noveno día del mes de Av (1), a contar desde esta tarde.

Los cuatro párvulos saltan rápidamente de la cama, y descalzos, con las camisas deshechas, se ponen a bailar y a gritar:

—¡Nosotros también ayunaremos! ¡Sí, ayunaremos!

(1) En memoria de la destrucción del Templo, acaecida ese día, los judíos lo pasan en ayunas.

Mendel oculta con sus espaldas la luz para que los niños no vean cómo la madre vierte las lágrimas.

—Bueno, ¡basta!—trata de sosegarlos.—¡Basta! En un día de ayuno está prohibido danzar... Dejad eso para “Simjas Thora” (1).

Los chicos volvieron a la cama.

¡Habían olvidado el hambre!

Una de las niñas empezó a cantar. Mendel siente que el frío lo invade...

—Cantar tampoco se puede—prorrumpe con voz entrecortada.

Las criaturas guardan silencio y se duermen fatigados del baile y del canto. Uno de ellos, empero, el mayor, despierta y pregunta:

—Papá: ¿cuándo seré mayor de edad? (2).

—Falta todavía mucho, Jaime... Cuatro años, ¡así los pases gozando buena salud!

—¿Me comprarás entonces un par de filacterias?

—¡Claro que sí!

—¿Y una bolsita para guardarlos?

—Sin duda.

—¿Y un devocionario? Una pequeñito, con el lomo dorado...

—Con la ayuda de Dios... Ruega al Señor, Jaime...

—¡Entonces sí que observaré todos los ayunos!

—Sí, sí, Jaime, todos los ayunos...

Y añadió en voz baja:

—Dios mío: ¡con tal de que no sean como el de hoy!...

Venus y Sulamita

Sentado al lado de la estufa, en el “clois” (3), hallábanse Jaime y Zelig, dos discípulos de la “ieschuvo”. Leía el primero un manuscrito, y el otro atendía, remendando al propio tiempo un viejo zapato.

(1) Día de algazara con que termina la fiesta de las cabañas y en el cual se celebra el otorgamiento de la Thora.

(2) A los trece años los niños hebreos son considerados como mayores de edad, verificándose con tal motivo una ceremonia al ponerse el joven por primera vez las filacterias.

(3) Casa de oración que al mismo tiempo sirve de academia a los que se dedican a los estudios rabínicos.

—“Y Ana era tan hermosa como Venus”...

—Dime, Zelig, por favor, ¿qué quieres decir con la palabra “Venus”?

—Venus es una deidad mitológica—contestó Zelig, hundiéndose la aguja en el zapato.

—¿Y qué es la mitología?

—¿Tampoco sabes eso? ¿Recuerdas que la semana pasada llegó a nuestro pueblo un hombre extraño, que llevaba un gran delantal y un gorro rojo, y vendía a bajo precio pasteles y otras golosinas?

—¡Ah!

—Pues era un griego, y hay todo un pueblo de griegos.

—¿Y todos ellos venden golosinas?

—No seas mentecato. Tienen su país propio, la Grecia. Los griegos son un pueblo antiguo. Su nombre está mencionado en la Biblia. Antiguamente era una nación poderosa y muy civilizada. Tú conocerás, sin duda, a Aristóteles y Sócrates, pues nuestros doctores, el Rambam (1) entre otros, hablan de ellos. Aristóteles, por ejemplo, creía que el universo tiene su origen en Dios... Esos dos eran griegos. Pero los griegos, aunque instruidos y hábiles en la pintura, en la escultura y otras bellas artes, no dejaban de ser idólatras y veneraban a los fetiches.

—¡Oh!

—Y el conjunto de historias y leyendas que se refieren a sus dioses, se llama “Mitología”.

—Bien. ¿Y Venus?

—En mitología, Venus es la diosa de la belleza...

—¿Diosa, dices?

—Entre ellos, cada gremio, cada profesión tenía su dios, del mismo modo como, entre nosotros, tiene cada pueblo su rey... Así, la escultura, la poesía, la belleza, la salud, la fuerza...

—¿Y todo eso tiene sus dioses? Pero ¿qué significa “diosa”? ¿Será un dios pequeño?

—No; Dios es un varón, y cuando se trata de mujeres se llaman diosas.

(1) De esta manera se pronuncian las iniciales de Rabí Moisés Ben Maimón. (Maimónides), célebre filósofo hebreo de la edad media que goza de inmensa autoridad entre los judíos.

—¿Cómo? ¿Mujeres? ¿Han puesto mujeres en el cielo?

—¡Eh, Jaime! ¿Por qué a los varones sí y a las mujeres no?

—Efectivamente. Mas yo pensaba, Zelig, que los dioses no tienen sexo.

—Pues has de saber, Jaime, que los dioses griegos son semejantes a los hombres, con la diferencia de que viven eternamente. Y por eso tienen, igual que los hombres, sus hijos, sus mujeres y sus queridas. Pero no pueden morir de ninguna manera. Así por ejemplo, el más alto de todos, Júpiter, que es el dios máximo, tiene en su poder los truenos y todos los dioses tiemblan ante él. Sin embargo, teme a su esposa Juno, como un marido débil a su mujer iracunda. Ya te he contado un día de la esposa del filósofo Sócrates, Xantipa la furiosa; pues comparada con Juno resulta nada. Figúrate, pues, los suplicios de Júpiter; llamaba, sin duda, diez veces por día a la muerte. Pero no, morir no podía.

—En fin, ¿y Venus?

—Venus es la diosa de la belleza. Ahora voy a leerte su historia.

Zelig dejó a un lado el zapato, sacó del bolsillo un papel arrugado, y leyó:

—Venus, Afrodita, Apogenea, Pontagenea, Andioneta...

—¿Esto es griego? No entiendo una sola palabra—interrumpióle Jaime.

—Son los nombres con que se conocía a Venus en los diferentes pueblos de Grecia y más tarde en Roma.

—Tiene más nombre que Jethro. ¿A qué leer todos sus nombres? Venga más bien la historia.

Zelig continuó:

—“Bajo los nombres más diversos se veneraba en las diferentes ciudades a Venus, diosa del amor”.

—¿No dijiste que lo era de la belleza?

—Es lo mismo. “No fué concebida por una mujer; salió del seno del mar. Es una mujer de extraordinaria belleza y muy tentadora”.

—¿Qué significa eso?

—Eso quiere decir que tentaba a todos, hacía hervir la sangre...

—¡Ah!

—“Se la representaba del todo desnuda o semidesnuda”.

—¡Puf!

—“Su esposo era Vulcano”...

—¿Qué animal es ése?

—Era también un dios, el dios del fuego, semejante a nuestro Tubal-Caín. Fué el que inventó el arte de fundir el hierro. ¿Entiendes?

—Algo.

—“Pero no tuvo con él ningún hijo”... Los dioses no se divorcian y se casan sin la intervención de la iglesia. “En cambio, ha tenido hijos con otros dioses y también con algunos hombres”.

—¿Cómo? ¿Hijos espurios, pues?

—No seas tonto, Jaime. Ya que los dioses están eximidos del casamiento y del divorcio, no existen entre ellos los bastardos.

—¿Pero no has dicho que los tuvo con algunos hombres?

—¿Y qué? Y si nuestros hijos de Dios que cita el Génesis...

—Bien, bien, continúa.

—“De Marte, dios de la guerra, tuvo dos hijos. Dos con Baco, dios del vino y de otros licores”.

—Este debía ser una especie de Lot, ¡borracho famoso!...

—“Dos con Mercurio”...

—¿Quién es ése?

—Mercurio es el dios de los ladrones, de los comerciantes y de los mensajeros.

—¡Bonito dios!

—“Con un tal Angisio, un ser de carne y hueso, se encontró a orillas del río, disfrazada de pastora. Del encuentro nació un niño... Un día le ocurrió lo siguiente: Perseguida por una banda de ladrones, ocultóse en una cueva y llamó a Hércules”.

—Y ése, ¿quién es?

—Un dios de mucha fuerza, aunque incompleto, pues era un semidiós. El solo limpió un día treinta y seis caballerizas...

—Adelante, Zelig. Por vida mía, que eso empieza a aburrirme.

—“Hércules acudió a la cueva y dejó entrar, uno por uno, a los malhechores, y ajustó las cuentas con ellos”.

—¡Puf, qué asco!

—“Venus solía vengarse fieramente de los que se burlaban del amor. A los habitantes de las ciudades los convertía, es decir, los metamorfoseaba en bueyes”.

—¡Basta!—gritó Jaime dando un salto.—Me repugna oírlo. Venus una diosa, ¡já! ¡já! ¡já! Tenía mil esposos, mataba y asesinaba. ¡Libídine, lujuria, crímenes! ¡Puf!

Escupió con desprecio y Zelig se levantó irritado.

—¡Eh!—exclamó éste ofendido.—No sabes lo que dices ni por qué escupes. Tú tomas un hermoso traje y te lo pones al revés, das vuelta a la prenda y haces una payasada... Venus no es más que un símbolo, un ideal, como por ejemplo, la Sulamita del Cantar de los Cantares...

—¡Exactamente! ¡Já! ¡já! ¡já! Vergüenza debieras tener, Zelig. Sulamita, en el Cantar de los Cantares, es sana, fresca, vigorosa. Sus hermanos le ordenaron que guardase sus viñas, y la viña que era de ella no la guardó. Su rostro está quemado por el sol, pero no es una gitana; su cuello es blanco como el marfil; y emana más perfume que todos los campos, los bosques y los jardines juntos. No baja la vista de vergüenza y no se envanece como un pavo; mira derecho, no tiene por qué avergonzarse. Sus ojos son bondadosos, tiernos, y parecen dos buenos palomos. Sus labios, dos tñues hilos de grana. No coquetea con la boquita, ni hace muecas ridículas; al hablar, su boca destila miel. Viéndola, tu mente no abriga malos pensamientos; al contrario: los olvida. Cuando ella te mira, bajas los ojos como un ladrón; tu corazón empieza a latir, emocionado. Ella es sencilla, pura y límpida, como la nieve recién caída. He ahí que llega el verano, y en la campiña y en el jardín empieza una vida nueva, la tórtola deja oír su voz, las flores brotan, florece la higuera y las vides en ciernes dan su aroma. Todo renace, todo resucita y en su corazón ha nacido un nuevo deseo. Bruscamente y con todo su poder ha brotado en ella ese sentimiento. Más fuerte que la muerte es su amor y más profundo que el abismo su envidia. Y su amor es eterno, las muchas aguas no podrían ahogarlo, ni el amor podrá apagarlo... Y no ama más que a uno: un joven y hermoso pastor; ella ignora que

el pastor lleva en la cabeza una corona y que es el rey más poderoso del mundo. Ingenua, franca y honesta, sufre de que él no sea su hermano de un mismo padre y de la misma madre, para poder besarlo libremente por doquier. Tal es la Sulamita. Este es, como ves, el ideal de una verdadera hija de Israel, cuyos padres son conocidos, y no como tu Venus la licenciosa.

—Pero tú olvidas una cosa — le interrumpió Zelig — olvidas que todo eso, la mitología, no es más que un símbolo que encierra ideas filosóficas y religiosas.

—¡Peor todavía! ¿A qué encerrar pensamientos elevados en símbolos soeces? ¿Para qué envolver los brillantes en un trapo sucio? Y el Cantar de los Cantares ¿no es acaso para nosotros, los judíos, un símbolo? No es Salomón el propio Dios, y no representa Sulamita al pueblo de Israel? Pero dejemos los símbolos a un lado, la Sulamita es la Sulamita, y Venus es algo que ni merece ser nombrado. ¿Oyes, Zelig? ¡Maldita sea ella! Borra su nombre de tu libro y escribe— ¿cómo se llama la joven que pintas? ¿Ana, me parece?

—Sí.

—Pues escribe que era tan hermosa como... pero no, no lo escribas. No te atrevas, porque sería un descomedimiento. Compara a tu Ana con sus piececillos como cabezas de alfiler con quién tú quieras, con María, hermana de Moisés, con Abigael, con Rojov la ramera, o con Dalila, compárala con quien quieras, hasta con la reina Ester, pero no con la Sulamita, a la cual nadie puede ser comparado, nadie, ¿lo oyes?...

Entre dos montañas

Narración de un jasid' (1).

Habréis oído hablar, sin duda, del rabino de Brisk (2) y del Rabí de Biale. No todos, empero, saben que este último, Rabí Noé, había sido antes el discípulo predilecto del rabino de Brisk, en cuya "ieschivo" (3) estudió durante muchos años, desapareciendo luego para errar por el mundo y darse a conocer más tarde en Biale.

Había abandonado la "ieschivo" por esta razón: allí se estudiaba la Thora, pero el Rabí sentía que aquella era una Thora estéril. Estudiaban, por ejemplo, las leyes referentes a la higiene femenina, al dinero o a los animales prohibidos, y si venía una mujer a hacer una consulta, o dos individuos se sometían a juicio, o un sirviente preguntaba si podía consumirse tal o cual ave, entonces la Thora adquiría vida y el estudio ejercía influencia en el mundo. Pero sin ellos, entendía el Rabí, la Thora, la parte externa, era una cosa árida. Aquello no era la Thora viviente, pensaba, la Thora que debe vivir siempre. Además, el estudio de la Cábala estaba prohibido en Brisk. El rabino de esa ciudad, adversario empedernido de los jasidim, era "vengativo y despierto como la serpiente". Al que osaba tocar un Zohar (4), lo maldecía y excomulgaba. A uno que fué sorprendido estudiando libros de Cábala le hizo afeitar la barba por un cristiano. Nuestro hombre se sentía extraviado, se dejó vencer por la melancolía y, lo que es más extraño aún, ni un Rabí podía socorrerle. ¿Igno-

(1) Partidario de una secta religiosa que apareció en Polonia en el siglo XVIII, y que por sus tendencias místicas y populares constituía una reacción contra la aridez del judaísmo rabínico, representado por los talmudistas. Contrariamente a la vida austera de los rabinos que veían en el mundo un valle de lágrimas, los *jasidim* celebraron con júbilo el culto, y ponían una ilimitada fe en su jefe espiritual, el Rabí. En el presente cuento el rabino de Brisk, representante genuino de su casta, doctísimo, inflexible con los *jasidim*, es un alma aristocrática impregnada de Talmud y de respeto a la ley de Moisés. Y su ex-discípulo, alma sencilla y amante de la plebe, es su polo opuesto. Son dos mundos que se encuentran, el de la árida ciencia y el de la bondad humana, sin comprenderse. *Jasid*, en hebreo, significa devoto, y su plural es *jasidim*.

(2) Corrupción de Brest-Litowsk.

(3) Seminario donde los jóvenes hebreos cursan sus estudios religiosos.

(4) Obra maestra de la cábala escrita en caldeo.

ráis acaso quién era el rabino de Brisk? Y sin embargo, ¿cómo abandonar su “ieschivo”?

Y durante mucho tiempo el Rabí no pudo decidirse.

Una noche soñó que el rabino de Brisk se llegaba hasta él y le decía: “Ven, Noé, y yo te llevaré al paraíso terrestre”. Tomólo de la mano y lo condujo. Llegaron a un gran palacio, que no tenía más puertas y ventanas que la puerta por la que habían entrado.

Estaba el palacio muy iluminado, pues las paredes, según le parecía al Rabí, eran de cristal y emitían viva luz.

Iban caminando, caminando sin término.

—Tómame por el faldón de la levita — dijo el rabino de Brisk — hay aquí innumerables galerías y si te apartas de mí, te perderás para siempre...

Hízolo así el Rabí y siguieron andando, mas en todo el camino no hallaron banquillos, ni sillas, ni objetos domésticos, nada, en fin.

—Aquí no se descansa—observó el rabino de Brisk — se marcha adelante, siempre adelante...

El Rabí lo seguía. Una sala era mayor y más iluminada que la otra y las paredes emitían ya uno ya otro color, ora varios ora todos los colores. Pero en el camino no hallaron ni un solo hombre.

Fatigóse el Rabí de la caminata, un frío sudor cubrió su cuerpo y su vista se ofuscó del continuo brillo. El corazón se le llenó de angustia, de una gran nostalgia por sus hermanos, los judíos, por todo el pueblo de Israel, pues allí no había nadie.

—Tú no debes sentir nostalgia por ninguno — díjole el rabino de Brisk. — Este palacio sólo está destinado para mí y para tí. Algún día tú también llegarás a ser rabino de Brisk.

—El Rabí se sintió más atemorizado todavía y para no desplomarse, se apoyó en la pared. Y quemóle la pared, mas no como quema el fuego, sino como el hielo quema!

—¡Maestro!—exclamó—las paredes son de hielo, no de cristal, de hielo simplemente.

El rabino de Brisk callaba.

—¡Maestro!—continuó gritando el Rabí—sáqueme Vd.

de aquí, no deseo permanecer con Vd. a solas; yo quiero estar con todo el pueblo de Israel.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, desapareció el rabino de Brisk, y él quedó solo en el palacio.

No sabía cual camino seguir; las paredes le infundían terror, y el anhelo de ver algún hermano, un judío, aunque fuese un zapatero o un sastre, crecía en él. Y rompió a llorar.

—Señor—suplicaba entre sollozos — sácame de aquí, más vale estar en el infierno pero junto con todo el pueblo de Israel, antes que aquí solo.

Al instante se le apareció un judío con un gran látigo en la mano y un cinturón colorado propio de un carretero. El judío lo tomó silenciosamente por la manga, lo condujo fuera del palacio, desapareciendo después. Tal era el sueño que había tenido.

Despertó de madrugada, apenas empezaba a clarear, y comprendió que no era aquel un simple sueño. Vistióse rápidamente y quiso correr a la sinagoga y hacerse explicar el sueño por los entendidos que allí había. Al cruzar la plaza vió un carruaje, cerca del cual estaba el cochero, con un gran látigo en la mano y un cinturón colorado, y del todo parecido al que, en sueños, lo había sacado del palacio.

Acercóse al auriga y le preguntó:

—¿Adónde vas, buen hombre?

—Yo no voy por “tu” camino — le contestó groseramente.

—Sin embargo — insistió el Rabí — tal vez vaya yo contigo.

El cochero meditó un instante, y dijo:

—Y de a pie, ¿no puede ir un sujeto como tú? Sigue “tu” camino.

—¿Adónde debo ir?

—Adonde tus ojos te conduzcan—replicó el cochero, volviéndose.—Esto poco me importa.

El Rabí había entendido y se fué a vagar por el mundo.

Como queda dicho, fué revelado años más tarde en Biale. (No diré aquí como se produjo el hecho, por más que haya sido extraordinario). Un año después de su revelación,

un vecino de Biale, Reb (1) Jejiel, me llamó a su casa en calidad de maestro. Al principio no quise aceptar, porque Reb Jejiel, que era muy rico y daba a cada una de sus hijas mil escudos de dote, se emparentaba con los rabinos más famosos y su última nuera era precisamente la hija del rabino de Brisk.

Siendo éste y los demás parientes, enemigos de los "jasidim", es evidente que Reb Jejiel también lo fuera. Y yo era adepto fiel del Rabí de Biale. ¿Cómo, pues, podría entrar en semejante casa?

Biale, empero, me atraía. Y no era para menos: iba a estar en la misma ciudad que el Rabí! Decidíme, por tanto, y acepté.

Reb Jejiel, según pude ver, era un hombre sencillo, y hasta puedo aseguráros que su corazón se inclinaba a un Rabí, porque no era mayormente instruido y el rabino de Brisk no lo comprendía. No me prohibió que fuera "jasid" del Rabí, pero él mismo se mantenía a distancia. Cuando yo refería algo del Rabí, Reb Jejiel hacía como que bostezaba, mas en realidad me prestaba atención. Su hijo, en cambio, el yerno del rabino de Brisk, fruncía el entrecejo, y me miraba lleno de ira y desprecio. Pero no disputaba conmigo; en general, hablaba poco.

Un día, la nuera de Reb Jejiel, hija del rabino de Brisk, estaba por dar a luz. ¿Qué tiene de particular que una mujer alumbré? ¡Pues había de por medio toda una historia! Se sabía que el rabino de Brisk, por haber dispuesto se hiciera afeitar a un "jasid" había sido excluido de la categoría de los santos. Sus dos hijos fallecieron en el término de cinco años, y sus tres hijas no dieron a luz ningún varón. Además, padecieron—¡Dios nos libre!—grandes dolores durante el alumbramiento y parecían en esos momentos estar más bien "allí" que acá. En el cielo querían que hubiese discordia, y todo el mundo sabía y veía que aquello era un castigo para el rabino de Brisk, pero él mismo, tan clarividente, no lo veía o no quería verlo! Y siguió en su oposición a los "jasidim", con mano fuerte, con improperios y métodos de guerra, como en los tiempos de antaño.

(1) Título común que precede al nombre propio y que corresponde al *don* actual.

Yo sentía compasión por Guítele (así se llamaba la hija del rabino), primero, porque era un alma judía, y segundo, porque era un alma judía caritativa. ¡No se habrá visto en el mundo ser más generoso y beato que ella! Ninguna novia pobre se casaba sin su ayuda; tan buena era. ¡Y ella debía sufrir por la ira del padre! Por eso, apenas divisé a la partera en la casa, me empeñé en que se mandara a ver al Rabí de Biale, para que diera un amuleto, aunque fuera sin recibir honorarios (1). ¡Para lo que el Rabí los necesitaba!

¿Pero a quién me iba a dirigir?

Le hablé al esposo, porque sabía que él la amaba, llevando con ella una vida ejemplar; pero era yerno del rabino de Brisk, y al oírme, escupió con desprecio dejándome con la boca abierta.

Me dirigí entonces al propio Reb Jejiel, quien me respondió: "Ella es hija del rabino de Brisk y yo no puedo proceder contra él de esta manera, aun cuando la vida estuviera en peligro". Traté de convencer a su mujer, señora devota y sencilla, que me contestó: "Que lo ordene mi marido y mandaré inmediatamente al Rabí mis joyas y prendas de seda, que me han costado una fortuna. Pero sin mi esposo no daré ni un céntimo.

—¿Pero un talismán?... ¿Qué mal haría un talismán?

—Sin el consentimiento de mi esposo, nada—me respondió como debe hacerlo una mujer honesta, y se apartó de mí. Yo observé que se esforzaba en ahogar las lágrimas: madre, su corazón presentía el peligro.

Cuando oí el primer quejido, corrí por cuenta mía a verlo al Rabí.

—Schmaie—me dijo—¿qué he de hacer? Oraré por ella.

—Dadme, Rabí, algo para la parturienta, un amuleto, un talismán, una monedita, cualquier cosa.

—Solo aumentaría el mal — me contestó —; sin fe, esas cosas perjudican y ella no cree en esto.

¿Qué iba yo a hacer? Eran los primeros días de la fiesta de las cabañas (2) y como no podía ayudarle a Guítele, re-

(1) Cada vez que los *jasidim* iban a visitar al Rabí para pedirle su bendición o algún consejo, le pagaban cierta suma.

(2) Fiesta solemne celebrando la cosecha y durante la cual los judíos habitan siete días en cabañas, en recuerdo de las viviendas de sus antepasados al salir de Egipto.

solví quedarme en casa del Rabí. Yo era un concurrente asiduo de su casa, y pensé: "Lo miraré a cada instante implorando socorro y tal vez se compadezca".

Sabíamos que el estado de Güitele iba de mal en peor. Tres días hacía que los dolores no la dejaban. Habían hecho ya todo lo que hacer se podía: oraron en la sinagoga y en las tumbas de los propios, prendieron centenares de velas en los templos y repartieron un caudal entre los pobres. Imposible es narrar todo lo que se había hecho. Los roperos permanecían abiertos, una montaña de moneda había sobre la mesa y los menesterosos entraban y llevaban cuanto querían.

Sentí que el corazón se me oprimía.

—Rabí—dije—está escrito: "La caridad salva de la muerte".

Y él, como si no escuchara mis palabras, me respondió:

—Quizás venga el rabino de Brisk.

Al momento entró Reb Jejiel y sin dirigirse al Rabí, cual si no estuviera presente:

—Schmaie—me dijo, tomándome por la solapa—afuera te espera un coche, anda, sube y ve a buscar al rabino de Brisk. Que venga...

Y comprendía, al parecer, el peligro, porque agregó:

—Que vea él mismo lo que ocurre y diga lo que se debe hacer...

Y su rostro, ¿cómo decirlo?, era más lívido que el de un muerto.

Tuve, pues, que ir. Y pensaba ya que El sabía que vendría el rabino, tal vez resultara algo de eso. La concordia, probablemente. Es decir: no entre el Rabí de Biale y el rabino de Brisk, pues ellos jamás se perseguían, sino entre las dos tendencias en general. Porque por cierto tenía que viniendo el rabino de Brisk vería las cosas y las juzgaría por sí mismo.

Mas en el cielo, por lo visto, ello no se consintió tan rápidamente. Apenas hube salido de Biale, el cielo se cubrió de negros nubarrones y repentinamente comenzó a soplar un viento como si por todos los ámbitos volaran miles de demonios. El cochero, un cristiano, entendido en esas cosas, persignése y mostrando con su látigo el firmamento, dijo que ten-

driamos un viaje penoso. Al rato creció el viento, desgarró las nubes, como se rompen los papeles, arrojando una encima de la otra, una encima de la otra... Sobre mi cabeza tenía yo montañas de nubes. Al principio no sentía miedo, pues no era la primera vez que iba a ser mojado, y a los truenos tampoco los temía. Primero, porque no suele tronar durante la fiesta de las cabañas, y segundo, porque después que sonara el "schoifor" (1) del Rabí, los truenos pierden su poder... Pero de pronto, un chorro de agua me azotó el rostro, una, dos y tres veces, y me sobrecogió el terrot, porque veía claramente que el cielo me azotaba y me obligaba a volver.

Y también el cochero me pedía: "Volvamos".

Pero yo sabía que una vida corría peligro. Yo iba en el coche y, en medio de la tempestad, percibía los quejidos de la parturienta y la desarticulación de los dedos de su esposo, que se retorció las manos. Veía también ante mí el semblante nublado de Reb Jejiel, con sus ojos brillantes y hundidos. "Prosigue el viaje, me pedía—prosiguelo"... Y seguimos.

El agua cae a torrentes, cae, cae sin cesar, salpicando de debajo de las ruedas y de las patas de los caballos. Y el camino se inunda y queda casi totalmente cubierto por el agua. Sobre ella se desliza el coche, que empieza casi a flotar... En fin, para mayor desventura, nos hemos extraviado... ¡mas todo lo he soportado!

Volví con el rabino de Brisk para Hoschana Rabo (2).

Pero, dicha sea la verdad, tan pronto como él se ubicó en el carruaje, el tiempo se compuso. Disipáronse las nubes, el sol apareció por las hendiduras y llegamos a Biale sanos y salvos, y con tiempo hermoso. Hasta el cochero lo notó en su lengua:

—Es un gran rabino, un santo rabino!

Pero lo más impresionante fué nuestra entrada.

Cual manga de langosta lanzáronse a su encuentro las mujeres que se hallaban en la casa y, llorando, se arrodillaron casi ante él... Desde la habitación contigua no se oía la voz de la parturienta, sea por el llanto de las mujeres o porque ya

(1) Especie de cuerno o trompeta que se toca en las grandes fiestas, en determinados momentos.

(2) Penúltimo día de la fiesta de las cabañas.

no tenía fuerzas para gritar. Reb Jejiel ni siquiera nos vió, permanecía con la frente adherida a la ventana y la cabeza, al parecer, le ardía...

El yerno del rabino de Brisk tampoco se dió vuelta para saludarlo. Pegada su cara a la pared, veía yo que su cuerpo temblaba, y que daba con la cabeza contra ella.

Creí que iba a desplomarme, tales eran el dolor y el miedo que se apoderaron de mí. Sentí un frío en todo el cuerpo y creí que mi alma se iba también helando...

Pero, ¿habéis conocido al rabino de Brisk?

Era un hombre, ¿cómo lo diré?... ¡una columna de hierro! Alto, tan alto, que infundía temor, cual si fuera un rey. De su luenga barba blanca uno de los extremos, hoy todavía lo recuerdo, estaba metido en el cinturón, y el otro temblaba encima de él... Cejas blancas, espesas, largas, le cubrían la mitad del rostro. Y cuando las levantó, ¡Dios mío!, retrocedieron las mujeres como fulminadas por un rayo. Tal era el poder de sus ojos: puñales, filosos puñales refulgían en ellos! Y lanzó un grito como un león: "¡Apartaos, mujeres!"

Y luego preguntó con voz más suave:

—¿Dónde está mi hija?

Le indicaron la habitación y penetró en ella. Yo me quedé aterrado, ¡qué ojos, qué mirada, qué voz! ¡Ese es otro mundo, otro mundo! Los ojos del Rabí de Biale brillan tan bondadosa, tan suavemente, que alegran el corazón, y cuando te arroja una mirada es como si te cubriera de oro... Y su voz, su dulce voz, su dulce voz aterciopelada, ¡Dios mío!, penetra en el corazón y acaricia tan tierna, tan agradablemente... No se siente miedo por ella, sino que el alma se deleita de amor y dulzura, y trata de abandonar el cuerpo y unirse al alma suya...

Se siente arrastrada hacia ella como un insecto por la luz... Y aquí, ¡Señor del mundo: temor y espanto! Parece un Gaón de la antigüedad, y él es quien va a ver a una parturienta!

—Hará de ella un montón de huesos—me dije temeroso. Y corrí a ver al Rabí.

—Me recibió en la puerta, sonriente.

—¿Has visto—me dijo—cómo se respeta a la Thora?

Yo me tranquilicé. Si éste sonríe — pensaba yo — todo irá bien.

*
* *

Y en efecto, todo resultó favorable. Al día siguiente Guítele salió de cuidado y “Simjas Thora” (1), el rabino de Brisk explicó la Ley. Aunque yo hubiese preferido estar en ese momento en otra parte, no me aventuré a abandonarlos. Sobre todo, teniendo en cuenta que conmigo había exactamente diez personas (2).

¿He de hablaros de la Thora del rabino de Brisk? Si la Thora es un océano, él es el Leviatán de ese océano. Con un solo gesto se desliza por diez tratados y menciona mil pasajes de los libros sagrados, de tal manera que ruge y salpica como ocurre, según cuentan, en el verdadero mar. Me destornilló la cabeza... Pero el corazón conoce la tristeza del alma: mi corazón no experimentaba alegría. Entonces me acordé del sueño del Rabi... Y me quedé pasmado. El sol penetraba por la ventana, el vino no faltaba en la mesa, y los comensales hacían buen uso de él. Pero yo, yo sentía frío y estaba helado como el hielo. Y allá, pensé, se dice ahora otra clase de Thora... Allí hay luz y calor. Cada palabra está impregnada de ternura y de éxtasis... Angeles revolotean en la casa y casi se percibe el ruido de sus grandes alas blancas... ¡Oh, Dios mío!; pero no puedo irme...

De pronto el rabino de Brisk se interrumpe y pregunta:

—¿Qué Rabi tenéis aquí?

—Un tal Noé -- se le responde.

Yo sentí que el corazón se me oprimía: “Un tal Noé”.

¡Ah, lo que es la adulación!

—¿Hace milagros? — pregunta de nuevo.

—Pocos, no se tiene noticias... Las mujeres hablan, pero ¿quién les presta atención?

—¿Recibe dinero *sin* milagros?

Contáronle la verdad: el Rabi cobraba poco y distribuía mucho.

(1) Día con que termina la mencionada fiesta y que los judíos celebran alegremente. Literalmente significa “la alegría de la Thora”.

(2) Para los actos del culto se requiere la presencia de diez fieles.

El rabino de Brisk se queda pensativo.

—¿Y es instruido?

—Dicen que es un sabio.

—¿De dónde ha venido ese Noé?

Nadie lo sabe y yo debo informar. Y con este motivo se entabla una conversación entre mi y el rabino de Brisk.

—¿No ha estado ese Noé en Brisk? — pregunta.

—Si el Rabí estuvo en Brisk? — balbuceo. — Creo que sí.

—¡Ah! — exclama — ¡un jasid suyo! Y me pareció que me miraba como a una araña.

Y volviéndose a los presentes:

—En mi “ieschivo” — dijo — había un discípulo llamado Noé. Era inteligente, pero lo tentaba el otro bando. — Yo se lo advertí una y dos veces. Quise decírselo por tercera vez, mas él desapareció. ¿No será éste el mismo?

—¿Quién sabe?

Y empieza a describirlo: pequeño, flaco, barba negra, patillas negras, meditabundo, voz suave, etc.

—Es posible que sea él — dicen los comensales — se le parece mucho.

Yo daba gracias a Dios porque se iba ya a decir la bendición de la comida (1). Pero entonces ocurrió una cosa que ni en sueños podía yo aguardar.

El rabino de Brisk se levanta de su asiento, me llama a un lado y me dijo en voz baja: “Llévame a ver tu Rabí, y a mi discípulo; pero, escucha, que nadie lo sepa”.

Claro está que yo le obedecí, mas en el camino le pregunto:

—Señor rabino — ¿qué intención os guía?

Y él me contesta sencillamente:

—Durante la bendición se me ha ocurrido que yo juzgaba sin ver al acusado... Quiero ver ahora por mis propios ojos. Y tal vez — añadió después — logre salvar a un discípulo mío.

—Oye, tú, rapaz — agregó jovialmente — si tu Rabí es el Noé que estudió en mi “ieschivo”, puede llegar a ser un grande de Israel, hasta un rabino de Brisk!

(1) Al terminar la comida se pronuncia una bendición especial de reconocimiento al Señor.

Ahora tenía yo la certidumbre de que era él, y el corazón me empezó a latir con violencia.

*
* * *

Y las dos montañas se encontraron... Si yo no quedé aplastado en el medio, ello se debe a un milagro del cielo.

Durante el día de "Simjas Thora", el Rabi de Biale, bendita sea su memoria, mandaba a sus jasidim a pasear fuera de la ciudad, y él mismo se sentaba en el balcón y los miraba lleno de deleite.

Entonces Biale no era la ciudad de hoy, sino una pequeña aldea, con casitas bajas, excepto la sinagoga y la casa de oración del Rabi. El balcón de éste hallábase en el segundo piso y desde allí se veía, como en la palma de la mano, las colinas al este y el río en el lado opuesto. Sentado el Rabi en su balcón contemplaba a sus prosélitos que paseaban en silencio y les arrojaba desde arriba el principio de una melodía, que ellos recogían, y seguían cantando en su marcha. Grupos de jasidim, grupos numerosos, desfilaban rumbo a las afueras de la ciudad, cantando alegremente, animados de júbilo en honor a la Lev. Y el Rabi no se movía del balcón. Pero aquella vez el Rabi había percibido, al parecer, pasos distintos, y levantándose fué al encuentro del rabino de Brisk.

—¡La paz sea con vos, Maestro! — le saludó humildemente con su dulce voz.

—¡Sea la paz contigo, Noé! — respondió el rabino.

—Tomad asiento, Maestro.

Sentóse el rabino de Brisk y el Rabi permanecía de pie ante él.

—Dime, Noé — comenzó el rabino levantando las cejas — ¿por qué has huído de mi "ieschivo"? ¿Qué es lo que en ella te faltaba?

—Maestro — le contestó serenamente — me hacía falta aire, yo no podía respirar allí...

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—No es a mí — explicóse el Rabi con voz queda — a mi alma le faltó el aliento...

—¿Por qué, Noé?

—Vuestra Thora, Maestro, es pura razón y está des-

provista de misericordia y de piedad. Por eso le falta la alegría, el aliento libre. Es una ciencia férrea: leyes de hierro, preceptos de acero... Y es, además una ciencia superior, destinada a los sabios, a los elegidos...

Callaba el rabino de Brisk y el Rabí prosiguió:

—Decidme, Maestro, ¿qué enseñanzas tenéis para el pueblo, para el vulgo? ¿Qué es lo que tenéis, Maestro, para el picapedrero, para el artesano, para el carnicero, para los humildes, y sobre todo, para el que haya pecado? Maestro, ¿qué tenéis para la gente no instruída?

El rabino de Brisk guardaba silencio, cual si no comprendiera lo que se le decía, y el Rabí de Biale, de pie ante él, continuó con su dulce voz:

—Perdonadme, Maestro, pero debo deciros la verdad: dura es vuestra ciencia, rígida y seca, porque ella es el cuerpo y no el alma de la Thora.

—¿El alma? — preguntó el rabino estregándose su amplia frente.

—Ciertamente. Yo he dicho que vuestra ciencia está destinada para los selectos, para los sabios y no para el pueblo entero. Pero la Thora tiene que ser para todos, su espíritu debe reinar sobre el pueblo entero, porque ella es el alma de Israel.

—¿Y tu Thora, Noé?

—¿Queréis verla, Maestro?

—¿Ver la Thora? — preguntó atónito el rabino de Brisk.

—Venid, Maestro, yo os la voy a señalar, os mostraré su brillo, la alegría con que ilumina a todos, al pueblo entero de Israel.

El rabino de Brisk no se movía.

—Yo os ruego, Maestro, venid conmigo, aquí cerca.

Y lo condujo hasta el balcón. Yo les seguía en silencio, notólo el Rabí y: "Schmaie — me dijo — ven y vas a verla; el rabino de Brisk también la verá. Contemplantéis la alegría de la Thora, la verdadera alegría".

Y entonces pude ver lo mismo de siempre, pero vilo de distinta manera, cual si ante mi se alzara un telón.

Un amplio cielo azul se extendía hasta el infinito; y era tan celeste que regocijaba la vista. Cruzaban el cielo blancas nubecillas, color de plata, las que, bien examinadas, veíase que se estremecían de júbilo y danzaban alegremente en ho-

nor de la Thora. A lo lejos, ancha faja verde, de un verdor obscuro, pero vívido, como si la vida misma circulara por entre las hierbas, circundaba a la ciudad; a cada rato, diríase, surgía a luz en otro punto una vida agradable, un nuevo encanto. Veíase claramente que las llamas saltaban y danzaban entre las yerbas, cual si se abrazaran y besaran. Y sobre las praderas salpicadas de lucecillas paseaban grupos de jásidim. Sus largos sacos de alpaca, tanto los nuevos como los rotos, refulgían cual si fueran espejos. Y las llamas que resplandecían entre las yerbas se adherían y plegaban a los vestidos lucientes y parecía que bailaban en éxtasis, amorosamente, alrededor de cada *jásid*. Todos los fieles miraban con ojos admirados y sedientos al balcón del Rabi. Y esos ojos sedientos, notaba yo perfectamente, aspiraban la luz del balcón, del semblante del Rabi y cuanta más luz aspiraban, tanto mejor cantaban, con fuerza cada vez mayor, con más alegría, con devoción creciente.

Cada grupo entonaba su melodía, pero todas las melodías y las canciones todas se confundían en la atmósfera, y al balcón del Rabi llegaba un solo canto, una sola melodía, como si todos cantaran lo mismo. Y todos cantaban: cantaba el cielo, cantaban las esferas, la tierra cantaba, cantaba el alma del mundo... ¡todo cantaba!

¡Dios mío! Creí que iba a desmayarme de tanta armonía. Pero no estaba escrito que así fuera.

—Tiempo es ya de rezar la oración de la tarde — dijo bruscamente el rabino de Brisk con voz severa. Y todo desapareció al instante...

Silencio... el telón bajó de nuevo ante mi vista; arriba veía el cielo de siempre; abajo, pasto vulgar y jásidim comunes con los sacos rotos...; fragmentos truncos de viejas melodías...; las lucecillas estaban apagadas... Miré al Rabi: su rostro estaba también sombrío...



No llegaron a reconciliarse. El rabino de Brisk siguió siendo tan adversario como antes. Pero la entrevista tuvo su efecto: dejó de perseguir a los jásidim.

ISAAC L. PERETZ.

(Trad. del idisch por S. Resnick).

¿PUEDEN REPRODUCIRSE LAS GUERRAS?

I

La derrota de los imperios centrales establecería, definitivamente, la paz en el mundo. Así lo han proclamado los "aliados", y sus partidarios. Y es por eso que la inmensa mayoría de la gente lo ha creído — y aún lo sigue creyendo — probablemente de buena fé, pero indudablemente por ignorancia en lo que se refiere a los factores determinantes de la gran contienda. Es que, por lo general, se dá un mayor valor a los hechos políticos que a los fenómenos económicos.

La guerra europea ha dado ocasión a que se volviera a dar valor a concepciones sociológicas que habían sido, seriamente, superadas. Se ha vuelto a filosofar sobre el valor de la antropología, de la psiquiatría, y sobre todo del factor político para explicar la génesis de la guerra. Sin embargo, los antecedentes, estudiados en su cruda realidad — sin guiarse por el verbalismo de políticos y diplomáticos — son tan eficaces para interpretar las causas de la gran guerra, como para comprender sus consecuencias más o menos inmediatas.

La economía capitalista lleva en su propio seno a los factores de las guerras. Y la economía capitalista — que no ha sido anulada con el triunfo de los "aliados" — sigue conteniéndolos.

El capitalismo nacional se defiende de la acción de los otros capitalismos, protegiéndose con la fuerza de su mismo Estado, adueñándose de su mercado interno, impidiendo la entrada de mercancías cuyas condiciones de venta pudieran perjudicarle. Esa acción — nacionalismo económico — hace que el capitalismo de un país considere a los otros como a

enemigos a quienes hay que combatir y vencer, o absorber, no solo en el propio mercado interno, sino también en el resto del globo.

Si se estudia la política exterior de cada Estado, refiriéndola a la correspondiente economía nacional, se puede ver como es exacto que el capitalismo es su mayor inspirador.

El nacionalismo político es el fenómeno aparente, lo que más fácilmente llama la atención, porque también es el que más se brinda al pueblo por medio de las manifestaciones verbales y escritas de los que constituyen el "estado pensante" de las clases dirigentes. Pero, el nacionalismo político no se explica por sí solo, sino que, a su vez, necesita ser explicado.

El nacionalismo económico — base real del nacionalismo político — es difícilmente reconocible por el pueblo y hasta por muchos intelectuales, porque es un fenómeno menos ruidoso y más oculto, y, a su vez, ocultado cuidadosamente por los mismos que cultivan el nacionalismo político.

Los capitalismos nacionales habían entablado una porfiada lucha por la conquista de mercados. Los Estados respectivos participaban en ella, secundándolos con no menos ardor, poniendo en acción todos los medios que les eran propios: la habilidad de sus diplomáticos, la amenaza de la fuerza armada o su acción efectiva. Analizando los hechos de política internacional de los cuarenta últimos años se llega a la evidencia de cómo la acción internacional de cada Estado está inspirada en los intereses de su correspondiente capitalismo (1).

Los estados modernos están manejados por la gente del mundo capitalista. Y las guerras son la resultante del choque de los nacionalismos económicos.

La ley que rige el funcionamiento del capitalismo es, fundamentalmente, la misma en todos los países. Y la economía capitalista llegada a un amplio desarrollo necesita expansión, impulsando al Estado a la política imperialista. El exceso de productos y de capitales, la necesidad de materias primas, impulsan a buscar los sitios necesarios para la ex-

(1) Mi libro *El Imperialismo capitalista y las guerras*. — Buenos Aires, 1917, es una contribución al estudio de ese problema.

pansión o los lugares donde proveerse. Obtenerlos mediante el juego normal del comercio, pacíficamente, es el primer impulso y el medio más común y fácil. Pero, la tendencia de cada capitalismo nacional choca con la de los otros. En esto se pone en juego la concurrencia. Cada capitalismo se hace proteger con su Estado. Y por fin, en su expansión se hace preceder o acompañar por la fuerza armada.

Con respecto a ciertos países europeos se ha sostenido que la guerra se originaría por la "falta de espacio de alimentación" (Meisel Hesz). Se quería significar que en las naciones con un gran desarrollo industrial, a medida de su progresión, la población rural disminuía mientras que aumentaba de un modo rápido y constante la población industrial, lo cual provocaba una disminución de los productos alimenticios y las materias primas para las industrias. Esto impulsaba a preocuparse por su obtención directa y por la seguridad para el futuro, seguridad que había que tenerla obteniendo la posesión de tierras arables y lugares de donde sacar materias primas. Además, ese industrialismo progresivo generando un exceso de mercancías, impulsaba también, por la misma fuerza de expansión, a buscar mercados donde colocarlas, ya que el mercado nacional no tenía sino una limitada capacidad de absorción.

Esa faz es la generadora del imperialismo, que llega a constituir una cuestión de vida o muerte para el capitalismo nacional.

El Estado protege a su capitalismo, adoptando todas aquellas medidas que puedan ser eficaces. Los industriales, y demás productores nacionales, se adueñan del mercado interior. Para la vida y continuidad de la producción eso no basta, porque no se trabaja para satisfacer el consumo nacional solamente, sino para aumentar indefinidamente el capital, obteniendo cada vez una mayor ganancia. Para seguir produciendo hay que buscar consumidores fuera del propio país. Y el desarrollo del maquinismo, la producción en grande escala, provocan periódicamente crisis industriales y comerciales, desocupación obrera, con trastornos políticos y sociales diversos. Evitar esos trastornos es hacer que el capitalismo nacional siga funcionando, y eso se obtiene

buscando mercados para los productos y colocación para los capitales improductivos.

Cada capitalismo nacional procede de acuerdo con esa tendencia, y todos los capitalismos nacionales tienden a chocar.

Inglaterra, Alemania, Estados Unidos de Norte América y Francia, especialmente, han sido las naciones que se han lanzado a la conquista de mercados. Sus diplomáticos han discutido especialmente sobre cuestiones de política comercial.

El capitalismo inglés ha invadido a diversas regiones del globo. Se ha adueñado de muchas tierras, ha abierto mercados, ha colocado abundantes capitales. (Se calculaba, poco antes de la guerra, en 2.500 millones de libras esterlinas el monto del capital inglés colocado en el exterior, y cuyo aumento anual era de 1.500 millones). Ha penetrado por la fuerza de su capitalismo y por la fuerza de su Estado. El capital colocado en empresas industriales, bancarias, comerciales, empréstitos, etc., era una suma tan enorme que su seguridad no podía, en modo alguno, ser confiada a la buena fe o simplemente a las leyes civiles de los países en donde estuviera colocado y redituando. El Estado inglés se provee de una formidable fuerza armada, la cual sirve para la seguridad del capital colocado, de la navegación de la flota mercante, y para tener el dominio efectivo de los mares, lo que significa desemboque para las mercancías.

Se ha repetido infinidad de veces, sin mayor análisis, y hasta por intelectuales de fama (Spencer, por ejemplo), que industrialismo y militarismo eran fenómenos opuestos y que los industriales y comerciantes eran la gente más pacífica del mundo por cuanto veían en el desarrollo de la organización militar un peso enorme para el porvenir del capitalismo. Sin embargo, eso no es exacto. Solamente en cierta faz del desarrollo capitalista esa gente es pacífica, sin mayor interés por una organización militar poderosa. Necesitan tranquilidad interior y exterior para que el organismo económico se desarrolle. El imperialismo es de una faz de mayor desenvolvimiento capitalista. Y cuando el industrialismo no ha adquirido fuerza de expansión, entonces necesita del apoyo del Estado y soporta el peso de los gastos

militares. El sostén efectivo de la política imperialista es la fuerza armada.

Pedir la ayuda del Estado no es pedir la habilidad verbal de los diplomáticos, sino la ayuda del cañón y de las bayonetas, o la amenaza de su acción, para conseguir más fácilmente mercados, tratados comerciales favorables, tierras arables o con materias primas, zonas de influencia, protectorados, garantías para el capital invertido en el extranjero. Esa política exterior es característica de los Estados modernos.

La existencia de una potente organización militar no se explica por el simple deseo de tenerla o para "mandar". Necesita ser explicada en su móvil real. Un lugar geográfico puede ser codiciado porque tiene tales o cuales condiciones para la vida y desenvolvimiento de la industria o del comercio. El poder militar en la actual civilización industrialista, es un fenómeno reflejo, que acompaña a la expansión capitalista. ¿Qué invocan los gobiernos cuando piden recursos para aumentar la flota de guerra y el ejército, construir fortificaciones o renovar el armamento? ¿La necesidad de proteger el comercio, la industria nacional y hacer cumplir los tratados! Industrialismo y militarismo son complementos indispensables.

El capitalismo entra en crisis periódicamente. Se aboca a trastornos graves y peligrosos para su misma existencia. ¿Cómo se resuelve el problema? Anulando la actual forma de producción y de cambio, o buscando los medios para que no se detenga su funcionamiento. Anular su propio organismo económico y social no podía ser obra de la clase dirigente, sino de la clase social que tuviera interés en así hacerlo. El capitalismo no se suicida, sino que trabaja por vivir eternamente. El suicidio económico de una clase no es un fenómeno histórico. La clase trabajadora no había llegado en ningún país, a su madurez histórica.

El capitalismo, por propia conservación, buscaba fuera de su país lugares de expansión para no interrumpir su actividad. Los mercados exteriores ocupados o absorbidos por otros capitalismos, incitaban a una acción tendiente a ocuparlos o a absorberlos, desalojando a los ocupantes.

¿Cómo se lograba la realización de ese propósito? Por la

propia fuerza económica y por la acción militar. La guerra es un fenómeno de la economía capitalista.

La ideología patriótica es la cubierta exterior del nacionalismo económico. La habilidad del Estado y de los servidores intelectuales del capitalismo, consiste en hacer que el soldado marche a la pelea sin comprender el móvil real de su acción, y en esto es estimulado por el excitante ideológico del nacionalismo político, que es creación de su clase dirigente.

La guerra es una solución provisoria de las cuestiones que plantea el mismo desarrollo del capitalismo en cada país. Terminada, adquirido un mayor "espacio de alimentación", realizado un poco de expansionismo, se alejan por un corto tiempo los trastornos sociales internos. Luego, otra vez se hace sentir la necesidad de la expansión, y para huir de la solución definitiva de los problemas internos, se vuelve a chocar con los capitalismos extranjeros, llegándose a la guerra militar.

Capitalismo, militarismo y guerras son fenómenos íntimamente encadenados. Inglaterra ha creado una formidable flota de guerra porque su industrialismo, eminentemente exportador, se lo ha exigido, y porque es de necesidad para un estado colonialista. Ser "dueña de los mares" no es con el exclusivo propósito de ser la "dominadora".

Otras naciones han entrado por el camino del imperialismo, y si algunas aun no lo han hecho es porque su capitalismo aún no tiene fuerza de expansión. Hoy ya hay muchos imperialismos.

Estados Unidos de Norte América cuando ha necesitado mercados se ha convertido al imperialismo, se ha hecho un país colonialista, ha reforzado fuertemente el poder de su flota y ejército, se ha lanzado a ser "potencia mundial", interviniendo en cuestiones internacionales, hasta en regiones lejanas, y también ha hecho guerras nacionales. Alemania se ha preocupado de política mundial cuando su enorme desarrollo industrial ha roto el marco nacional para encontrar mercados en el exterior. Hay que estudiar la política exterior de muchos Estados, y se puede, entonces, comprobar cómo existen muchos otros imperialismos.

II

La guerra que acaba de terminar no será la última, por cuanto vuelve ya a reinar la insolidaridad económica entre los diversos países del globo.

Los países vencidos reciben un golpe formidable. Su poder económico y militar se ha resentido de un modo grave. Austria se divide en varios grupos que formarán nuevas nacionalidades, otros capitalismos. El capitalismo austro húngaro se ha fragmentado en varios capitalismos menores, que por ley histórica tienden a vivir, conservarse, crecer y expandirse, para luego chocar entre sí o con otros. Aisladamente, ahora, son inferiores a los vencedores. Y por las condiciones de paz, quizá, sufran la tutela de alguno de los mayores. Ya se prevé la lucha entre el capitalismo italiano y uno de los nuevos —el yugo-eslavo— por la dominación del mar Adriático.

El vencedor impone condiciones que anulan por un tiempo la libre acción del vencido. Es ley que rige en las luchas.

Alemania está condenada a una suerte parecida. Sin colonias, desplazada de los mercados, su territorio reducido por la devolución de ciertas regiones; una parte importante — a las márgenes del Rhin — ocupada transitoria o permanentemente por el vencedor; obligada a pagar una indemnización que ascenderá a muchos miles de millones de francos; una inmensa parte de su material ferroviario, la flota militar y gran parte de la flota mercante en poder de los “aliados”, es un país cuya capacidad económica — más exactamente su potencia económica — queda grandemente reducida, en beneficio de sus vencedores. Y las condiciones inmediatas de su producción y comercio serán reglamentadas por los Estados triunfantes. Lloyd George, en uno de sus últimos discursos ha manifestado, sin disimulo alguno, que se permitirá la circulación de mercancías alemanas siempre que el precio no sea inferior al que establezcan los “aliados”.

El capitalismo alemán había alcanzado a tener una acción importante en el mercado internacional. Ahora ya será reemplazado por los vencedores. Los ingleses y los norteamericanos ya no lo encuentran un competidor temible. Francia, con un capitalismo casi exclusivamente prestamista

(tenía colocados en el exterior 40.000 millones de francos, que aumentaban anualmente en más de 1.500 millones), tampoco encontrará un serio concurrente como lo era el capitalismo alemán, solo o asociado con el austriaco. Tendrá más fácil campo de acción en los Balcanes, en Extremo Oriente y en la América Meridional, especialmente.

Es evidente que los "aliados" se han preocupado, en primer término, de abatir la potencia económica de los imperios centrales y, en consecuencia, destruir su formidable organización militar, para tener vía libre en el globo.

Conseguido el objetivo ¿ha terminado la necesidad de los ejércitos y flotas en el mundo? ¿Es realmente cierto que las guerras eran siempre posibles por el hecho de la existencia de los imperios centrales? Analicemos un poco.

El poder económico de los vencedores ha aumentado a expensas de los vencidos. Cada capitalismo nacional volverá a funcionar aisladamente. Los aliados dejarán de serlo en el terreno económico, tratando, separadamente, de abarcar el mayor radio de acción posible. Los Estados Unidos de Norte América durante la guerra han reemplazado al capitalismo alemán en casi todos los mercados. Hoy desarrollan una enorme actividad industrial y comercial. Inundan los mercados de todo el mundo, hasta los mismos europeos, con mercancías y capitales. Los informes de la prensa nos hablan de millones de toneladas de productos de toda especie que envían a todas las regiones; de la organización activísima de los medios de transportes internacionales; de la compra de flotas mercantes extranjeras y de la construcción de numerosos buques; de la fundación de bancos en muchas regiones y del establecimiento de relaciones comerciales, con facilidad de créditos en el extranjero. Esa notable actividad del capitalismo norteamericano se ha hecho y se hace a expensas del capitalismo de los imperios centrales y también de los capitalisms "aliados". Con respecto a estos últimos se explica, recordando que los "aliados" han tenido que orientar su industrialismo casi exclusivamente a satisfacer las exigencias de la guerra.

Los consumidores internacionales—satisfechos y conquistados por los norteamericanos—seguirán siendo sus clientes?

Los capitalisms de los "aliados" una vez que puedan

orientar nuevamente sus industrias hacia el comercio internacional volverán a competir, a sostener entre ellos mismos y con el capitalismo norteamericano una intensa lucha por los mercados. Volverá a establecerse la insolidaridad entre los grupos nacionales, porque es la ley que rige al nacionalismo económico; y porque esa ley no ha sido anulada, en manera alguna, por la solidaridad circunstancial de la guerra. La guerra de tarifas se iniciará otra vez, trayendo nuevos conflictos que serán resueltos pacíficamente unas veces, violentamente otras. El libre cambio no ha sido nunca una práctica general entre los capitalismo nacionales. Y ahora subsisten las mismas causas que lo han impedido antes. La sociedad de las naciones, o más concretamente, la sociedad de los capitalismo nacionales, es un puro palabrerío de políticos astutos o de idealistas ingenuos. Cada capitalismo pretenderá garantizarse con su propia fuerza armada.

Si la guerra que acaba de terminar hubiese tenido por objetivo destruir el militarismo de los imperios centrales, por ser el perpetuo perturbador de la paz de los pueblos, los vencedores se desarmarían e impondrían el desarme a todo el mundo. ¿Qué es lo que se comprueba, en cambio? La reanudación del comercio mundial en las mismas condiciones que antes; cada capitalismo nacional preocupándose exclusivamente de sus intereses, penetrando en todos los mercados, en concurrencia con los otros. Inglaterra sosteniendo la necesidad de conservar su flota de guerra y el dominio de los mares. Estados Unidos de Norte América desarrollando su programa naval, que para dentro de pocos años le dará una flota el doble de la actual. Italia, manifestando que no desmoviliza su ejército hasta no haber asegurado el porvenir de su industria y comercio, por el dominio del mar Adriático.

¿Cuál es, entonces, la razón de la persistencia de la organización militar una vez abatido el poder guerrero de los imperios centrales? La respuesta está en que siguen viviendo y funcionando los capitalismo nacionales; que los productos y capitales en exceso de cada país necesitarán hoy, como antes de la guerra, mercados; y que los capitalistas saldrán a buscarlos, a conquistarlos, pacífica o violentamente.

¿Podrá una reunión de hombres que hablen durante días en un congreso de la paz y que representan a nacionalismos

económicos, con intereses diversos, antagónicos, que son insolidarios, eliminar una realidad—como es la lucha por los mercados—por medio de palabras?

Por la experiencia social anterior puede afirmarse que no. Por el análisis de la situación actual también puede afirmarse que no lo podrán.

Mientras viva el capitalismo, los nacionalismos económicos, la guerra también vivirá, y será el medio de acción en la lucha por los mercados.

Con la muerte del militarismo de los imperios centrales no ha muerto la guerra, porque quedan en pie los nacionalismos económicos con sus correspondientes instrumentos armados: los ejércitos y las flotas de guerra.

BARTOLOMÉ BOSIO.

Necochea, Diciembre, 1918.

DE "LA FLAUTA DE CAÑA"

Sonetos del Crepúsculo

El callejón. La parra. Tarde lila.
Un peón corta el heno en flor que exhala
Su aroma familiar. Desde algún tala
Llega el cuitado arrullo de la *urpila*. (1)

Bajo la azul serenidad resbala
El tañido cristiano de la esquila;
Y un buen rebaño a la distancia bala
Mientras se tizna la oración tranquila.

Pues ya en la sombra se abismó el ocaso.
El ataja - caminos sale al paso
En la gran paz del callejón bucólico.

Y se dijera que la burra llora,
En su largo rebuzno melancólico,
Toda la pesadumbre de la hora.

Comunión Panteísta

A Gustavo Oviedo.

Gustavo, cuando a veces, por ausencias de fe,
Por desgracias o culpas o quién sabe por qué,
Inexplicablemente, mi alma se pone triste,
Y ve tristeza y duelo en todo lo que existe

(1) *Urpila*.—Paloma pequeña.

Y apura hasta las heces, en ebriedad suicida,
Lo amargo de esta cosa amarga que es la vida,
Yo siento un ansia extraña y enorme de confiar
Mi... (No a los hombres!) La hora crepuscular,
Cuando el zorzal se aleja sollozando su trino,
Espero y hacia el monte familiar me encamino.
Y allí, donde por gracia de la meditación
Se ennoblece hondamente mi dolor de varón,
Yo presento mi alma que ningún velo empaña
Ante la desnudez azul de la montaña...

Y una estrella ilumina la santa comunión.

Vuelta a la Aldea

Después de largos meses hoy he vuelto a la aldea.
Y otra vez, como antes, unge mi corazón
La mansedumbre suave y honda de Galilea
Y la fresca alegría de la tierra de Sión.

Las primeras casitas al pie del cerro veo.
A mi derecha extiéndese ya lila el alfalfar;
Y por un viejo hábito, un poco de poleo,
Para aromar mis manos he cortado al pasar.

Por sobre el cerco llégame el frescor de una viña.
Y en la puerta, amenguando su esquivez pastoril,
—Con un cestillo de uvas en los brazos—la niña
De mis amores de égloga me sonríe gentil.

Un buen pájaro pica su higo allá en la higuera.
Rumorea en las frondas la mañana estival.
Y feliz mensajero de la montaña austera
Cruza un zorzal tañendo su flauta de cristal...

LUIS L. FRANCO.

La pintura española desde Greco a Goya ⁽¹⁾

Primera conferencia

Señoras y señores :

Nada como el arte posee un poder tan profundo y universal para evocar ante nosotros el alma de lo pasado. La historia nos recuerda en una serie de hechos concretos los actores y acciones principales del gran drama de la vida, a través de los siglos; investiga sus causas y analiza sus consecuencias; nos habla a la inteligencia y al raciocinio. Pero el arte obra directa e irresistiblemente sobre nuestra sensibilidad, sobre lo más íntimo y misterioso que encerramos en nuestro ser; despierta sentimientos sutilísimos que a veces hacen comprender mejor que el conocimiento de un hecho real y escueto, el ambiente, el carácter y la más honda psicología de toda una época. Por eso la cultura histórica, aunque sea muy vasta, carece de verdadera eficacia si no va acompañada de la cultura artística correspondiente. En una palabra podríamos decir que el Arte es el alma de la Historia.

La arquitectura y la música, no obstante hallarse tan alejadas en apariencia, guardan entre sí vinculaciones, no sólo por cierta relación de simetría más o menos manifestada en la ordenación constructiva, sino también por la índole de sentimientos, tan vagos y expresivos a la vez. Ese puro y abstracto idealismo, que se manifiesta mediante la forma geométrica impresa a la materia o en el acento íntimamente psicológico de la inmaterial vibración sonora son esencia de la vida. Al contrario, la pintura y la escultura, más reales en su forma, más

(1) Conferencias dadas por el Sr. Ernesto de La Guardia, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, los días 3 y 10 de octubre de 1918.

definidas en su expresión, aparecen como representaciones plásticas de la vida misma, en su aspecto tangible y material; pero utilizan para tal fin el elemento más etéreo e incoercible que existe: la luz.

En estas conferencias que voy a tener el honor de leerlos, trataré de resumir algunas consideraciones sobre un tema que me inspira el más profundo interés: la pintura española desde la aparición del Greco hasta la muerte de Goya, una de las más bellas y sugerentes modalidades del arte de Apeles, procurando trazar así, en forma completa, aunque sucinta, y con la requerida unidad, un juicio sobre el arte ibérico, asunto que me sugirió algún bosquejo publicado en un diario porteño.

Como el tema es vasto, dividiré mi disertación en dos sesiones, exponiendo hoy hasta Zurbarán, para comenzar en la próxima con Velázquez.

El punto de partida que voy a tomar es la fecha de 1575 en cuyas proximidades apareció el Greco en España e inició con su genio una poderosa revolución en el arte de la pintura, que dió lugar, por diversos conceptos, a la fundación de sólidas bases sobre las cuales había de elevarse la escuela genuinamente nacional. Antes de la indicada fecha, la pintura española era tan sólo un pálido reflejo de las escuelas italianas del Renacimiento, y Rafael, Miguel Angel, Leonardo de Vinci y los venecianos seducen e inspiran a los pintores españoles que acuden a Italia como a una tierra santa de artística peregrinación. Pero sería injusto olvidar los nombres de esos precursores, que con su devoción por los grandes maestros iluminaron a su patria con los rayos del sol resplandeciente en el Renacimiento italiano, arrancando al arte pictórico español de su primitiva y gótica sequedad del siglo XV. Entre aquellos pintores merecen un recuerdo los valencianos Juan de Juanes y Ribalta; los andaluces Luis de Vargas y Pablo de Céspedes; el extremeño Morales, llamado el "divino", por su misticismo exaltado, rasgo típicamente español, los castellanos Berruguete, Becerra, Blas del Prado y Navarrete "el Mudo", quien lleva consigo algo del deslumbrador colorido de Venecia. Muchos de estos artistas españoles poseían aquella maravillosa universalidad característica de los grandes hombres del Renacimiento y eran igualmente hábiles pintores que escultores, arquitectos, poetas o músicos.

Al mismo tiempo que dichas influencias italianas, y aun con anterioridad a ellas, algunas corrientes flamencas vinieron también a fundirse en la naciente e indefinida pintura española. Desde el siglo XIV varios primitivos flamencos visitaron a España, y en la centuria siguiente el rey poeta Juan II de Castilla, verdadero modelo de príncipe "renacentista", agasajó en su corte caballeresca y romántica al gran artista Van Eyk. También Van-der-Weyden y otros maestros de Flandes imprimieron su huella en el arte ibérico de la época. Un ejemplo de tal influencia es el bello cuadro "Los Concelleres ante la Virgen", pintado por el catalán Dalmau, a mediados del siglo XV, donde se reconoce el estilo de la escuela primitiva de los Países Bajos.

Finalmente, y con posterioridad a la época indicada, volvemos a encontrar la pintura flamenca en España, antes de crearse el estilo nacional, con un artista muy distinguido, Antonio de Moor, llamado generalmente Antonio Moro, quien a mediados del siglo XVI combinó en sus retratos pintados para la Corte de Carlos V su carácter septentrional, todavía algo seco, con un reflejo de las armonías venecianas que brillaban en todo su esplendor.

En esta doble corriente, con frecuencia contradictoria, cuyas dos ramas llevaban algo de la antigua frialdad del Norte y las radiantes luces del Oriente, se iban nutriendo los pintores españoles, cuando en el último cuarto del siglo XVI surgió la imponente figura de Theotokópulos con quien había de crearse otro orden de cosas.

La aparición del Greco, aconteció en un momento culminante de la historia de España, que nos deslumbra todavía con los ecos de sus epopeyas y con el siniestro fulgor de sus trágicos horrores.

Si una escuela de arte nacional — según opina justamente un insigne crítico francés — surge en un momento oportuno como consecuencia lógica de circunstancias especiales de ambiente y psicología, la pintura española apareció cuando el tipo y carácter de la raza, gobernada entonces por el ideal de fuerza y dominación que sucesivamente ha ido cegando a las grandes autocracias de la historia, se había definido con mayor relieve plástico. Por tanto creo interesantes algunas consideraciones históricas reveladoras del porqué el pueblo español, ab-

sorbido por el trono y el altar, se manifestó como una gigantesca y omnipotente voluntad dominadora, tan terrible que casi lo destruyó a sí propio. El "super-hombre" de entonces surgió con todo su vigor formidable y debía dejarnos el retrato de su cuerpo y de su alma, como el asirio lo dejó en sus relieves o el romano en sus monumentos. Si se comparan esas circunstancias psíquicas con las que reinaban en el Renacimiento italiano, verdadera evocación del paganismo clásico, se comprende el diferente medio y opuestas tendencias de que nació el genuino espíritu de las escuelas pictóricas de Italia y de España.

La organización social española durante la Edad Media no era ciertamente aceptable, juzgada con criterio moderno, pero sí admirable y extraordinaria en comparación con la que disfrutaban otras naciones de Europa. El feudalismo también había dado su zarpazo, y no faltaban alguna vez señores dedicados al honroso oficio de bandidos y salteadores de caminos. Además los impuestos cobrados por los reyes eran satisfechos exclusivamente por el estado llano, en beneficio del clero y la nobleza, exentos de toda contribución a la corona. Pero merced a la continua cruzada de ocho siglos que mantuvieron los reinos cristianos de España durante la Reconquista, y en la cual era forzoso contar con la adhesión incondicional del pueblo, que veía frecuentemente ennoblecidos a sus propios hijos, el funesto sistema feudal no pudo arraigar tanto ni cometer tan terribles excesos como en otros países, y aun la división de estados era menos absoluta. Se promulgaban leyes cada vez más beneficiosas para el pueblo, y el reino de Aragón, con el fuero de Sobrarbe, vió la luz del primer triunfo democrático, creando después la gloriosa institución del Justiciazgo, por la que un juez supremo nombrado por el pueblo, defendía la justicia, ejerciendo su autoridad sobre el propio rey. Por eso se llamó a semejante institución "Alcázar de la Libertad".

En Castilla, Alfonso VIII dió participación al estado llano en las cortes generales. Por lo tanto, desde el siglo XII, mucho antes que en Inglaterra y en Francia, el pueblo castellano entró a tomar cierta participación en los asuntos nacionales. La organización municipal se desarrolló luego favorablemente, y con tan liberales y democráticas tendencias, que

en el siglo XV, Castilla alcanzó una prosperidad industrial y económica jamás igualada después.

Con la unidad nacional todo empezó a cambiar. Los Reyes Católicos iniciaron el despotismo y violaron a veces la ley, como en la expulsión de los judíos, ordenada sin convocar cortes, necesarias en todos los actos transcendentales. La Inquisición, personificada en el nefasto Torquemada comenzaba a reinar. Pero aquello no era más que el principio. Luego, con el consorte de una reina infeliz, se entronizó la casa de Austria, y pronto los ejércitos imperiales de Carlos V exterminaron en los gloriosos comuneros las libertades castellanas, y si aun quedó una sombra de liberalismo en Aragón, Felipe II se encargó de suprimirla, ahorcando al último de los Justicias. Entre tanto casi el mundo entero, al que Colón agregara un nuevo continente, recibiendo cadenas en premio de su gloria, se había hecho español. El poderío hispánico se representaba por una divisa que expresaba: "Non sufficit orbis", lo mismo que los emperadores Habsburgo habían de tener por lema las cinco vocales del alfabeto o sea, "Austria Est Imperari Orbi Universo".

El dueño del gigantesco imperio en que jamás se ocultaba el sol aspiró a la monarquía universal, como un elegido de Dios para imponer la verdadera religión sobre la tierra (1). En nombre del dulce Crucificado se desencadenó tiranía feroz, fanatismo implacable, negra tristeza, crueldad espantosa y el siniestro fulgor de las hogueras iluminó al universo derriendiendo heréticas carnes para la pura conservación de la Fe. Y entre las sombras de aquella tétrica noche surgían los resplandores de la heroica epopeya de España, reina del orbe.

En tan dramático momento llegó a la corte del sombrío y omnipotente Austria un artista de genio formidable: era el Greco.

Dominico Theotocópuli, según la forma italianizada de su nombre, o Theotokópulos, que debió ser el apellido verdadero, trazó de modo genial con sus pinceles la imagen simbólica del alma castellana, de esa alma que alguien ha denomina-

(1) Felipe II decía que prefería perder sus reinos a reinar sobre herejes. El imperialismo español fué inspirado esencialmente por una idea mística. Todo se hacía en nombre de Dios. Los reyes asirios, en la antigüedad, los árabes, los turcos y el kaiser Guillermo II, en nuestros días, han sido otros tantos ejemplos de imperialismo místico.

do "poema místico y ardiente". Tales palabras encierran la esencia artística y psicológica del pintor cretense quien, nacido bajo el armonioso azul que copiara Apeles, se educó entre las deslumbrantes coloraciones venecianas, para encarnar al fin, en toda su fiereza sobre áridas tierras de cruda luz, el espíritu rudo, atormentado, místico, de los antiguos castellanos. Y esa enorme potencia psíquica emanada de toda la obra del Greco, constituye en realidad la quinta esencia de toda la pintura española, puesto que Theotocópuli no sólo creó la gran escuela clásica que culmina en Velázquez, sino que en nuestros días, después de largo e injusto olvido, la obra del viejo griego, resurge de las sombras, remozada y fascinadora, para inspirar nuevos rumbos e idealismos a los modernos pintores ibéricos.

Tal milagro sólo puede atribuirse a la característica, eminentemente nacional y aún local del estilo del Greco. Y en efecto, cualquier otro gran pintor, llámese Veronés o Rubens, Murillo o Van - Dyck, puede ser admirado y comprendido en todas partes. El Greco sólo es inteligible en España y, especialmente en Toledo; es un doble fenómeno de ambiente y psicología, que en cualquier otro medio pierde su poder de sugestión.

Aquel hombre extraordinario aparecido misteriosamente en España, procedente de lejanas tierras, y que de modo tan maravilloso iba a encarnar el alma nacional no podía hallar mejor residencia que Toledo, corazón de Castilla.

Permitidme que os describa a grandes rasgos el paisaje.

Arrogante y amenazador cual prehistórica fortaleza se yergue, sobre una mansa vega, bravío peñón, fiero gigante que hunde sus pies en las rumorosas ondas del Tajo, y eleva su cabeza a las nubes, desafiando a los vientos. Al conjuro de los aires y a la voz de las aguas pareció surgir de la llanura la abrupta roca, nido de águilas, conquistado por el hombre para reinar sobre el llano, que extiende su pelada tierra, color de sangre, bajo la violenta reverberación solar; y allí sentaron sus reales romanas huestes; y los monarcas visigodos presidieron concilios, dictaron férreas leyes y perecieron ante su ultraje a una legendaria beldad; y los hijos de Tárik envolvieron la pelada roca en florido manto de arrayanes; y la montaña fué sultana voluptuosa bajo velos de azahar y rosas de la Arabia;

y los cristianos reconquistadores erigieron al Altísimo la aguja de filigrana y los mudéjares labraron su arte mixto de encanto sutil; y los brujos y hechiceras forjaron en negros antros la Meca nigromántica del mal y del demonio; y los hebreos salmodiaron en sus sinagogas y se apiñaron en el dédalo inextricable de la "judería"; y por fin, un rey, señor de dos mundos, coronó el peñón con las torres de su alcázar, y las águilas de sus blasones desplegaron su vuelo para proclamar la gloriosa apoteosis de la Imperial Ciudad.

Y así como la roca desafía al tiempo, diríase que la ciudad surgida de sus entrañas, como por arte de encantamiento se ha petrificado, cual cristalización prodigiosa de los siglos que pasaron por ella. Ninguna otra mejor que la vetusta Toledo, de agrio ambiente y hosco espíritu, merece el honor de guardar, celosamente oculta entre sus tortuosas y empinadas callejuelas, la morada señorial del más español de los pintores españoles de su siglo, no obstante su condición de extranjero.

Todo es misterioso en la vida de aquel raro personaje. Cuando llegó a España en la ya indicada época, sólo se sabía de él que era candiota de nacimiento y que procedía de Venecia, a cuya República pertenecía entonces la isla de Creta.

El primer cuadro pintado por el Greco para la catedral de Toledo fué "El expolio de Cristo", obra maestra, cuyo trazado y cálido colorido denuncian la escuela del Ticiano, — ignorándose si fué discípulo directo del maestro, o si sólo estudió sus obras y las de otros grandes pintores de Venecia.

Ante la fama alcanzada por tal lienzo, Felipe II encomendó al Greco un "San Mauricio" para el monasterio del Escorial, que a la sazón decoraban los mejores artistas, pero el cuadro no satisfizo al monarca.

"El expolio de Cristo" verdaderamente nada tiene de arte revolucionario; en cambio, a partir del "San Mauricio" empezaron a observarse en el estilo del artista rasgos desconcertantes; figuras alargadas, destemplados colores. De aquella época es el celeberrimo cuadro "Entierro del conde de Orgaz", pintado en 1584, cinco años después del "Expolio". Ese lienzo maravilloso se ha considerado con justicia como la creación más extraordinaria del maestro y una de las obras capitales de la pintura universal. La fúnebre comitiva de frailes, clérigos y nobles enlutados, que inclinan sus graves y pálidos rostros

sobre blancas gorgueras, va presidida por San Esteban y San Agustín, cuyas riquísimas casullas dan una nota de luz y oro en el sombrío conjunto. Los dos santos sostienen el cadáver del piadoso caballero. Sobre la escena, los cielos se entreabren y descubren la Trinidad y las angélicos falanges cerniéndose en el espacio.

Otro cuadro espléndido de la segunda época del Greco es "Cristo difunto en brazos del Eterno", escorzo admirable que se muestra como soberano mentis a los que niegan el dibujo en Theotokópuli. Esta obra se conserva en el Museo del Prado, de Madrid, con varios de los mejores retratos.

A pesar del escaso favor real obtenido por el "San Mauricio", el renombre del artista crece en Toledo. Los nobles se hacen retratar por el Greco; iglesias y conventos encargan obra tras obra; una legión de discípulos acude al estudio del viejo pintor que también trabaja como escultor y arquitecto. Theotokópuli despliega una vida fastuosa, de gran señor; rodease de lujo y refinamientos, manteniendo una orquesta en su casa para escuchar música durante las comidas. Tal ostentación inusitada en la severa España de aquellos tiempos, unida a mil rarezas y extravagancias de carácter y a su extraño e imponente estilo pictórico, hicieron pasar al Greco como un personaje misterioso y casi fantástico ante los ojos de las sencillas gentes. Sus genialidades eran frecuentísimas. Se cuenta que una vez dió soberbia lección a unos frailes que le encomendaron una "Santa Cena". No pudiendo ejecutarla, por exceso de trabajo, el maestro cretense confió la obra, de acuerdo con los monjes, a su discípulo predilecto, Tristán, quien lo pintó a entera satisfacción de la comunidad y pidió por su obra 200 ducados. Los padres estimaron excesivo el precio, tratándose de un joven artista, y recurrieron en son de queja al maestro. Apenas vió el viejo el cuadro cuando se lanzó contra Tristán y llenándole de improperios, cual el de "pícaro y deshonor de la Pintura". Apenados los frailes intercedieron por el joven, alegando ser excusable en un muchacho ignorar el valor del dinero; mas el Greco, sin atenderles, continuó diciendo: "Este mal hijo nos traiciona, y verdaderamente ignora el valor del dinero al dar tan hermoso lienzo por menos de 500 ducados, y yo se lo compro en ese precio, si no le pagais en seguida!..."

Ningún pintor ha sido nunca tan discutido, negado o admirado como el artista de Candia; es la tempestuosa polémica que dejan tras sí, cual turbulenta huella, todos los grandes genios. Unos tratan de explicar sus obras como producto patológico de neurastenia; otros hablan de una visión anormal, lo que podría ser cierto (1), o de resabios de goticismo, lo que es inadmisibile después de conocer el "Expolio de Cristo"; quién dice que el Greco cambió bruscamente de estilo porque le molestaba parecerse al Ticiano; quién le atribuye profunda originalidad de artista; éstos le consideran como un pintor de espectros; aquéllos afirman que "pintaba almas", y en tanto el vulgo repite ante sus cuadros: "estaba loco"...

La reivindicación artística del maestro, muerto hace tres siglos, es obra de pocos años, pudiendo parecer una profecía del movimiento que ha hecho aparecer toda una literatura "grequiiana" — entre la que descuellan los profundos estudios de Cossío y Mauricio Barrés — las frases pronunciadas por Teófilo Gautier, cuando recorría tierras castellanas, a mediados del pasado siglo y decía que pocos cuadros le habían interesado tanto como los del Greco, porque aún los peores tienen siempre algo imprevisto, desconcertador, fuera de lo real, que sorprende e incita al ensueño.

De mil modos se ha intentado explicar la radical transformación del estilo y de la técnica de Theotokópuli, inclusive por una aproximación al Tintoretto, que no es del todo exacta (2). Sin duda nada puede revelarla mejor que el propio temperamento del artista. El Greco hallábase dotado no sólo de una sensibilidad altamente impresionable, sino también de un espíritu crítico capaz de escudriñar las más recónditas profundidades psicológicas. En el ambiente de la ciudad de los Dux se formó, cual perfecto veneciano; pero trasplantado a Castilla, hombre y pintor se sintieron extranjeros. Era preciso "adaptarse", vivir el nuevo medio, y el alma exaltada, apasionada,

(1) Un médico oculista, el Dr. Beritens, en un estudio titulado "Aberraciones del Greco", trató de demostrar ingeniosamente con argumentos científicos, que Theotokópuli adquirió un astigmatismo por el que las imágenes se reflejaban alargadas o desdibujadas en su retina.

Esta teoría, aunque ingeniosa es muy discutible, pues el alargamiento podría ser también voluntario para caracterizar hasta la exageración aquella sombría gravedad española del siglo XVI.

(2) Opinión de Geffroy. Cossío ve en cambio, con razón, una primera manifestación de impresionismo.

mística del griego se asimiló muy pronto al espíritu español. El género de retratos, había sido inaugurado en España por el flamenco Moor, ya nombrado, su discípulo Sánchez Coello y el continuador de éste, Pantoja de la Cruz. Con una técnica algo seca y recortado, no dejan de parecer un poco fríos. El Greco, impresionado por el medio toledano y ante los nuevos tipos, que se le ofrecían, graves, sombríos, con ceñidos y negros ropajes (1), se inflamó de inspiración ardiente, y trasladó al lienzo con técnica novísima, rostros de personajes, vivientes dentro de sus marcos, de asombrosa verdad. Tal fué el principio de la escuela española. Y el maestro, alucinado quizá por su fantasía, soñó concepciones, vió símbolos y realizó creaciones inquietantes, desconcertadoras, de ferviente misticismo, de idealismo exaltado, de pasión ardorosa y atormentadora. Y aquella ejecución de audaz atrevimiento, las escuálidas figuras desdibujadas con frecuencia, el colorido tantas veces ingrato, destemplado, lúgubre, llevan al ánimo complejas y contradictorias impresiones de asombro, admiración, desagrado, pavor, y el cuadro acaba por apoderarse de nosotros, sugestionarnos y perseguirnos después, como una visión de pesadilla.

Una de las más curiosas características del Greco es la frecuencia con que desdibujaba las figuras, sabiendo dibujar tan maravillosamente. Ello obedecía, quizá a "efectos expresivos", a determinadas expresiones psíquicas o simbólicas que deseaba producir el maestro. Un notable pintor y dibujante decía: "qué bien los desdibujos, cuando los desdibujos se hacen bien!". Y en efecto, entre un rostro de facciones geométrica y correctamente dibujadas y otro más imperfecto pero de expresión más intensa, produce el segundo impresión de vida y realismo muy superior. Hay quienes sólo encuentran belleza en la perfección absoluta de facciones, que a veces revela frialdad e impersonalidad, mientras, por lo contrario, el psicólogo, el crítico de almas, aprecia esa belleza en ciertos desdibujos, en ciertas incorrecciones que traducen vigorosamente personalidad y carácter. Tal vez este fué el punto de partida del Greco en su escuela realista, que le llevó también, a veces, a exageraciones y extravagancias ininteligibles.

(1) Los amplios trajes de vivos colores usados en tiempos de los Reyes Católicos, fueron sustituidos en los de Felipe II por tétricas vestiduras.

Durante mucho tiempo se creyó que el Greco murió en 1625; pero las investigaciones han demostrado recientemente que falleció once años antes. Para conmemorar el tercer centenario de su muerte, se inauguró en 1914 en Toledo, un museo de obras del artista, instalado en la propia casa que habitó Theotocópuli.

En aquellos tristes aposentos, parece vagar todavía el espíritu del misterioso habitante de la mansión. Todo allí evoca su recuerdo, y los lienzos pintados por su mano hablan del extraño señor que les dió vida. Adustos y graves hidalgos, admirables prototipos de una raza noble y fiera, refieren en su eterno musitar medrosas leyendas, antiguas consejas; santos y apóstoles nos iluminan con sus ojos llameantes de fe, que relumbran sobre cuerpos consumidos por místico ardor; Verónicas de transfigurado rostro muestran radiantes el milagro de la divina faz; y también Cristos retorcidos por atroces convulsiones y seres que semejan fantasmas y visiones ultraterrenas, inconcebible mundo espectral... y aquellas salas frías e inhabitadas se extienden rodeando un viejo patio de carcomida balaustrada, abierto abajo el claro azul del cielo toledano.

* * *

Continuadores de la tendencia nacionalista iniciada por el Greco, pero no de sus rarezas, fueron sus discípulos Mayno, Orrente y Tristán y también otros pintores entre los que se distinguen Juan de las Roelas, Caxés, Bartolomé González, Vicente Carducho, Antonio Pereda y el fiero, terrible e imponente Herrera el Viejo, maestro de Velázquez. En cuanto a Francisco Pacheco, que fué suegro del autor de "Las Meninas", más que de artista hizo labor de crítico. Modelo de dogmáticos, con su mezquino criterio y pobreza de espíritu, místico a la manera de un simple sacristán, Pacheco sólo podía escandalizarse del talento ageno.

En cuanto se definió la escuela española, sus artistas se inspiraron en un sentimiento de hondo realismo, con lo que se aleja considerablemente de la escuela italiana, en donde la convencional forma clásica se presentó bajo el dorado manto del Renacimiento. En cambio, dentro de tal sentido se establece una cierta afinidad con el arte flamenco; pero en los pintores españoles se observa casi siempre la nota mística, si bien

ésta se fué templando poco a poco de sus primitivos ardores, hasta Goya, donde se extingue.

Entre los grandes maestros de la pintura española en el siglo XVII, debe mencionarse primero, por razones cronológicas, a Ribera, más conocido por el sobrenombre de "Españoleto", que debió a los italianos. La fecha y aun el lugar de su nacimiento fueron durante mucho tiempo tan dudosos como casi todos los hechos que figuran en su biografía, no faltando quienes le creen napolitano. Pero el hallazgo de su partida de bautismo en la iglesia de Játiva, dejó comprobado que el pintor nació cerca de Valencia, en 1588. A pesar de haber transcurrido casi toda la existencia de Ribera en Italia, el estilo del artista revela rasgos muy españoles. Su vida fué una odisea llena de sucesos novelescos, en los que jamás se ha podido deslindar la verdad de la fantasía. Lo único que se conoce con certeza es que en su infancia, estudió con Ribalta, trasladándose todavía muy niño a Nápoles, donde practicó algún tiempo con Miguel Angel Caravaggio, sombrío artista que no dejó de fascinar la ardorosa imaginación del joven. Luego recorrió gran parte de Italia, en peregrinación azarosa, luchando con la miseria. Vuelto a Nápoles, Ribera, se encuentra favorecido de improviso con el nombramiento de pintor del virrey, el duque de Osuna. Se casa con la hija de un mercader de cuadros y comienza para el artista un período de gloria, ensombrecido por intrigas fabulosas o reales y por acontecimientos dramáticos de rivalidades y luchas que han permanecido en el misterio. Es probable que el Españoleto fuese un hombre terrible. Un crítico ha dicho que era una soberbia pantera en cuya jaula sólo podía penetrar Velázquez.

Ribera murió en 1656, pero desde hacía varios años el artista sólo era una sombra viviente, agobiado por la inmensa pena que le produjo el rapto de su hija por D. Juan de Austria.

Los cuadros del Españoleto son un fúnebre canto al dolor, al sufrimiento, que se eleva sobre negros abismos para mostrar toda la ferocidad del hombre atormentando a su prójimo; y así parece complacerse repitiendo sin cesar los más trágicos y horrendos martirios, desde el mitológico de Prometeo hasta los suplicios de los santos; y también es el pintor de la vejez y de la miseria, de la decrepitud y de la muerte. Pero alguna vez, entre las tinieblas surge un rayo de luz y poesía, como en la

El Estado español y las Nacionalidades ibéricas

La situación política que en estado latente interrumpido por fogosos chispazos es propia del Estado Español de nuestros días, viene una vez más y posiblemente con más fuerza que nunca, a preocupar la opinión general acerca de los problemas internos de la Península, pocas veces presentados con la serenidad de juicio que las ciencias política y social requieren: expuestos frecuentemente con espíritu de sectario o con el desconocimiento de cuestiones que, a más de ibéricas, son eminentemente europeas.

La organización de los estados europeos—y les llamo Estados por no corresponder a todos etnográfica e históricamente el nombre de Naciones (1)—difiere esencialmente de la organización de las Naciones americanas. Estas se constituyeron a base de un solo “tipo”, más tarde refundición perfecta de “tipos” diversos; con un solo idioma, el castellano, el inglés o el portugués; con un solo ideal—la independencia—dentro del cual entraban todas las conquistas de la democracia europea, susceptibles de nuevas modalidades al desarrollarse en ambientes nuevos y favorables, por tanto, a una vida política nueva.

La organización de Europa, antes de que se produjesen las modernas conquistas democráticas, formas de gobierno derivadas de la Revolución Francesa, se basó en la destrucción del feudalismo y en la supresión política, mejor o peor realizada, de numerosas pequeñas nacionalidades. El poder real, débil en tanto los señores feudales fuesen poderosos, luchó hasta su aniquilamiento; las pequeñas nacionalidades, obstáculos pa-

(1) Admito los conceptos de “Nación” y “Estado” en el sentido que los da el eminente sociólogo Prat de la Riba, primer presidente de la Mancomunidad de Cataluña, en su obra: “La Nacionalitat Catalana”. Entre los Estados de Europa, abundan los plurinacionales.

ra la formación de las grandes monarquías, fueron lentamente anuladas. Con la destrucción del feudalismo, el individuo vió substituído su inmediato tiranuelo por un poder central, único y más lejano que en algo mejoró su condición, sin que tal mejora llegase a la médula de su vida colectiva, al contrario; las pequeñas nacionalidades, despojadas paso a paso de su fisonomía propia, de su personalidad política e internacional, de su derecho escrito y consuetudinario, de su idioma y, por consiguiente, de su literatura, fueron absorbidas en un todo dentro del cual desaparecieron; a veces, voluntariamente, con la sumisión del débil ante el poderoso; otras veces, mediante verdaderas guerras de conquista.

El sistema monárquico, al enlazar príncipes y princesas de diferentes casas reinantes, contribuyó a la unión de pueblos que pocas o ninguna analogías guardaban entre si, formando con ellos confederaciones bajo la sola unión personal, conservándoseles al principio todas sus características. Pero al imponerse fatalmente la más absolutista de todas las nacionalidades a las demás, al convertirse en centro y gobierno de la confederación, trató—y muchas veces consiguió—por la persuasión o la violencia, de moldearlas a su propia imagen y semejanza.

De ahí la debilidad orgánica que existe en varios estados europeos, y cuyas consecuencias pagan hoy Rusia, Austria-Hungría y Turquía principalmente.

En el Estado Español, objeto de estas líneas, pues no es mi intento estudiar la organización unitaria o federal de los demás Estados o Naciones de Europa, la unificación se consiguió de un modo aparente, sin llegar a la substantividad de todas las razas, por preocuparse los que fueron laborando en ella, más en aumentar su poder personal y satisfacer sus anhelos de megalomanía que en los derechos y necesidades de los pueblos, y también por existir en algunos de estos poderosa energía autóctona; pero la espiritualidad de las diversas nacionalidades que constituyeron el Estado, tras larguísimo tiempo de sopor, comenzó a revivir tomando diferentes aspectos: fuertemente en las más diferenciadas, en las que no habían dejado de percibir las palpitaciones de su verdadera personalidad; y en las demás, en las menos definidas a causa de voluntarias abdicaciones o por no contener en su propia esencia elementos de fuerza nacional, no dejaron de producirse, sin embar-

go, algunos chispazos, síntomas de próximo despertar. Contra ese movimiento de resurrección los partidarios del uniformismo invocaron, y siguen invocando, el socorrido tópico de la "unidad nacional", fundada en principios que si en el terreno científico no son más que ficciones, en el de los hechos resultan opresoras realidades. La constante invocación al mencionado tópico, significa que éste carece de la robustez necesaria para mantenerse con derecho.

La unidad ibérica, si no voluntaria por lo menos forzosa, se completó en tiempo de Felipe II para deshacerse en el de Felipe IV. La anexión de Portugal a la monarquía de la casa de Austria, anexión realizada al amparo de derechos sucesorios y apoyada por las armas, poderoso argumento que prevaleció en el litigio, reunió en un solo poder todas las tierras de la península. Reinando Felipe IV, Portugal recobró su independencia, y Cataluña estuvo próxima a la separación definitiva por haber elegido soberano a Luis XIII de Francia y ser aceptada por éste la corona condal. Pero sólo el Rosellón logró conservarse unido a Francia, y sus actuales habitantes, sin renegar de su origen, se consideran perfectos franceses.

Desgarrada por tercera vez la "unidad nacional" con la ocupación de Gibraltar por los ingleses, cercenáronse de día en día las libertades que algunas de las nacionalidades conservaban aún, como si se quisiese salvar de ese modo lo restante del Estado. Así creyeron los políticos centralistas, anulando los vestigios de un pasado libre y glorioso, vigorizar el amputado cuerpo oficial; concentrando en sí mismos todas las energías nacionales y encaminándolas hacia una objetividad ficticia. Así se acrecentó la autoridad de un órgano falsamente representativo de las modalidades más opuestas. Así surgió una oligarquía fundada en el avasallamiento de las energías ibéricas, que dió por definitivamente constituida la "nacionalidad" y cerró intransigentemente el camino a toda transformación, a toda fórmula de libre o autonómico desenvolvimiento. La pérdida de un inmenso imperio europeo y colonial, no curó a los centralistas de su increíble ceguera.

Pero juntamente con el momificado Estado Español, existían algunas nacionalidades vivientes. El conflicto, se produjo al fin. De un lado, un amontonamiento de prejuicios, un sistema político nacido en la corrupción electoral,—es axiomático

que en el Estado Español los partidos turnantes, conservadores y liberales, tienen siempre mayoría en los cuerpos legisladores, —una defectuosísima organización administrativa, un desorden absoluto en los organismos públicos, una incapacidad gubernamental apoyada en vacío y brillante verbalismo, una completa desorientación internacional, una política interior que es un vergonzoso juego de compadrazgos y personalismos, en una palabra: la España sin pulso, según frase de don Francisco Silvela. De otro lado, un espíritu con la noble inquietud que las deseadas evoluciones originan, que quiere desplegar todas sus energías latentes, que demanda leyes en armonía con sus deseos, que estudia de frente los grandes problemas sociales y sin asustarse ante ellos, que se propone vaciar en moldes nuevos todo lo que de sano existe en su vida individual y colectiva.

Pero ese magno resurgimiento no puede verificarse utilizando los materiales que sostienen el carcomido Estado actual: la futura construcción debe ser levantada desde los cimientos hasta la cúpula con materiales que hoy yacen en espera de acertado aprovechamiento. Y si el sistema centralista—la España petrificada — no ha dado de sí más que la actual decadencia del Estado, el cual sin gozar de la confianza de sus componentes, pretende asumir “in aeternum” su representación, ¿no es de la más rigurosa lógica que se busque el remedio en la implantación de otro régimen que sea la antítesis del régimen centralista? ¿Es posible curar las dolencias de un organismo con la aplicación sistemática de fórmulas desacreditadas por su ineficacia?

El autonomismo surgió, pues, en el Estado Español, no sólo como bella lamentación del pasado, como anhelo sentimental e histórico, sino como imprescindible necesidad de curación, como remedio desesperado antes de que la muerte sobrevenga.

Fué Cataluña la nacionalidad ibérica que dió la señal del resurgimiento, con la resurrección literaria de su idioma, con el estudio de su historia, de sus leyes, de su ciencia, de su filosofía, de sus nobles artes, de sus costumbres: resurgimiento que hoy ha alcanzado su desarrollo íntegro.

Sucedió, empero, que siendo Cataluña la nacionalidad ibérica que reivindicó más claramente su personalidad y no siendo imitado de momento su ejemplo por las demás, salvo Vasconia, valióle su actitud la tacha de “separatista”, tópico que

las oligarquías centralistas se apresuraron a explotar, felices con el incommensurable hallazgo, inculcándolo por intermedio de sus órganos en la prensa a la innumerable falange de cerebros que reciben y admiten las opiniones en la forma exacta de su exposición, sin el menor deseo de investigar por cuenta propia o de aquilatar, por lo menos, los grados de certeza o de falsedad que en las mismas puedan existir, y sin pensar que el "separatismo", criminal en sus horas de vida latente o de indecisa lucha, es reconocido por sus perseguidores, de un modo oficial y solemne, en cuanto le llega la hora del triunfo. El caso de Cuba y España, está demasiado próximo a nosotros para que se deba insistir en él.

Eran, sin embargo, de ópima calidad las semillas sembradas por los nacionalistas catalanes y llegaron a dar frutos más allá de lo que ellos en un principio se propusieron, merced a sus incansables propagandas y merced también a la incapacidad de los oligarcas turnantes, quienes con sus errores y desatentada conducta justificaron las excelencias del régimen autonómico, ayudando así, y de indirecta manera, a la difusión de sus principios.

Y por eso se puede insistir en que el movimiento autonómico, genuinamente catalán y vasco en sus comienzos, ha tomado carácter general en la Península, dejando a un lado a los innumerales energúmenos cuya mentalidad es la misma de sus venerables tatarabuelos.

Siguen siendo Cataluña y Vasconia los más autorizados órganos de los principios autonómicos ampliados hasta el límite del programa, y sin asustarse ya de las consecuencias que puedan sobrevenir, apoyándose en su fuerza autóctona y de diferenciación; pero el impulso continúa su marcha, y las demás regiones peninsulares menos definidas por un pasado histórico, sienten también algunas ansias de venidera y fecunda transformación.

El movimiento autonómico catalán en el Estado Español, reviste un carácter eminentemente moderno, nacido más en la voluntad de las generaciones vivientes que en las enseñanzas de la Historia; sus problemas en espera de solución son en absoluto europeos. Magnas cuestiones en relación directa con aquéllas que hoy se agitan en el seno de la convulsionada Europa, en donde los problemas de las nacionalidades han sido

objeto, entre otros problemas, del más sangriento de los debates.

La solución que se presenta al Estado Español como tabla salvadora, es la implantación del régimen federativo, con el consiguiente respeto a las nacionalidades y el equilibrio entre las mismas.

El régimen federativo, es el lazo más sólido y firme para mantener la intangibilidad de un Estado compuesto en el caso de que así lo deseen sus componentes y no crean en otra solución más radical.

Es el régimen imprescindible a las nacionalidades ibéricas si es que han de continuar unidas; y sólo él podría convertir en buenos hermanos a pueblos que durante siglos han vivido en constante indisciplina mental bajo la férula de un padrastro autoritario y adusto: el centralismo.

*
* *

Como ya he dicho más arriba, las nacionalidades ibéricas que han conservado mejor, a través de las vicisitudes y mudanzas políticas, sus características propias, siempre en espera del *¡Levántate y anda!* que un día u otro debían escuchar, a plena voz, como anuncio de profecía próxima a cumplirse, son Cataluña y Vasconia.

Poco hablaré de la última por no haber estudiado a fondo el Derecho foral vascongado, que hoy ha tomado rumbos de mayor extensión y vuelo. Sólo conozco a grandes rasgos el problema nacionalista vasco, pero me encantan los deslumbrantes fuegos que a cada momento produce. Añadiré que los vascos de hoy siguen siendo el pueblo de otras épocas: un pueblo sano, honrado, fuerte, valiente hasta la temeridad, digno de toda mi admiración y de todas mis simpatías.

Vasconia gozó de la integridad de sus fueros hasta los años 1837, 1839 y 1841, años en que les fueron cercenados, sucesivamente, por decretos ministeriales. Los restos de la autonomía vasca desaparecieron en 1876, por votación de los cuerpos legisladores del Estado Español, eminentemente reaccionarios y engendrados, como de costumbre, en la corrupción electoral.

Con la abolición de los fueros vascos, se perdió una de las más antiguas y democráticas constituciones políticas del mundo.

Los vascos, gozando de la integridad de sus fueros poseyeron, entre otras libertades, ya en la Edad Media,—*nihil novum sub sole*,—el sufragio universal amplio y garantizado, y la autonomía absoluta de su régimen municipal les puso siempre a cubierto de la tiranía de reyes y de magnates.

Consecuencia de la comunidad de ideales entre Cataluña y Vasconia, la primera de dichas nacionalidades protestó, en la única forma que le era permitida, del monstruoso atentado de 1876, hecho en nombre de una “libertad” artificial y moldeada por teóricos absolutistas y fanáticos que vivían de ideas abstractas, aprendidas acá y allá y zurcidas inhábilmente, contra una suma de “libertades” reales y positivas, codificadas en virtud de la experiencia, el sentido común y las verdaderas necesidades de un pueblo, y que si habían de ser modernizadas, incumbía a los propios vascos, y no a los extraños, esa tarea.

Los intelectuales de Cataluña, en aquella oportunidad, enviaron un Mensaje al pueblo vasco; y el publicista Manyer y Flequer, director del “Diario de Barcelona”, a pesar de su doctrinario sentido político y de su acendrado amor a la dinastía borbónica restaurada, a pesar de su identificación con el ministro Cánovas del Castillo, principal conculcador de las libertades vascas, protestó enérgicamente del desafuero cometido. Concediéronle los vascos, en recompensa, el título de “Padre de Provincia”, y don Juan Manyer y Flequer, después de realizar un viaje triunfal por Vasconia, escribió, fruto de él, un voluminoso libro titulado: “El Oasis. Viaje al país de los fueros”. El sólo título indica que su autor, alrededor del oasis, no vió más que la eterna aridez del desierto.

Otros eminentes catalanes, muy distintos en ideas de Manyer y Flequer, como Almirall y Pi y Margall, dedicaron al pueblo vasco los más entusiastas elogios.

Nadie como el centralista para destruir de una plumada, caprichosamente, lo que es substancial a un pueblo, lo que es carne de su carne. Al teórico ignorante, le place siempre sobreponerse a la obra elaborada por las generaciones que se conocieron a sí mismas.

El gobernante centralista que se impone despóticamente a las distintas nacionalidades de un Estado, se me figura un sastre que pretendiese vestir a sus clientes con trajes cortados sobre un mismo patrón. Con la diferencia de que el sastre que

tal desatino imaginara, perdería su clientela y hasta es posible que fuese internado en un manicomio; mientras que el gobernante centralista, apoyado por los poderes civil y militar, multa, procesa, encarcela y fusila al cliente rebelde a vestir un uniforme que baila en su cuerpo o le impide respirar libremente.

De ese modo, aquel detestable sastre político que se llamó Cánovas del Castillo, dispuesto más tarde a que perdiese el país por él desgobernado "el último hombre y la última peseta" (textual) antes de que se concediese la independencia o la simple autonomía a Cuba, cortó el último traje unitario para el Estado Español (la Constitución de 1876), sin tomar medida a sus clientes, las nacionalidades sostenedoras, *velis nolis*, del Estado.

La destrucción del nacionalismo catalán, fué muy distinta. El nacionalismo vasco sucumbió bajo el peso de los formidables golpes de 1837, 1839, 1841 y 1876. El nacionalismo catalán sufrió una larga agonía, un martirio lento, alternando los instantes de reposo y los nuevos atentados a su soberanía, representada por leyes y costumbres.

Al transformarse la organización política catalana de feudal en monárquica, no se alteró fundamentalmente su esencia, o sea: el concepto de libertad, consubstancial a ella, y que es el eje, la base, el eterno ideal de las generaciones catalanas.

En Cataluña, el poder soberano, la persona del conde de Barcelona y más tarde del rey que presidía la confederación de pueblos (de Iberia, de Italia y de Grecia), cada uno con su régimen propio, no podía imponerse a las leyes establecidas y juradas solemnemente. Los catalanes de la Edad Media, eran ya hombres libres. Un rapidísimo examen de sus instituciones, lo demostrará.

Dejo la palabra al publicista Rovira y Virgili, quien en su documentada obra: "El Nacionalismo Catalán", escribe los siguientes párrafos:

"El régimen político del principado de Cataluña, que luego tomaron por patrón Mallorca y Valencia, respondía también al principio democrático. La monarquía catalana era lo que se llama una monarquía paccionada. Estaba fundada sobre la base de un pacto político entre el soberano y el pueblo. No existió, pues, el absolutismo monárquico, por más que el poder

real, como en los otros países, se extendía a esferas de las cuales le excluye el derecho constitucional moderno.

"Las cortes estaban constituidas por representantes del país convocados por el rey y bajo la presidencia de éste. Tres "brazos", "estados" o "estamentos" había en ellas: el eclesiástico, el militar y el real. Este último era el formado por los representantes de las ciudades o villas que dependían directamente del rey, y representaba, por tanto, el elemento llano o popular.

"Había, además, un organismo permanente de gobierno, llamado "Diputació general", "General de Catalunya", o "Generalitat", constituido por seis miembros, tres diputados y tres oidores de cuentas, uno por cada brazo, bajo la presidencia del diputado del brazo eclesiástico.

"Gozaban los catalanes de amplias libertades civiles. El domicilio, era inviolable. No estaban sujetos a quintas, ni debían dar alojamiento a las tropas. Sólo dentro de los límites de Cataluña estaban obligados a servir al rey con las armas en la mano. Podían viajar libremente por todos los caminos y vías sin necesidad de guías o pasaportes. Tenían derecho al uso de toda clase de armas.

"El pueblo estaba celoso de sus libertades. Los municipios defendían enérgicamente sus privilegios, que eran sus libertades comunales. Los reyes y autoridades tenían buen cuidado de respetarlos, pues cualquier infracción motivaba la protesta de los interesados y la tenaz resistencia a soportar el ultraje. La historia catalana ofrece una multitud de episodios que revelan esta celosa guarda de las libertades".

Y dice también el citado Rovira y Virgili: "Cupo a Jaime I la gloria de señalar el régimen municipal de Barcelona, por medio del llamado Concejo de Ciento, o sea el Concejo Comunal de Barcelona, que hizo de la capital catalana una verdadera república municipal. Otras muchas ciudades catalanas adoptaron el mismo régimen, y la libertad municipal floreció lozana en nuestra vieja nación".

Los soberanos de raza catalana, desde el conde Jofre I hasta el rey Martín, fueron respetuosos guardadores de las leyes patrias, causas de su prosperidad y de su grandeza. Al ocupar la corona, contra todo derecho, el príncipe castellano Fernando I,—los catalanes, excesivamente respetuosos de la lega-

lidad oficial, aceptaron su elección, efectuada por mayoría de votos, contra los legítimos derechos, en el sentido monárquico, del conde Jaime de Urgell, príncipe catalán y descendiente por línea masculina de los condes-reyes,—las libertades catalanas comenzaron su largo martirio. El espíritu de los reyes de Castilla, eminentemente absolutista,—es falsa la afirmación de ciertos historiadores castellanos que atribuyen exclusivamente a los reyes de la casa de Austria el concepto del cesarismo monárquico, pues tan absolutistas eran unos como otros,—se infiltró poco a poco, a modo de cáncer que destruye lentamente la salud de un organismo robusto, en la organización catalana. Empezaron las revueltas y los disturbios por ser las leyes fundamentales del país continuamente burladas; y el estado perenne de inquietud contribuyó también a debilitar el sistema político, antes de una armonía y perfección admirables. Entre los movimientos de protesta más sonados, citaré los que tuvieron lugar reinando Juan II y Felipe IV. En tiempo de Juan II, Cataluña procedió a la elección de otros monarcas: en tiempo de Felipe IV, como se ha dicho anteriormente, Cataluña nombró soberano suyo al rey Luis XIII de Francia.

Al final de la guerra civil promovida en España por las casas de Francia y Austria, Cataluña, partidaria de la última, perdió sus libertades.

El año 1714, es el año más fatídico de la historia de Cataluña.

El golpe fué fatal. Se hundió una gloriosa nacionalidad entre el fragor de los cañonazos disparados contra Barcelona, que resistió un sitio de trece meses. La incapacidad de las tropas castellanas, impotentes para tomarla, motivó la intervención de los ejércitos franceses al mando del duque de Berwick, y sólo de ese modo la heroica ciudad cayó, envuelta en sangre, a los pies del primer Borbón hispánico (1). El decreto llamado

(1) En aquella oportunidad, Inglaterra, faltando a los solemnes compromisos contraídos con Cataluña, la entregó a merced de Francia y España vencedoras.

Léase ahora lo que dijo en Barcelona, el 25 de noviembre de 1918, el embajador de la Gran Bretaña, sir Arthur Hardinge, en el Majestic Hotel, con motivo de un banquete que le dieron sus connacionales: "No debemos olvidar que mucho voluntarios españoles y más especialmente catalanes, no vacilaron en prestar sus servicios militares a la causa aliada, a pesar del mal trato que recibieron en el pasado por parte de Francia e Inglaterra los catalanes, castigados en 1714 por las tropas francesas y traicionados por los ministros ingleses de la reina Ana. Al brindar por España, no olvido a Cataluña".

de "Nueva Planta" substituyó a las liberales constituciones de Cataluña. La lengua catalana, dejó de tener carácter oficial. Otra nación más, pasó a la historia.

En el siglo XIX, desaparecieron los últimos y débiles vestigios de la personalidad nacional catalana. Cataluña fué dividida, caprichosamente, en cuatro provincias, se le impuso el servicio militar, se suprimió definitivamente el catalán en los documentos públicos y se atentó a su Derecho civil.

Desde su unión con Castilla, realizada contra las leyes de la historia, la etnografía y la filología, y no por "designio de la Providencia", como dicen cómicamente ciertos historiadores castellanos (1), pues al casarse el que fué más tarde conde rey Fernando II con la infanta Isabel de Castilla, ésta no tenía ningún derecho al trono de su nación,—vivían la hija del rey Enrique IV y el infante Alfonso, otro hermano del rey,—dibujóse clara hostilidad en la mente castellana contra los nuevos confederados, y el castellanismo, en vez de ser un poder moderador entre los distintos pueblos de la corona, se dispuso a combatir, por todos los medios posibles, la cultura catalana, que de espléndida en el siglo XV decayó hasta desaparecer, perdiendo así la humanidad las consecuencias que lógicamente se habrían originado en las inmortales obras de Lluïl, Eximenic, Muntaner, DescLOT, Martorell, Metge, Ausias March, Jordi de Sant Jordi, etc., etc., y en codificaciones como los "Usatges" y el "Consolat de Mar".

A principios del siglo XIX, el aplastamiento nacional de Cataluña es completo.

Pero el idioma catalán subsistió siempre, y no hay duda de que ese elemento, viviente en el pueblo, ya que las clases directoras, atraídas como mariposas por la luz del castellanismo oficial, abominaron de su propio idioma, contribuyó en primera línea a la resurrección de Cataluña; ese elemento, la lengua catalana, sostenida por su fonética propia, conservó el rescaldo de un fuego sagrado que debía aparecer, primeramente como débil llama y más tarde como hoguera esplendorosa, extendiéndose por los ámbitos de la antigua nacionalidad y convir-

(1) El verdadero porvenir de Cataluña era el de agruparse con los pueblos occitanicos que hoy constituyen el sud de Francia. El desastre de Muret (1213), desencauzó la orientación nacional catalana.

tiéndose de puro sentimiento en lema de reivindicaciones cada día más amplias y exigentes (1).

El nacionalismo catalán comenzó por ser un anhelo literario, una resurrección del pasado, un deseo generoso y ardiente en el pueblo de conocer su alma propia, de saber lo qué había sido. Tal como el arqueólogo que descubre los tesoros de las culturas muertas y se encanta y goza en ellas y reconstruye con el estudio y la imaginación una época olvidada por la generalidad de los hombres, así los intelectuales catalanes de los comienzos del siglo XIX fueron levantando poco a poco las espesas capas de tierra y polvo que cubrían el pasado de su raza, y que la historia oficial española había reducido a su más mínima expresión, cuando no adulterado, a fin de que las generaciones vivientes de los catalanes ignorasen "in aeternum" quienes eran, de dónde procedían, si tenían derechos que reivindicar e injusticias que reparar.

No voy a exponer ahora el desarrollo del movimiento cultural de Cataluña, que ha terminado por abarcar todos los órdenes, que ha producido, para no citar legiones, pensadores como Balmes, Almirall, Pi y Margall, el obispo Torres y Bages,

(1) Sobre el lenguaje catalán, a pesar de las grandes claridades que ha difundido la Filología comparada, siguen reinando en algunos ambientes las más extrañas ideas.

Con asombro he leído en el N° 3 de la "Revista del Ateneo Hispano-Americano" (pág. 193), de esta Capital, cierto párrafo de un estudio que hizo conocer en dicha institución el filólogo peruano doctor Carlos Gibson, profesor de la Universidad de Arequipa.

Acerca de si el castellano se desmembraría dando lugar al nacimiento de diversos lenguajes, tal como sucedió con el latín al originar las lenguas romances, dijo el doctor Gibson: "Y así parecen comprobarlo, aparte de los dialectos americanistas, el valenciano, el leonés, el vascuence, el catalán, el gallego, el bablé (querrá decir el "bable"), el salmantino y el aragonés estudiado admirablemente por Borao".

Admitamos que el leonés, el salmantino y el aragonés sean, si no derivaciones del castellano, por lo menos formas dialectales del mismo; pero suponer que el catalán y el vascuence, por ejemplo, provengan directa o indirectamente del castellano, significa el completo desconocimiento de las lenguas occitanicas, tan estudiadas por los romanistas franceses y alemanes, en lo que se refiere al catalán: en cuanto al vascuence, al darle por origen la lengua castellana, el doctor Gibson resuelve de una vez por todas un problema filológico ante el cual se habían estrellado los más doctos y pacientes investigadores.

La filología, sobre la cual no influyen las disposiciones de un Estado oficializando determinada lengua entre las que en el mismo se hablan, no admite que los lenguajes secundarios (secundarios a veces únicamente por no tener oficialidad reconocida), hayan de ser forzosamente derivaciones del que goza de la oficialidad.

Y no hablemos, además, de lo que se desprendería si estudiásemos de un modo cronológico la aparición de los citados lenguajes.

Prat de la Riba; poetas como Verdaguer, Costa y Llobera, Alomar, Maragall; arquitectos como Gaudí, Domenech y Muntaner, Puig y Cadafalch (el actual presidente de la Mancomunidad de las diputaciones catalanas); hombres de ciencia como Ferrán, Alsina, Turró; jurisconsultos como Durán y Bas, Permanyer; filólogos como Fabra, Bulbena; dramaturgos como Soler, Guimerá, Iglesias; novelistas como Pin y Soler, Víctor Catalá, Ruyra; pintores como Anglada Camarasa, Rossinyol. Mir; escultores como Clará, Blai, Llimona; músicos como Clavé, Pedrell, Albéniz, Granados, Nicolau, Morera; concertistas como Malats, Casals, Manent, Vinyes; ingenieros como Rubió... ¿Y tendré que hablar, también de la enorme expansión industrial y comercial de Cataluña, cuya capital, Barcelona, cuenta hoy con más de un millón noventa mil habitantes?

El movimiento político catalán es de una complicación extremada. Su sola exposición requeriría un libro. Entre sus organizaciones se destaca la "Unió Catalanista". "sancta sanctorum" de las reivindicaciones catalanas, hasta el auge de la "Lliga Regionalista", dotada de un espíritu eminentemente práctico, que ha sabido conducir el problema, con un oportunismo y una habilidad sin ejemplo, al terreno de la realidad. Esta ha sido la obra de los grandes políticos Prat de la Riba y el ex ministro Cambó.

Débase añadir ahora que la lucha entre Cataluña y el poder central ha sido hasta la fecha, lenta, sostenida y enérgica. Ni las disidencias que en el seno del nacionalismo catalán se han producido; ni los incidentes que el poder central ha provocado, por intermedio de agentes que más tarde se han convertido en personalidades políticas y hoy intervienen como factores importantes en la cuestión; ni la estultez de ciertos catalanes, opuestos por rutina o conveniencia a la expansión de los ideales patrios, han podido detener una ola que avanzando sin cesar, se ha extendido hoy por el mundo y golpea a la puerta de las cancillerías europeas con el mismo título que los problemas de Polonia, Irlanda, Yugo-Eslavia, Finlandia y Bohemia.

Creo conveniente reproducir aquí, para exponer las bases en que se apoya el autonomismo catalán, algunos párrafos del manifiesto que los residentes catalanes, con fecha 21 de diciembre de 1918, dirigimos al pueblo argentino, párrafos que reflejan el fondo de la cuestión:

"El autonomismo catalán, se apoya en las siguientes bases: en la Historia, en el Descontento y en la Voluntad.

"En la Historia, porque ésta nos enseña que Cataluña fué una nación libre y gloriosa, que jamás renunció voluntariamente a sus libertades, ni aún en las épocas de mayor esclavitud política que atravesó. Cataluña, etnográficamente es una raza, posee un idioma propio, un derecho propio, una literatura propia, una arquitectura propia. Los pueblos que han sido, sobre todo cuando su nivel general aumenta a medida que desciende el de sus dominadores, tienen el derecho de "volver a ser". Sólo los decadentes se someten, gustosos, a extranjeras dominaciones.

"El autonomismo catalán se apoya en el Descontento. En el descontento de los rumbos que sigue el estado español, cuyo desenvolvimiento desde el siglo XVII consiste en perder uno tras otro sus dominios, por una aglomeración de factores entre los cuales sobresalen la mala administración, el fanatismo religioso y político, el orgullo del eterno conquistador, el desprecio a los ajenos derechos. La política española no ha cambiado, a pesar de las lamentables consecuencias de la misma; y Cataluña, al desear para sí la implantación del régimen autonómico, pretende no sólo organizarse en forma que le permita substraerse a las eventualidades que puedan sobrevenir, sino también evitar la parte de responsabilidad que éstas pudieran originarle.

"El autonomismo catalán, se apoya en la Voluntad. En la voluntad de las generaciones vivientes. Por tanto, recordando y basándose en el concepto de nacionalidad que ha tenido, transforma el concepto y lo aplica a su vida presente, sin arcaísmos políticos ni reminiscencias de ideas y cosas que la evolución de los tiempos no permite resucitar. La Mancomunidad de las Diputaciones catalanas, cuya obra de cultura y engrandecimiento material se ha realizado sin auxilio oficial de ninguna clase, es un organismo político y administrativo absolutamente moderno, en relación con los sistemas de gobierno empleados por los pueblos más cultos política y administrativamente.

"La organización de la Mancomunidad y el plebiscito celebrado entre las Municipalidades catalanas, formadas con elementos de todos los partidos políticos—favorable en más de un 98 por ciento a la implantación de la autonomía—demuestran

que el pensar y sentir de las generaciones vivientes intervienen como factores esenciales en el magno y debatido problema.

"A estos tres fundamentos nacionales únese el internacional, expuesto por el presidente Wilson, y que reconoce a todo pueblo el derecho de gobernarse por sí mismo, cuando tal es su voluntad.

"De modo que se trata de un derecho reconocido con "carácter universal".

"Lo que es cierto en Finlandia y Bohemia, por ejemplo, es cierto en Cataluña. Con la diferencia de que las dos mencionadas nacionalidades han reclamado imperativamente su independencia, y Cataluña se limita a pedir un régimen autonómico. Finlandia, Bohemia y Cataluña, se unieron, respectivamente, mediante pactos a las coronas de Rusia (desaparecida), Austria (desaparecida) y Castilla. Los pactos de unión no fueron respetados, y Finlandia, Bohemia y Cataluña se convirtieron en simples "provincias", es decir, en territorios dominados, según el concepto latino. La teoría del ilustre apóstol de la Democracia, es una reparación, es la afirmación de ideas que si admitiesen injustificadas e ilógicas excepciones perderían todo su valor moral.

"Vemos, pues, que Cataluña, en apoyo de sus reivindicaciones políticas, tiene a su favor la Historia, es decir: el punto de partida inicial y la conciencia de su personalidad; el Descontento, o sea la necesidad de substraerse a las ajenas responsabilidades, desligándose de una mala política interior y exterior y de poner su existencia a cubierto de contingencias que acabarían por serle fatales; la Voluntad, que en el concepto filosófico y político es la determinante de todos los actos individuales y colectivos.

"Y, finalmente, la afirmación en tesis general del presidente Wilson, admitida por todos los espíritus liberales, de que los pueblos han de ser dueños de sus propios destinos.

"Muy sumaria es la exposición que acabamos de hacer, pero creemos que en ella se incluyen los puntos capitales del autonomismo catalán".



He procurado dar una breve idea de la actual situación política en el Estado Español, encarando la cuestión desde dos diferentes puntos de vista: Primero: en lo que concierne al Estado, si es que éste se propone subsistir; segundo: en lo que concierne a las nacionalidades que no desean desaparecer en un naufragio que a cada instante que transcurre parece más inminente.

El Estado Español, a su desprecio por los derechos de las nacionalidades, ha añadido un desconocimiento absoluto del principio "real" que debe presidir en la difícil ciencia política aplicada al arte de gobernar. Pasada—teóricamente, por lo menos—la época de las tiranías, o mejor dicho, de los despotismos gubernamentales, la política de todo país civilizado ha de marchar siempre de acuerdo con las necesidades de éste, tanto interiores como exteriores. Los principios rígidos, inflexibles, de espaldas a la evolución, formulados por teorizantes fuertes si se quiere en erudición libresca, pero desconocedores por sistema de la realidad o enemigos de modificarse para no llegar a la confesión de que procedían equivocadamente, representan la calamidad más grande que pueda caer sobre un pueblo. De ese modo, las costumbres políticas se petrifican, las enseñanzas de los hechos son letra muerta, los ejemplos que del exterior llegan son cosas lejanas, borrosas, que no han de influir, poco ni mucho, en la vida interna del país.

Aceptada en ciertos pueblos una tradición política, buena o mala—y reconozcamos sinceramente que la del Estado Español es rematadamente mala, como se desprende de los hechos—dicha tradición se impone cual si fuese emanación de un verbo divino, infalible y eterno hasta la consumación de los siglos. Todo aquél que ve un nuevo camino, una nueva orientación; todo aquél que comprende que se vive en pleno error, en pleno desconocimiento de la realidad, es clasificado inmediatamente de réprobo, y se pide para él, cuando menos, el fusilamiento por la espalda que se aplica a los cobardes y traidores.

No se piensa en que el Estado o la Nación son entes vivos, no cadáveres; en que no yacen a guisa de momias en sarcó-

fagos adornados con el oro y el oropel de la Historia, sino que son organismos vivientes, llenos de sangre que circula ardiente y tumultuosa. No se piensa en que son organismos con similitud humana, y que al aquejarles dolencias y enfermedades de toda especie, es indispensable aplicarles remedios eficacísimos, antes de que mueran y se descompongan.

Los políticos centralistas del Estado Español, no quieren saber nada de todo esto. Algunos no lo ignoran, pero hacen como si lo ignorasen, por el sencillo motivo de que no les conviene que se sepa que ellos lo saben. Un mal entendido amor propio por un lado, y por otro el deseo de afianzar su poder y conservar de ese modo la satisfacción de sus apetitos de mando—porque no todo es teoría pura ni fanático doctrinarismo—ahogan en ellos la voz de la realidad, cuando ésta les hace escuchar lo que sus oídos, órganos entonces de su conveniencia, rechazan.

La evolución de los pueblos es—en derecho moderno—superior a la voluntad o conveniencia de los gobernantes. Los gobiernos sólo deben existir en calidad de mandatarios de sus electores. El derecho real hereditario, es un contrasentido que en Europa acaba de recibir durísimos golpes, y el nombramiento de los ministros por el poder real, es una consecuencia viciosa de lo que es vicioso por su misma naturaleza.

En el Estado Español, los cuerpos legisladores—con excepción hoy de los representantes de Cataluña y Vasconia—se constituyen a voluntad de los ministros. Por eso el ministerio de más difícil desempeño, en el Estado Español, es el de la Gobernación (Interior), porque en él se forma el “Encasillado”,—término del caló político que, con otros términos análogos, constituye el modo de hablar de la alta y baja burocracia,—y es necesario dominar “a merveille” el arte de las triquiñuelas electorales y conservar en lo sucesivo fama bien cimentada de ministro “útil” a las instituciones del país.

Los políticos de altura no existen en el Estado Español. En la política interior son meros “caciques” que luchan sin más ideal que el de formarse un partido propio, personalísimo, que les siga allá donde ellos le lleven. Y para ello, el “cacique” debe tolerar y amparar, por cima de toda ley, las acciones más vergonzosas de sus subordinados que, a la vez, son sus dueños.

Las crisis políticas se suceden sin causa visible. Caen y

suben los ministerios, sin que el país comprenda el motivo. Y el motivo suele ser, las más de las veces, una zancadilla hecha con toda malicia y travesura por algún político que desde algunos años o meses no vive del presupuesto.

Quien haga de buena fe un estudio comparativo entre la organización de los servicios públicos a cargo del Estado Español y los que van por cuenta de las Diputaciones vascongadas o de la Mancomunidad catalana, experimentará el mayor de los asombros. Casi tanto como el que le produciría comparar la organización de los Estados Unidos de América con la propia de las islas Tonga.

En la política exterior, las cosas marchan de igual o peor manera. La inhabilidad de los "diplomáticos" hispanos, se manifiesta en toda oportunidad. Su desorientación actual está en el ánimo de todos. Incluso en los menores detalles, se observa la supina ignorancia de los estadistas peninsulares. En la Conferencia de París, celebrada en 1898 para firmar el tratado de paz entre los Estados Unidos y España, los representantes de la última no conocían el francés. Al formarse uno de los infinitos ministerios que en el Estado Español se han sucedido, recuerdo que, como hallazgo sorprendente y maravilloso, se descubrió a un duque de Almodóvar del Río que sabía hablar inglés, e "ipso facto", sin pedirle más, se le nombró ministro de Estado (Relaciones Exteriores), para que el flamante ministerio tuviese un miembro que supiese, si llegaba el caso, conversar "tête a tête" con cualquier ministro de la Gran Bretaña.

Estos simples, pero significativos detalles, harán comprender, sin necesidad de mayores explicaciones, cuál es la perspicacia, la habilidad y el maquiavelismo de los Cavour, de los Gladstone, de los Bismarck, de los Lloyd George y de los Venizelos que dirigen la nave del Estado Español por el tempestuoso piélago de la política internacional, cada día más agitado y amenazador.

Es difícil, muy difícil, que las cosas del Estado Español cambien voluntariamente. Y no cambiando por sí mismas, serán las nacionalidades vivientes que lo constituyen, las encargadas de llevar a término esa tarea. Hoy, nos hallamos en el principio del fin.

Pero la realidad de los hechos se impondrá, tarde o temprano, al momificado doctrinarismo, al cúmulo de vaciedades

estereotipadas que substituyen, en el Estado Español, a los verdaderos principios de gobierno, al sentido práctico, a la visión exacta de las cosas, a la matemática apreciación de los factores que forman y descomponen los pueblos, que les imprimen rumbos insospechados, que obligan a realizar, a la fuerza, el sistema de gobernar pedido y exigido por ellos, aquel sistema calificado un tiempo de supremo absurdo, de desvarío de una imaginación calenturienta.

Y mientras los partidos centralistas, actualmente, renunciando por una vez—ellos tendrán sus motivos (1)—a las tradicionales arrogancias que en toda ocasión les han caracterizado, aplican el sistema de tira y afloja, de sí, de no y de qué sé yo, la Mancomunidad catalana, fruto de un nacionalismo llegado a su madurez, se dispone a implantar los principios, susceptibles de las modificaciones necesarias, que fueron formulados en 1916: Estado Catalán Autónomo, soberano en el régimen de la vida interior de Cataluña.—Parlamento o Asamblea legislativa catalana, responsable sólo ante el pueblo catalán.—Poder Ejecutivo o Gobierno Catalán, responsable sólo ante la Asamblea. — Vigencia del Derecho catalán, el cual tendrá en la Asamblea su órgano de renovación. — Poder Judicial catalán, con un Tribunal Supremo que falle en última instancia las causas y pleitos dentro de Cataluña. — Oficialidad de la lengua catalana, y libre uso del idioma catalán en todos los actos privados y públicos. — Unión federativa, española o ibérica, regida por un poder central que tenga a su cargo las relaciones exteriores, las relaciones entre los estados federados, el ejército y la marina, las comunicaciones generales, la moneda, las pesas y medidas, el comercio, las aduanas, etc., etc.

(1) Consecuencias, posiblemente, del viaje del conde de Romanones a París, a donde fué llamado (sic) por el presidente Wilson.

Débase añadir, para solaz del lector, que en 1916, el citado conde de Romanones, en el Congreso español, afirmó pomposamente que sobre "la petición de autonomía política para Cataluña no admitía ni el diálogo". Pero como tras la prosopopeya suele existir, en su grado máximo, la vacuidad cerebral, originado "velis nolis" el diálogo sobre el citado tema con Cambó, la mentalidad y la dialéctica de éste dieron buena cuenta de las habilidades y de los sofismas del travieso conde.

Sin embargo, de sabios es mudar de consejo. La autonomía de Cataluña, "moralmente", fué reconocida por el mismísimo Romanones en su contestación al mensaje enviado al Gobierno español por la Mancomunidad de las Diputaciones catalanas en 1918.

Ayer dijo que no. Hoy, dice que sí. ¿Qué dirá mañana el prototipo de los politicastros hispanos?

No se sabe a ciencia cierta, a la hora presente, qué desarrollo dará la Mancomunidad catalana a las bases expuestas; cómo encarará los problemas social, municipal, educativo, aunque sobre el particular pueden hacerse las más lógicas deducciones; menos se sabe aún cuál será la actitud del poder central ante el problema que se le presenta de una manera definitiva. ¿Se realizarán de una vez los ideales autonómicos catalanes? ¿Fracasarán, por reanudar los gobiernos centralistas su antigua y tradicional política de intransigencia y represión? ¿Se llegará al separatismo a consecuencia de algún cambio de régimen? ¿Se alcanzará un resultado parcial y transitorio? ¿Se aprovecharán los disturbios sociales para aplastar al nacionalismo triunfante?

No podemos saberlo a la hora en que escribo estas líneas. Pero sí se puede afirmar que cuando un pueblo "quiere", tarde o temprano "consigue". Y suele conseguir más cuanto más tarda.

La solución, depende ahora del centralismo. El Estado Catalán (autónomo o independiente) es sólo cuestión de tiempo.

Y antes de terminar, presentaré una demostración de que la Política debe basarse tanto en la justicia como en la oportunidad.

Cuando el Presidente Wilson incluyó entre los catorce puntos de su programa de paz la autonomía de las distintas nacionalidades que constituían la monarquía austro-húngara, el gobierno de Viena, que aún se creía fuerte, hizose el desentendido. Pero cuando llegó la hora del desastre quiso aplicar el mencionado gobierno, como remedio desesperado, el principio de Wilson. Era demasiado tarde. Y el mosaico austro-húngaro saltó en pedazos.

JERÓNIMO ZANNÉ.

Buenos Aires, Enero de 1919.

Los efectos demográficos y fisiológicos de las guerras para los combatientes en el período contemporáneo.

TERMINOLOGÍA

En este estudio utilizaremos las expresiones, *período contemporáneo*, *época moderna*, *época media*, etc., atribuyéndoles los significados definidos en la nota terminológica que encabeza, en el N° 108 de Nosorros, nuestro estudio de los efectos económicos de las guerras.

En ciertos casos utilizaremos las expresiones *riesgo demográfico*, *efectos demográficos*, etc., atribuyéndoles su significado preciso restringido, vale decir para designar la *eliminación de individuos*, etc. Pero en otros casos utilizaremos las mismas expresiones, atribuyéndoles su significado mucho más amplio pero menos preciso, vale decir para designar, no sólo los efectos relativos al hecho de la vida, considerado en términos absolutos, sino también efectos relativos exclusivamente a una forma particular diferenciada de la vida. Es decir que utilizaremos tales expresiones para designar sintéticamente (en conjunto): la eliminación de individuos, los efectos relativos a las condiciones fisiológicas, aquellos relativos a las condiciones fisio-psicológicas y aquellos relativos a las condiciones psicológicas.

Utilizaremos: las expresiones *efectos fisiológicos* etc., atribuyéndoles su significado restringido y preciso habitual; en ciertos casos las expresiones *efectos fisio-psicológicos*, etc., para designar efectos, etc., relativos a las formas de actividad vital determinadas *conjunta e inmediatamente* por condiciones exclusivamente fisiológicas y condiciones exclusivamente cerebrales—vale decir las formas de actividad que, no solo dependen indi-

rectamente de unas y otras condiciones, sino son determinadas inmediatamente por unas y otras — (percepción sensorial, estado emotivo, conciencia del yo, etc., y por consiguiente las condiciones individuales designadas habitualmente “caracter”, etc., las expresiones *efectos fisiológicos*, etc., para designar los efectos etc., relativos a las formas de actividad que en términos generales pueden ser consideradas exclusivamente cerebrales — vale decir que dependen de las condiciones fisiológicas no íntegral e inmediatamente, sino solo mediatamente, o bien inmediatamente, sólo en parte poco considerable — (no solo las formas de actividad designadas habitualmente como intelectuales, sino todo lo que, psicológicamente, es designado “lo conciente”, “lo subconciente”, “lo inconciente”, *en tanto esto no esté comprendido dentro de lo que hemos definido anteriormente como fisio psicológico*). Pero en ciertos casos utilizaremos las expresiones *efectos fisio-psicológicos*, etc., para designar sintéticamente el conjunto de los efectos, etc., relativos a una y otras de las distintas formas de actividad que acabamos de diferenciar.

INTRODUCCIÓN

En el período contemporáneo, la guerra no sólo ha dejado de obrar como factor favorable a la selección fisiológica y fisio-psicológica de los individuos dentro de las sociedades beligerantes, sino que obra como factor de selección a la inversa. Los ejércitos son constituidos, no por una parte reducida de la población de la sociedad dada, especializada en la vida militar, sino por la mayor parte o la totalidad de los individuos integrantes de la población masculina de la sociedad que (en razón de su edad y demás condiciones individuales) alcanzan o exceden el nivel medio de capacidad fisiológica y fisio-psicológica. Y en razón del predominio de los instrumentos de destrucción mecánicos sobre las armas accionadas directamente por el brazo humano, el riesgo individual de eliminación o mutilación afecta por igual a la generalidad de estos individuos. Es decir que sucumben, o son mutilados parcialmente, no la generalidad de aquellos de los individuos integrantes del ejército que son menos aptos fisiológica y fisio-psicológicamente, como hasta las épocas anteriores a la época moderna, sino indistintamente aquellos mayormente aptos y aquellos menos

aptos (1). Por consiguiente, considerados en relación a los ejércitos, los combates no obran como factor de selección dentro de ellos, sino que producen la eliminación o la mutilación fisiológica parcial de cierta proporción de los individuos que los forman, constituida indistintamente por los más aptos y los menos aptos; y, considerados en relación a la población total de las sociedades dadas, producen la eliminación o la inutilización parcial de cierta proporción de aquella parte de su población masculina que alcanza o excede al nivel medio de capacidad fisiológica y fisio-psicológica, constituida indistintamente por los individuos más aptos y los menos aptos comprendidos en esta parte, dejando subsistente integralmente la parte de la población masculina que es sensiblemente inferior a ese nivel medio. Por consiguiente, desde que los individuos que sucumben o son inutilizados parcialmente en los combates llegan a constituir una proporción sensible de la población masculina de la sociedad, la proporción de esta población constituida por individuos que alcanzan o exceden ese nivel medio va decreciendo, mientras acrece la proporción constituida por individuos inferiores a este nivel.

Para precisar esta última apreciación, supongamos los siguientes factores: Población nacional total de una sociedad dada: 40 millones; población masculina comprendida dentro de esta población, total: 20 millones; parte de esta población masculina que alcanza o excede el nivel medio de capacidad fisiológica y fisio-psicológica: 10 millones (dentro de los otros 10 millones estarían comprendidos los individuos que no alcanzan el límite más bajo de edad para el servicio militar — 17|18 años — los ancianos y los individuos comprendidos entre el límite mínimo y el límite máximo de edad para el servicio en el ejército, pero inferiores en razón de afecciones crónicas, etc., al nivel medio de capacidad fisiológica y fisio-psicológica); ejércitos en acción: 5 millones (los 5 otros de los 10 millones que alcancen ese nivel medio, y parte de los 10 millones inferiores al mismo estarían constituidos por los hombres que permanecieran ocupados en las actividades comerciales, industriales y de otros órdenes que no fueran interrumpidas durante la guerra, en los servicios de apro-

(1) Estas apreciaciones constituyen una de las conclusiones de nuestro estudio "La utilidad de la guerra para la especie" que será publicado en estos días por la "Revista de la Universidad de Buenos Aires".

visionamiento del ejército, los servicios administrativos, etc.); combatientes eliminados o inutilizados durante la guerra prolongada o intensa: 1 millón, de los cuales: 250.000 eliminados y 750.000 inutilizados.

Antes de la guerra la población masculina de la sociedad dada habría estado constituida por:

Individuos inferiores al nivel medio.	10.000.000	=	50 %
Individuos que alcanzan al nivel medio.	10.000.000	=	50 %
	20.000.000		100

Después de la guerra estaría constituida por:

Individuos inferiores al nivel medio.	10.000.000		
Individuos inutilizados durante la guerra.	750.000	10.750.000	= 54 8 19 %
Individuos que alcanzaban el nivel medio.	10.000.000		
Eliminados o inutilizados durante la guerra.	1.000.000	9.000.000	= 45 11 19 %
		19.750.000	= 100

Es de notar que, para establecer esta comprobación, hemos tomado en cuenta, en tanto que individuos cuyas condiciones serían modificadas durante la guerra, solo aquellos que serían inutilizados fisiológicamente y no aquellos cuya capacidad fisiopsicológica sería reducida a consecuencia de perturbaciones psicológicas del *surmenage*, etc. (2).

*
* *

(2) La cantidad total de la población que hemos tomado como base de apreciación no difiere considerablemente de la de la población de Francia ni de la población del Reino Unido. Ahora bien, los datos relativos a los efectos demográficos de la "Gran Guerra" para una y otra de estas sociedades que hemos tenido hasta ahora a nuestro alcance son incompletos, imprecisos o inconexos. Sin embargo, del conjunto de tales datos se puede inferir la conclusión que en una guerra muy intensa, entre dos naciones aisladas cuya duración sea considerablemente menor que la de la Gran Guerra (1 a 2 años), la reducción proporcional de la capacidad de la población que acabamos de comprobar teóricamente puede ser excedido sensiblemente. (Es necesario no perder de vista que, en términos generales, en una guerra en la que intervengan sólo dos sociedades, en una y otra será movilizadas una mayor proporción de su población que durante una guerra en la que intervengan concurrentemente con otras sociedades).

Examinaremos en este estudio (3) los efectos demográficos de la guerra, para las sociedades civilizadas, en el período contemporáneo (reducción cuantitativa de la población; reducción o acrecimiento de la capacidad fisiológica, o fisio-psicológica y psicológica de la población subsistente) definiéndolos: en razón del riesgo proporcional de eliminación y de reducción de su capacidad fisiológica y fisio-psicológica existente para cada combatiente—es decir, de las probabilidades de que cada individuo dado sucumba o sea inutilizado parcialmente, y de la proporción media de la capacidad fisiológica y fisio-psicológica de cada individuo perjudicado que es eliminada.

LOS EFECTOS DEMOGRÁFICOS Y FISIOLÓGICOS DE LA GUERRA

Durante el período contemporáneo han obrado conjuntamente, pero en sentido inverso, dos factores esenciales, sobre el riesgo existente, en la guerra, para cada combatiente dado: Por una parte, el dinamismo destructivo de las armas de guerra utilizadas ha venido acreciendo progresiva y aceleradamente. Por otra el nivel de las condiciones higiénicas de los ejércitos se ha elevado progresiva y considerablemente, y la eficacia cualitativa y cuantitativa de los servicios de sanidad militar ha acrecido también progresiva y considerablemente. Examinaremos separadamente estos dos factores:

1: El riesgo demográfico y fisiológico resultante de la acción destructiva del enemigo.

a) El acrecimiento del dinamismo destructivo de las armas de guerra utilizadas.

La eficacia de los fusiles, que era muy reducida en el principio de la época moderna, ha venido acreciendo progresivamente, pero con relativa lentitud, hasta el principio del período contemporáneo: acrecieron el alcance de estas armas, su rapidez y su precisión. Sin embargo, en 1870-71, el dinamismo destructivo medio (dentro de una unidad de tiempo dada) de los fusiles que eran aún utilizados por la generalidad de los ejércitos,

(3) En este estudio y en el estudio complementario que será publicado ulteriormente por NOSOTROS, al que nos hemos referido hace un instante.

constituía sólo una reducida proporción del dinamismo medio de los que son utilizados en la segunda década del siglo XX. Durante las guerras de la Revolución y el Primer Imperio (principio de la época moderna) la lluvia o una niebla intensa y prolongada bastaban para inutilizar transitoriamente los cartuchos, al humedecer la pólvora protegida sólo por un cartón delgado; después de una tormenta o después que la infantería hubiera mojado sus cartucheras atravesando pantanos, los fusiles eran inutilizables en tanto que armas de fuego. En 1870, este inconveniente había sido ya eliminado en la generalidad de los modelos de cartuchos utilizados. Pero en algunos modelos — por ejemplo, en los cartuchos utilizados por la infantería francesa para el fusil “chassepot”—había sido eliminado recubriendo la parte no metálica del cartucho con una cubierta de papel impermeable, *que el soldado debía arrancar con los dientes antes de cargar cada cartucho*: en Francia, los hombres a los cuales faltaban dos de los dientes incisivos medios eran inútiles en tanto que soldados de infantería (cierto número de los conscriptos eludían el servicio con sólo hacerse extraer o romperse dos de estos dientes); y, en razón del tiempo necesario para descubrir cada cartucho, la rapidez del tiro (la cantidad de disparos posibles, en una unidad dada de tiempo), estaba reducida en una tercera o una cuarta parte. Además, los fusiles a repetición no estaban aún generalizados (el único o uno de los pocos ejércitos que los utilizaban, era el ejército suizo): era necesario recargar el fusil después de cada disparo. Pero durante los primeros quinquenios del período contemporáneo, los fusiles a repetición fueron generalizándose rápidamente, los cartuchos de cartón fueron substituídos por cartuchos enteramente metálicos, la pólvora negra común por explosivos más poderosos: la rapidez, el alcance y la precisión de los fusiles acrecieron aceleradamente.

Durante las guerras de la Revolución y el Primer Imperio, la artillería llegó, por primera vez, a constituir el factor destructivo predominante en el campo de batalla; la concentración de grandes masas de artillería fué uno de los factores esenciales de los triunfos militares de Napoleón. Sin embargo, el dinamismo destructivo de las piezas de artillería de bronce utilizadas era sumamente reducido, relativamente al de las piezas que han entrado en acción durante la conflagración actual. Durante las

décadas comprendidas entre la caída del Primer Imperio y el principio del período contemporáneo, ese dinamismo ha venido acreciendo progresivamente, pero con relativa lentitud. Durante la guerra franco-prusiana de 1870-71 entraron en acción, por primera vez, cañones de acero: estas piezas — los cañones Krupp — constituían una innovación industrial y militar alemana; y constituían uno de los factores sobre los cuales el gobierno alemán basaba la seguridad de la victoria. Durante el período contemporáneo los cañones de acero fueron generalizándose aceleradamente; además aumentaron con rapidez considerable y progresiva, hasta el principio de la conflagración actual, su alcance, su rapidez, su precisión, el dinamismo destructivo de los proyectiles utilizados y la eficacia de las demás condiciones de las piezas (por ejemplo, por la reducción a un mínimo del retroceso de los cañones de campaña, por medio de frenos automáticos, etc.) Mientras el acrecimiento del dinamismo de los fusiles utilizados generalmente ha sido muy acelerado durante las dos o tres primeras décadas del período contemporáneo (1870-1900) y mucho más lento durante los quinquenios ulteriores hasta el estallido de la Gran Guerra (1909-1914), el acrecimiento del dinamismo destructivo de la artillería se ha producido con rapidez constante o progresiva durante todo el período contemporáneo.

Ese acrecimiento del dinamismo destructivo de los fusiles y la artillería, durante la época moderna, ha sido, cuantitativamente, tan considerable que ha producido, durante esta época, la eliminación de la caballería en tanto que factor esencial y necesario en el campo de batalla. Durante las guerras de la Revolución y el Primer Imperio, la caballería era aún un factor destructivo indispensable, y en ciertos casos decisivo, en el campo de batalla; pero en la generalidad de los casos, no podía ya ser el factor predominante. Durante la guerra franco-prusiana de 1870-71 intervino por última vez como factor destructivo decisivo en grandes batallas: las cargas de la caballería en Mars-la-Tour salvaron el resto del ejército en retirada; pero estas cargas costaron el sacrificio de la mayor parte de los cuerpos de caballería que entraron en acción, los que contuvieron momentáneamente el impulso del ejército alemán, al oponerle la totalidad de su impulso, pero se diezmaron, desorganizaron y disgregaron en este esfuerzo. Durante este siglo, en la generali-

dad de las grandes batallas, la caballería ha constituido un factor auxiliar, o no ha intervenido: ha intervenido como factor esencial sólo en batallas secundarias o en expediciones coloniales.

Además, durante el período contemporáneo, nuevos instrumentos o medios mecánicos de destrucción han sido agregados a los que eran utilizados en el principio de la época moderna: ametralladoras, minas, bombas incendiarias o destructivas por su poder explosivo arrojadas a mano desde tierra o desde aeroplanos, etc., etc. Pero mientras las armas utilizadas en el principio del período contemporáneo eran principalmente factores de destrucción demográfica, de estas nuevas armas, una sola tiene el mismo carácter: las ametralladoras; las demás son principalmente factores de destrucción no demográfica (destrucción de trincheras, habitaciones, etc., etc.) Por consiguiente, a pesar de que el dinamismo destructivo integral de estas nuevas armas otras que las ametralladoras es considerable, su dinamismo destructivo relativo a los combatientes es poco considerable.

*
* *

Ahora bien, en relación al riesgo individual existente para los combatientes, el acrecimiento del dinamismo destructivo de las armas de guerra ha producido, no sólo efectos concurrentes, sino también efectos opuestos y divergentes.

b) *Efectos, en relación al riesgo, del acrecimiento de la eficacia de los fusiles.*

Del acrecimiento de la eficacia de los fusiles (rapidez, alcance, precisión), ha resultado, por una parte, un acrecimiento muy considerable, pero proporcionalmente menor, del riesgo de sucumbir o ser herido, existente para cada combatiente. Este efecto no se ha producido en razón directa de esa causa porque han intervenido otros factores: la distancia media entre los combatientes en la generalidad de los casos, ha ido acreciendo progresivamente, lo que ha compensado cierta parte de la mayor eficacia de los fusiles. Pero, por otra parte — dado que, para aumentar el alcance de los fusiles, vale decir la velocidad y el poder de perforación de las balas, se ha reducido el

diámetro de estas y se ha substituído las balas exclusivamente de plomo por balas de plomo revestidas de una capa de metal más consistente — del acrecimiento de la velocidad de las balas, la reducción de su diámetro y el hecho de usarse balas difícilmente desformables, ha resultado un decrecimiento del riesgo definido *a igualdad de probabilidades* en razón de la gravedad posible de las heridas. Las probabilidades de ser tocado por una bala son considerablemente más numerosas para cada combatiente; las probabilidades de sucumbir inmediatamente, definidas proporcionalmente a esas probabilidades totales, han acrecido considerablemente, pues mientras—durante las primeras décadas de la época moderna, cierta proporción de las balas que alcanzaban los combatientes se aplastaban contra las piezas de su uniforme o su equipo (principalmente las piezas de cuero) o bien después de atravesar, estas piezas podían producir sólo heridas superficiales — en razón del mayor poder perforador de las balas, resultante de su mayor velocidad y su mayor consistencia, casi la totalidad de las balas que alcanzan a un combatiente atraviesan las carnes o penetran profundamente en el organismo, fracturando los huesos y produciendo heridas internas; pero ha decrecido considerablemente la gravedad de la generalidad de las heridas internas que no producen la eliminación inmediata del individuo: mientras durante las décadas anteriores al período contemporáneo la generalidad de las balas que, después de atravesar el uniforme, conservaban un poder perforador suficiente para producir heridas intensas, producían fracturas complicadas de los huesos o desgarraban las carnes y los órganos interiores al desformarse, la generalidad de las balas utilizadas en el período contemporáneo que producen heridas internas, pero no la eliminación inmediata del combatiente tocado, producen fracturas sencillas de los huesos y heridas sencillas en las carnes y los órganos interiores. Por consiguiente, *a igualdad de probabilidades de ser tocado* existentes para cada combatiente: las mayores probabilidades de ser eliminado inmediatamente han substituído cuantitativa y aproximadamente las probabilidades ya inexistentes o reducidas a un mínimo de que la bala se aplaste contra las piezas del uniforme o el equipo (particularmente botones, cartucheras, correas, etc.). o bien, que después de haber atravesado estas piezas carezca de poder perforador suficiente para penetrar profundamen-

te en el cuerpo; y cuantitativamente, las probabilidades de recibir heridas intensas que no produzcan su eliminación inmediata, no han variado considerablemente; pero el riesgo constituido por cada una de estas probabilidades, definido en razón de la gravedad probable de la herida y la mayor o menor reducción de la capacidad fisiológica y fisio-psicológica del individuo que ésta puede producir, ha decrecido sensiblemente.

c) *Efectos del acrecimiento de la eficacia de la artillería, en relación al riesgo definido en tanto que proporción de probabilidades.*

En cambio, del acrecimiento de la eficacia de la artillería han resultado—en relación al riesgo existente para cada combatiente—sólo efectos concurrentes. Del acrecimiento de la rapidez, el alcance y la precisión del tiro, ha resultado un acrecimiento considerable del riesgo de ser herido o eliminado. El acrecimiento de la distancia media entre los ejércitos combatientes en la generalidad de los casos, no ha neutralizado en parte alguna ese aumento del riesgo, pues ha sido compensado por la rectificación matemática del tiro a grandes distancias por medio de la observación precisa de sus efectos. Dado el número medio, de fusiles que entran conjuntamente en acción, las condiciones de los combatientes que los manejan y la imposibilidad de percibir desde cierta distancia los efectos de cada bala—no es posible rectificar el fuego de fusil por medio de la observación de sus efectos y, por consiguiente, más allá de la distancia máxima a la cual un tirador regular puede distinguir su objetivo y tirar con un mínimo de precisión, la precisión y el alcance de los fusiles son utilizables sólo en una pequeña parte (la precisión del fuego permite formar “barreras de fuego” más allá de esa distancia, y la velocidad de las balas, en tanto que poder perforador, sigue obrando en razón directa de su valor dinámico como factor del dinamismo destructivo de los fusiles; pero, más allá de la distancia dada, ni la precisión ni el alcance del tiro son utilizables para el tiro individual sobre objetivos determinados, es decir sobre objetivos que cada tirador dado se propone tocar). En cambio el tiro de artillería es rectificado generalmente por medio de la observación precisa de sus efectos por observadores ocultos a una distancia relativamente reducida de los objetivos (considerablemen-

te menor que la distancia a la que se encuentran las piezas en acción), o que observan desde aeroplanos, globos cautivos, etc., y la comunicación constante de estos observadores con los directores del tiro por teléfonos, señales, etc., y, por consiguiente, la precisión y el alcance del tiro de artillería pueden ser utilizados integralmente hasta el límite máximo de éste, en tanto que factores de su dinamismo destructivo de objetivos determinados. Además, del empleo de proyectiles deflagrantes y de shrapnells, ha resultado un acrecimiento mucho mayor aún del riesgo existente para cada combatiente. El radio, alrededor del punto que toca, dentro del cual el proyectil de cañón obra como factor destructivo, ha acrecido enormemente. Y, mientras al principio de la época moderna los efectos destructivos de los proyectiles dentro de su radio máximo de destrucción—pero fuera del punto que tocaban—dependían del azar (una bala de cañón producía efectos demográficos considerables cuando caía precisamente dentro de, o atravesaba un grupo compacto de hombres, o en los casos en que se esparcían al azar, alrededor del punto que tocaba, piedras, astillas, etc., proyectadas por su impulso o fragmentos de la misma bala, cuando esas piedras, astillas, fragmentos, etc., alcanzaban a hombres situados alrededor), durante los últimos quinquenios del período contemporáneo, los proyectiles utilizados producen, dentro de un radio de destrucción determinado mínimo (que es considerablemente mayor que el radio máximo de destrucción de los proyectiles utilizados al principio de la época moderna), efectos destructivos mínimos determinados. Es decir que, mientras al principio de la época moderna el tiro había alcanzado un grado dado de precisión, pero el radio de destrucción del proyectil y sus efectos dentro de este radio dependían del azar, en el siglo XX no sólo ha acrecido considerablemente la precisión del tiro (además de su alcance y su rapidez), sino que los proyectiles producen efectos mínimos determinados con exactitud, dentro de un radio mínimo también determinado con exactitud: tanto el radio como los efectos son determinados al elaborarse los proyectiles, y pueden ser modificados dentro de ciertos límites por modificaciones introducidas en esta elaboración. Ahora bien, en razón de la posibilidad de coordinar y rectificar con exactitud el tiro, de la precisión del tiro y de esta precisión de los efectos del proyectil, es posible establecer, por medio del tiro de artillería, entre los

ejércitos combatientes o bien en las líneas enemigas, zonas exactamente determinadas y relativamente extensas dentro de las cuales existe, en cualquier parte de las mismas, un riesgo máximo.

Por otra parte, del acrecimiento de la eficacia de la artillería, ha resultado prácticamente la eliminación, en tanto que medios de protección para los combatientes, de la generalidad de los abrigos utilizados hasta las últimas décadas del siglo XIX, o la reducción a un mínimo de su eficacia. Hasta las primeras décadas del período contemporáneo, los acrecimientos sucesivos de la eficacia de la artillería habían sido compensados por acrecimientos equivalentes de la resistencia de las defensas fijas; pero, durante el siglo XX, el dinamismo destructivo total de las piezas de gran calibre ha llegado a predominar decisivamente sobre la resistencia de los abrigos. Mientras que, en razón del acrecimiento del poder perforador de las balas de fusil, durante el período contemporáneo han quedado inutilizados prácticamente sólo los abrigos cuya resistencia a la perforación no excedía sensiblemente, la resistencia media de las paredes exteriores de la generalidad de las habitaciones construidas en ladrillo (chapas de acero delgadas, tablas, paredes, etc.), en razón del acrecimiento del dinamismo destructivo de los proyectiles de artillería han quedado inutilizados prácticamente hasta los abrigos más resistentes, improvisados o fijos, que eran utilizados durante las últimas décadas del siglo XIX: ni los blockhaus, ni las cúpulas, ni las trincheras superficiales de cemento armado y acero, pueden ya resistir al efecto de los proyectiles una vez que se encuentran al alcance de la artillería. Por consiguiente, el riesgo medio ha crecido, en razón directa del acrecimiento del dinamismo destructivo de la artillería en espacios libres, sino en proporción considerablemente mayor, pues el riesgo existe para cierta proporción de combatientes, para las cuales no existía a fines del siglo XIX: para la parte de los combatientes que anteriormente estaban expuestos al fuego de artillería sin abrigo eficaz (los combatientes otros que los que guarnecen o están protegidos por blockhaus, trincheras, etc.) el riesgo ha acrecido en razón del aumento de este dinamismo destructivo; pero a este efecto se ha agregado un riesgo inexistente anteriormente, para la parte de los combatientes que anteriormente estaban protegidos por defensas cuya resistencia excedía un nivel dado.

Durante la conflagración europea, esta inutilización de los medios de protección utilizados durante las últimas décadas del siglo XIX, ha sido compensada, pero sólo en una parte poco considerable por la organización y la utilización de otros sistemas de protección: trincheras, subterráneos, etc. Considerados en tanto que objetivos determinados, estos nuevos sistemas de defensas no pueden resistir al fuego de artillería mayormente que los medios de protección utilizados anteriormente; pero, en razón de su complejidad, el hecho de ser generalmente invisibles o poco visibles, la posibilidad de improvisarlos, y sus demás condiciones, constituyen, para el enemigo, objetivos difícilmente determinables con exactitud, y para el ejército dado, medios de protección cuya subsistencia no depende de su integridad en un punto dado, es decir medios de protección que pueden subsistir y ser reorganizados improvisadamente después de haber sido destruidos en parte. Mientras la destrucción de una parte esencial y cuantitativamente considerable de un sistema de defensas de cemento armado y acero debilita inmediatamente todo el sistema, facilitando considerablemente para la artillería enemiga su inutilización total, las distintas líneas de trincheras que constituyen los sistemas de defensas subterráneas utilizadas durante la conflagración actual pueden conservar su eficacia después que alguna de ellas haya sido destruída, y las trincheras destruídas pueden ser reorganizadas en tanto que medios de protección (en ciertos casos utilizándose las excavaciones producidas por los proyectiles enemigos), dentro de un espacio de tiempo reducido, inmediatamente después del cese del tiro concentrado e intenso de la artillería enemiga. Por consiguiente—dado que, generalmente, estos sistemas de defensas tienen una extensión considerable y un alto grado de complejidad, su inutilización total es sumamente difícil en la generalidad de los casos, prácticamente imposible en ciertos casos: mientras la parte del sistema que es inutilizada progresivamente por el fuego concentrado de la artillería enemiga, acrece lentamente, el ejército atacado va reorganizando las trincheras destruídas en los puntos en que (por estar estas inutilizadas) va decreciendo o ha sido interrumpido el fuego enemigo. Ahora bien, en razón de estas condiciones de los sistemas de protección que han sido utilizados durante la conflagración actual, no es necesario, a los combatientes que los guarnecen o están amparados en los mismos, oponer al enemigo

una resistencia rígida, soportando ilimitadamente (hasta su eliminación, su rendición o la inutilización de la trinchera dada), los efectos destructores de su tiro en tanto no están reducidos por la resistencia de la parte dada del sistema protector, como lo era a los combatientes que defendían o estaban amparados en las defensas fijas de cemento armado y acero: desde que el fuego de artillería enemiga llega a concentrarse sobre un sistema de trincheras con intensidad suficiente para inutilizarlas dentro de un espacio de tiempo limitado, los combatientes pueden abandonarlas para refugiarse en las trincheras contiguas, puesto que ello no afectará el poder de resistencia de las demás partes del sistema. Es decir que, en razón de las condiciones de estos sistemas en tanto que objetivos de tiro, de la relativa independencia de sus partes y de sus demás condiciones, de su utilización ha resultado un decrecimiento del riesgo para la generalidad de los combatientes que se encuentran dentro del radio posible del fuego enemigo, pero no para aquellos que se encuentran expuestos directamente (mientras se encuentran expuestos), al dinamismo destructor de ese fuego.

Por consiguiente, subsiste, en relación al riesgo individual, el predominio decisivo que ha alcanzado durante este siglo, el dinamismo destructor de la artillería sobre la resistencia de los medios de protección.

d) *Efectos del acrecimiento de la eficacia de la artillería en relación al valor de las probabilidades que constituyen el riesgo.*

Hemos examinado hasta ahora las consecuencias del acrecimiento de la eficacia de la artillería para el riesgo individual, considerado en tanto que probabilidades de ser herido o eliminado. Ahora bien, el riesgo constituido por cada una de las probabilidades de ser herido pero no eliminado, comprendidas dentro de esas probabilidades totales, definido en razón de la gravedad posible de la herida y la mayor o menor parte de la capacidad fisiológica y fisio-psicológica del combatiente cuya eliminación puede producir esta, no ha decrecido como el riesgo medio constituido por cada probabilidad de ser herido por una bala de fusil. Hemos señalado ya que el acrecimiento del dinamismo destructivo de la artillería ha resultado de dos factores esenciales: 1º el aumento del alcance, la rapidez y la precisión

del tiro; 2º el empleo de shrapnells, proyectiles deflagrantes, etc. El primer factor, considerado en tanto afecta el valor de cada probabilidad dada, se reduce al mayor poder perforador de los proyectiles. Este aumento del poder perforador habría producido el mismo efecto que el acrecimiento del poder perforador de las balas de fusil: una reducción del riesgo constituido por cada probabilidad, vale decir, a igualdad de probabilidades, una reducción del riesgo. Pero, dentro de la evolución del dinamismo destructivo de la artillería, esta reducción ha sido excedida considerablemente por el acrecimiento simultáneo del riesgo— a igualdad de probabilidades—producido por el segundo factor. Si para las piezas utilizadas en este siglo, se empleara exclusivamente proyectiles no explosivos, cuya velocidad sería considerablemente mayor que la de los proyectiles utilizados antes del período contemporáneo, el riesgo habría permanecido igual (a igualdad de probabilidades) para los combatientes que fueran alcanzados en pleno cuerpo o en la cabeza por el proyectil: del mismo modo como las balas de cañón utilizadas anteriormente, estos proyectiles más veloces producirán la eliminación inmediata del combatiente tocado; pero el riesgo sería sensiblemente menor (a igualdad de probabilidades), para los combatientes que fueran alcanzados en las piernas o en los brazos: en razón de la mayor velocidad del proyectil las fracturas de huesos serían más sencillas, las carnes serían cortadas en vez de desgarradas y, por consiguiente, las heridas serían menos graves que aquellas producidas por las anteriores balas de cañón; además, el riesgo definido en cantidad de probabilidades sería considerablemente menor para los combatientes que se encontraran alrededor del punto tocado por el proyectil: en razón del mayor poder perforador de éste, su impulso proyectaría menos astillas, piedras, etc., y—dado que para acrecer la velocidad ha sido necesario substituir los proyectiles exclusivamente de plomo por proyectiles elaborados con o revestidos de una capa de metal más consistente—en razón de la mayor consistencia del proyectil, serían menores las probabilidades de que se esparcieran trozos del mismo, y, por consiguiente—dado que las heridas producidas por astillas, piedras, etc., y por trozos de proyectil, son generalmente desgarrantes, a igualdad de probabilidades totales habría decrecido sensiblemente el riesgo. Pero en razón de la utilización exclusiva para la destrucción demográfica, de proyec-

tiles explosivos o deflagrantes, shrapnells, etc., no sólo no se han producido estos decrecimientos, sino que el riesgo ha acrecido considerablemente a igualdad de probabilidades. En razón del considerable poder explosivo de los proyectiles utilizados durante este siglo, las astillas, piedras, etc., proyectados por su explosión obran con un dinamismo destructivo considerablemente mayor, en razón de su mayor impulso, que las astillas, piedras, etc., proyectados por la repercusión del choque de las antiguas balas de cañón. Además, para los combatientes situados alrededor del punto tocado por el proyectil, ha acrecido considerablemente la proporción de probabilidades desfavorables (de las probabilidades desfavorables totales resultantes del hecho que el proyectil alcance el punto dado) que consiste en probabilidades de ser alcanzados, no por piedras, astillas, etc., sino por trozos del mismo proyectil (o por la metralla con la que está cargado)—es decir que, dentro de una misma cantidad de probabilidades de ser tocado, son más numerosas las de serlo por trozos del proyectil o metralla—; y, por consiguiente — dado que, si bien, tanto las heridas producidas por astillas, piedras, etc., como aquellas producidas por trozos del proyectil o metralla son desgarrantes y producen fracturas complicadas de los huesos, estas últimas son generalmente más profundas — el valor medio de las probabilidades, vale decir el riesgo a igualdad de probabilidades, ha acrecido para estos combatientes. Además en razón del considerable poder deflagrante de los proyectiles, existe para estos combatientes el riesgo, inexistente antes, de quemaduras graves o heridas internas graves, producidas por gases asfixiantes.

e) Conclusiones.

Podemos, pues, concluir que: mientras el acrecimiento de la cantidad de probabilidades desfavorables individuales resultante del acrecimiento de la eficacia de los fusiles ha sido compensado cuantitativamente en parte por un decrecimiento de esa misma cantidad resultante del aumento de la distancia media entre los ejércitos combatientes, y ha sido compensado cualitativamente, en cierta proporción de la parte no compensada cuantitativamente, por un decrecimiento del valor medio de tales probabilidades definido en razón de la gravedad posible de las heridas, etc., el acrecimiento de la cantidad de probabilidades desfavorables resultantes de la mayor eficacia de la artillería,

no ha sido compensado cuantitativamente en parte alguna, y a este acrecimiento cuantitativo se ha agregado el cualitativo del valor medio de las probabilidades dadas.

Ahora bien, a consecuencia del acrecimiento cuantitativo y cualitativo del dinamismo de destrucción fisiológica de la artillería y del empleo de algunos de los medios de destrucción no utilizados antes del período contemporáneo (ametralladoras, gases asfixiantes, etc.), ha llegado a constituirse, para los combatientes, un riesgo fisio-psicológico y psicológico inexistente anteriormente. Durante este siglo, el fuego de artillería y el empleo de esos otros medios de destrucción produce—además de los efectos específicos (exclusivamente militares), que afectan la cohesión, el impulso y la resistencia de las unidades colectivas militares, o bien transitoriamente el estado específico de los combatientes resultante de su adaptación funcional (desmoralización y desbande de los combatientes, desorganización de las unidades colectivas, etc.), los que han sido producidos desde las épocas prehistóricas por todas las armas de guerra utilizadas—otros efectos fisio-psicológicos y psicológicos que afectan, no sólo transitoriamente las condiciones del individuo en tanto que combatiente, sino también, definitivamente o durante un período prolongado, sus condiciones de individuo indeterminado. Estos segundos efectos constituyen, durante este siglo, un factor de los primeros (vale decir de los efectos exclusivamente militares), y desde el punto de vista militar pueden ser considerados un acrecimiento o una intensificación de aquellos; pero dado que afectan no sólo al estado funcional del combatiente, sino también sus condiciones esenciales y permanentes, en tanto que individuos, nos es necesario considerarlos comprendidos dentro de los efectos demográficos de la guerra. Ahora bien, dado que se trata, no de efectos fisiológicos (heridas, etc.), que puedan producir o no consecuencias fisio-psicológicas y psicológicas, sino de efectos fisio-psicológicos y psicológicos, los disociaremos de los demás efectos de los medios de destrucción demográfica para examinarlos al examinar los efectos psicológicos de la guerra.

ERNESTO J. J. BORT.

(*Concluirá*).

TARDE DE LLUVIA

Estas tardes de lluvia tienen el raro encanto de las melancolías que terminan en llanto.

Estas tardes lluviosas nos traen el desconsuelo de las horas monótonas, de las horas de duelo.

Se exacerban los viejos dolores y se siente que el corazón palpita con un ritmo indolente.

Y aquí, mientras se llena de penumbra la estancia, nos deleita aspirar la sedante fragancia de la hierba mojada.

Cae una lluvia fina muy lentamente; a ratos, el viento arremolina y sacude las frondas. Las calles silenciosas se pueblan de neblinas grises y vagarosas.

Ni un rumor se percibe. Sólo sobre el techado se oye correr el agua con ritmo fatigado...

Oh, la tarde lluviosa! Oh, la monotonía de esta tarde tan lenta, tan opaca y tan fría!

El alma se recoge como una de esas aves blancas que se acurrucan bajo las alas suaves, temblorosas de frío... El alma se recoge dentro de la estancia quieta en que el silencio acoge todas las confidencias y todos los secretos y a solas dialogamos con los libros discretos.

Los libros! Los supremos, los únicos tesoros que valen más que todos los bienes y los oros!

Los cordiales amigos de las dulces veladas más fieles y más buenos que todas las amadas ya que todo lo entregan.

La penumbra que invade
nos invita al ensueño y a la lenta saudade...

Pensamos en la vida que pasó; en los lejanos
recuerdos juveniles; en los años tempranos
en que, por vez primera una novia tuvimos...

En el bendito día que a sufrir aprendimos
por amar demasiado, y en los tristes amores
que nos volvieron buenos, suaves y soñadores.

Los recuerdos desfilan en una gris teoría
exacerbando nuestra sutil melancolía.

Y mientras cae afuera la lluvia mansamente
y la estancia se llena de una sombra doliente,
aprimamos uno de los sueños más caros
y cerrando los ojos — dulces antojos raros —
acariciamos honda, tenazmente el encanto
de estas melancolías que terminan en llanto...

MARCOS LENZONI.

Rosario, 1918.

LETRAS ARGENTINAS

La canción del insomnio, por *Francisco A. Sicarai*.

Es interesante observar en la literatura moderna la ausencia casi absoluta de grandes construcciones poemáticas y la tendencia cada vez más acentuada en los poetas a encerrar la materia del verso, si me es permitido explicarme de ese modo, en breves organismos estróficos. A la antigua y generalmente pesada arquitectura que fuera del gusto de la edad media, se la ha ido reemplazando gradualmente por producciones literarias menos vastas y fatigosas, hasta llegar por último a las actuales formas de expresión. Se caracterizan estas por el trazo rápido, por la carencia de todo elemento decorativo, por su virtud de *sugerir* más que de explicar, revelándose así la orientación, común a los poetas de ahora, hacia lo que podría llamarse el impresionismo literario.

Si antes se trabajaba el poema, sujetándolo en su largo proceso a las reglas del arte dramático, y se cultivaban la égloga, el canto épico, la silva ampulosa y resonante, en los cuales el poeta podía discurrir cómodamente, — hoy en cambio bastan al artista las catorce líneas del soneto, prefiriendo en ocasiones reducir todavía más sus medios verbales.

Esta marcada dilección por la brevedad y la síntesis tiene a mi juicio varias explicaciones. La más acertada de todas ellas se apoya en las exigencias de la sociedad contemporánea, que obliga al poeta a vivir la vida de los demás, que lo mezcla al tumulto colectivo. Le falta, no ya el tiempo material para la realización de una gran obra orgánica, sino el reposo espiritual que es indispensable para darle término.

El poema exige un continuado esfuerzo mental, imposible en estos momentos. Por eso los poetas cultivan de preferencia

el soneto, el pequeño cuadro, la impresión siempre fugaz, rápida, imprecisa como el espectáculo de las cosas que les rodean.

Pero como los lectores son, al igual que el poeta, hombres de su tiempo, trabajados por la intensidad de la vida presente, es natural que prefieran al poema de amplias dimensiones, las poesías cortas que sin demandar excesos de concentración espiritual, sugieran y emocionen.

Me parece, pues, que publicar un poema significa en la actualidad ser dos veces anacrónico. Primero, porque el poeta se aleja al hacerlo de su propio mundo y segundo porque se aparta de sus lectores.

El Doctor Francisco Sicardi ha editado ya, sin embargo, dos largos poemas: "La inquietud humana" y "La canción del insomnio". Creo que no serán muy leídos. El poema no es precisamente la forma actual de expresión literaria. En él es muy difícil llegar a la emoción artística que ahora deseamos.

Es justo a pesar de todo, hacer llegar hasta el viejo escritor una palabra de aplauso por su obra honesta y bien intencionada y por el firme empeño con que ha puesto su talento al servicio del arte.

Don Baltasar de Arandía, por *Carlos Correa Luna*, 2ª edición. Cooperativa Buenos Aires.

Ningún momento es más oportuno para estudiar una obra cualquier y asignarle el valor que le corresponde que aquel en que aparece su segunda edición. Cuando el libro se publica por primera vez, los amigos del autor, si son periodistas o si se encuentran en condiciones de "darle una mano", se apresuran a divulgar por todas partes la buena nueva del prodigioso alumbramiento. El mismo autor que no obstante su modestia, cree en el mérito de su trabajo, no desdeña ocasión de hacerse un poquito de atmósfera. Como resultado de tanto ruido, la misma crítica imparcial — representada entre nosotros por tres o cuatro muchachos de recta intención—acaba por marearse y por dejar caer su gota de miel en aquel coro de alabanzas.

Pero pasa el tiempo; ninguno se acuerda ya de la obra tan furiosamente elogiada, hasta que un día nos encontramos con una segunda edición. Nadie, naturalmente, se ocupa de ella. Los amigos ya han gastado toda su pólvora. Es recién enton-

ces cuando podemos leer el libro con tranquilidad y apreciarlo con la mayor independencia de juicio.

Tal es el caso de "Don Baltasar de Arandia", obra premiada por el Gobierno Nacional, cuya segunda edición tengo a la vista.

Se dijo al aparecer esta monografía histórica, que era sencillamente admirable. Hoy, apreciada con más serenidad de espíritu, por la ausencia de amistosas complicaciones, debe rectificarse aquella opinión.

No es ciertamente genial el "Baltasar de Arandia", con lo cual no quiero decir que carezca de mérito. Antes, al contrario, lo considero muy estimable. Tiene además páginas de reconstitución histórica que se leen con interés. Su prosa es generalmente rica y expresiva y adviértese en todo el volumen el decidido empeño de su autor por documentarse en las mejores fuentes históricas que poseemos.

Además, otro aspecto de "Don Baltasar de Arandia" lo hace singularmente recomendable. Como es sabido, varios historiadores argentinos, siguiendo a Bernheim y muy especialmente a Langlois y Seignobos, en su célebre "Introducción", pretenden hacer de la historia una ciencia de archiveros, en cuanto reducen su disciplina a la simple exposición de documentos, despojándola de todo elemento humano y artístico.

La historia no es por cierto lo que estos señores desean. Ya Groussac, el maestro admirado, ha aclarado este asunto con profusión de ideas en su introducción al "Mendoza y Garay".

Paréceme que el autor de "Don Baltasar de Arandia" se ha colocado con su libro más cerca de la Historia - arte que de la Historia - ejercicio de fuerza. Eso es ya un elogio.

Este volumen no está exento de realidad, de calor humano, de comprensión de las cosas, y sin caer en los extremos laudatorios que se le prodigaron con motivo de su primera edición, es lícito afirmar que merece ser tenido por un buen ensayo de quien es capaz, como el señor Correa Luna, de mayores empresas.

Elogios de ayer, por Arturo Vázquez Cey. Editorial «Virtus».

He dicho alguna vez que hay poetas de primera lectura, cuyo temperamento se descubre a poco que iniciemos el examen de sus estrofas. Otros en cambio, y aun cuando se expresen en

idioma claro y fácil, suelen desconcertarnos, viéndonos obligados a releer sus libros, cuidadosamente, hasta penetrar bien el sentido íntimo de las composiciones. A esta última clase de poetas pertenece el señor Vázquez Cey.

La primera impresión que nos produce "Elegías de ayer", es la de que nos hallamos en presencia de un libro geométrico, bien escrito, lleno de literatura. Se nos ocurre que cada verso ha sido prolijamente confeccionado, en perjuicio de la inspiración espontánea. El artificio se hecha de ver en todas partes, hasta en la presentación tipográfica del volumen.

Sin embargo, volvemos a leer este pequeño tomo de versos, ansiosos de penetrar en el espíritu del autor; y nos encontramos con que el poeta, aparentemente artificial y frío, es un temperamento apasionado de la belleza, de un gran lirismo, singularmente subjetivo.

Hay hasta cierto misticismo en "Elegías de ayer".

Tiene este libro, si se le considera atentamente, verdadero don de simpatía. Nos revela sobre todo a un poeta, que cuando se despeje un poco de cierto afán de perfección verbal que lo perjudica bastante, construirá obras realmente duraderas.

El cristal de mi alma, por *Arturo S. Mom.*

El autor de este libro tiene apenas veinticinco años y se nos muestra ya como un verdadero poeta. Sabe sentir y explicar con claridad y belleza de estilo sus sentimientos.

Sobre un fondo de serenidad, de ternura, de bondad de espíritu ha construido sus delicadas estrofas.

Estoy seguro que llegará muy lejos; posee por lo pronto el don espontáneo del canto; lo demás le vendrá con el tiempo.

Creo que su porvenir será brillante. Así lo augura su primer libro de versos.

El poema campesino, por *Horacio Fernández.*

Los sonetos que integran este libro describen aspectos y cosas de la vida del campo. El autor suele acertar en sus descripciones, aunque por lo común su verso es duro e inexpressivo. Con todo me parece el suyo un esfuerzo meritorio, digno de aplauso.

NICOLÁS CORONADO.

Presentimientos, por *Arturo Marasso Rocca*. — Biblioteca de Editores Argentinos. Buenos Aires, 1918.

Arturo Marasso Rocca es uno de los raros poetas que rompen con notas graves y profundas la común frivolidad de nuestra lírica. Así lo declara una vez más su reciente libro *Presentimientos*, en el cual el poeta persiste en la saludable orientación que ya *Bajo los astros*, su primera colección de versos, anunciaba hace siete años.

Puede decirse de Marasso Rocca que es un espíritu religioso, en el sentido de que se siente ligado a todas las cosas y a todos los hombres por misteriosos lazos de amor y dolor; en el sentido de que las infinitas voces, arcanas y múltiples, del universo, resuenan simpáticamente en su corazón. Posee Marasso Rocca la que es cualidad esencial del verdadero poeta: el sentimiento cósmico.

Hay en sus estrofas la obsesión del misterio de lo infinito y lo eterno, y en ellas se siente cómo aletea su fantasía para romper el estrecho círculo de nuestras vidas limitadas y espaciarse por los mundos del ensueño.

Todo lo cual hace a su poesía, austera y solemne. Ella nunca sonríe. Tampoco llora fácilmente, y si llora, no es por las pequeñas penas del individuo, sino por el grande y sagrado dolor filosófico que nace de la consideración de la pequeñez, la debilidad, la impotencia, la fugacidad del hombre.

Este es el motivo que domina en *Presentimientos*, aunque no, naturalmente, el único, pues no hay alma que vibre de continuo en el mismo diapasón.

Así, este contemplativo que anhela:

Estar solo, estar solo en la noche, apartado
de todo pensamiento de humana turbación,
de toda cosa efímera, de todo bien amado,
sentir que late el mundo en nuestro corazón:

este corazón angustiado que grita:

... Sólo ahora,
Naturaleza, sé que tú me olvidas,
que mi vida es el soplo de una hora
y que a ti no te importa de las vidas.
Sólo ahora comprendo que impasible
ignoras el dolor de nuestra frente,
que eres sólo inmortal madre insensible
en el vasto universo indiferente...

hay momentos en los cuales hace a un lado el desengaño y exalta la vida y la acción; momentos en que proclama que

Los creadores llevan entre sus brazos fuertes
los universos vivos que han de surgir mañana.

Y parecidos himnos triunfales, parecidos arranques de optimismo desgarran de cuando en cuando con viva luz, la tiniebla de tanta filosófica desolación.

Es, sin duda, *Presentimientos*, un libro noble y bello. Peca acaso de monótono, pero no de una monotonía vulgar y fatigosa. En cuanto a la expresión, es severa y sencilla, sin exceso de ornato, como cuadra a las ideas que viste. (De *La Vanguardia*).

Selva y Montaña (Cuentos Americanos) por W. Jaime Molins - Buenos Aires, 1918.

He aquí un libro que he abierto con interés y concluído lamentando que no tuviera más páginas. W. Jaime Molins es un hombre inteligente y útil. En cambio de apoltronarse en la ciudad en cualquier empleo burocrático, se ha echado a recorrer esta América del Sur tan rica en posibilidades materiales y artísticas, y ha estudiado y descripto algunas de sus regiones en excelentes crónicas que hemos leído con agrado y provecho. No podía pues sino interesarme un libro de cuentos de él, porque presumía que inspirado en la selva y la montaña, como el título lo declara, había de ser substancioso y vivido. Y no me equivoqué.

Yo no puedo saber hasta donde llega la realidad y donde comienza la ficción en estos cuentos; pero noto que en ellos el narrador habla con perfecta naturalidad, sin esfuerzo, con sencillez, como si hubiera visto y tocado los hombres y paisajes que evoca. Efectivamente, Jaime Molins sabe ver y contar. Nunca lo corre el argumento. Eso es lo de menos. La lección de vida o la evocación poética, ya surgirán solas del escenario real y del juego humano de los personajes. Narra el autor como quien recuerda, con pausa, con oportunas digresiones, con habilidad de entretenido *causeur*, y se le escucha con placer, porque nos pone en contacto con la libre naturaleza, cuya áspera caricia forzosamente añoramos los hastiados prisioneros de la ciudad.

Posee además, otro don: sabe sugerir; dejar, sin decirlo todo, que la imaginación vuele y adivine. Hallo cierta semejanza entre su reposado arte de narrador y el de Horacio Quiroga, ese otro conocedor de la selva, el mejor de nuestros cuentistas. Sólo que Jaime Molins es menos sobrio. No recuerdo los versos que hizo muchos años atrás y no sé por tanto si fué afortunado en la expresión métrica; pero de que es un poeta, no cabe duda. Tiene la elocuencia descriptiva y en su paleta hay todos los colores para la pintura de la naturaleza tropical.

Selva y Montaña está escrito en nuestro castellano de América, expresivo, natural, y también desaliñado. Cualquier Bonafoux encontraría en esa prosa mucha tela que cortar, posiblemente las más de las veces sin razón, considerándola desde un punto de vista español y purista que no debe ser el nuestro; aunque otras, con motivo, sobre todo en lo que concierne a la imprecisión con que el autor emplea muchos vocablos.

La Serena por *Nahuinca* - Buenos Aires, MCMXVIII.

Una mujer escribe un libro y transparente en él su espíritu reflexivo y tierno. ¿Cómo no leerlo con simpatía, aun disimulando fallas y errores? Así he leído yo *La Serena*, novela que firma Nahuinca, seudónimo que esconde — dicen, y el libro lo prueba— a una mujer. No sabría hacer otro elogio de *La Serena*. Ciertamente no puede interesarnos demasiado, a nosotros los *désabusés* de toda lectura novelesca, el candoroso argumento del apuesto y aristocrático estanciero que enamorado de la hija de su mayordomo, virginal flor campesina más culta y noble que las elegantes “niñas” de la ciudad, acaba por casarse con ella. Ni tampoco puede llamarnos la atención el frívolo y vicioso gran mundo porteño que la autora intenta retratarnos, por contraste con aquel idilio. Nahuinca ve las cosas con ojos dormidos; nosotros estamos desperezándonos de un largo sueño. Ella nos canturrea una vieja canción; nosotros estamos a punto de lanzarnos a campo traviesa a correr como locos por donde nadie hasta ahora ha corrido. Nahuinca, que es reflexiva y tierna, debe hacerse otra alma literaria, si quiere que gustemos de sus frutos. De otro modo, aunque aprenda a escribir algo mejor, aunque aprenda a puntuar, no nos entenderemos.

Prados de Oro por Rosa Bazán de Cámara - Volumen I. - Luis Gili - Barcelona, 1918.

Bajo el título de *Prados de oro*, la literata argentina señora Rosa Bazán de Cámara, ha editado en Barcelona un elegante volumen de breves ensayos, cuya pureza de intenciones es abonada en la última página por el indulgente "Nihil Obstat" del Censor y el convencido "Imprimase" del Vicario General. En estos ensayos — fantasías, recuerdos, descripciones, meditaciones, etc.,—correctamente escritos, manifiesta la autora sus nobles afectos y su sentimiento poético y religioso de la naturaleza y la vida.

ROBERTO F. GIUSTI.

Otros libros recibidos:

VALLE NEGRO, por Hugo Wast. 2º millar. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires.

CONVERSACIONES DE ARTE Y FILOSOFÍA SOBRE LE LYS ROUGE, por ANATOLE FRANCE, de Rafael M. Parravicini. Buenos Aires, 1918.

ECHEVERRÍA - MÁRMOL, por Héctor R. Baudon. Librería "La Facultad", de Juan Roldán. Buenos Aires, 1918.

DE MI ROSAL DE ROSAS NEGRAS, por David Salmón Cadenéati. Tucumán, 1918.

EL HIJO DEL ANTICUARIO, por Raúl Levraie. Agencia General de Librería y Publicaciones. Buenos Aires, 1918.

LAS ZARZAS DEL SENDERO. Novela por Joaquín Méndez Calzada. — MCMXVIII.

CRISTINA. Novela por José Insúa. Buenos Aires, 1918.

LETRAS AMERICANAS

Los Inválidos (Cuentos) por R. Francisco Mazzoni - Edición de NOSOTROS - Buenos Aires, 1918.

El escritor uruguayo R. Francisco Mazzoni, con este libro de novelas cortas ha realizado labor excepcional, aquí donde todos pretenden, para convencerse de que son literatos, lanzar sus "ballons d'essai", eligiendo con poco tacto, las corrientes peligrosas y elevadas de este difícil género; porque es indudable que pocos son, en nuestra literatura, los autores que han obtenido la suficiente plenitud de medios de expresión para darnos esas páginas siempre vivientes que se llaman *Adiós Cordera! Idilio y Tragedia* o *La Emperatriz de la China*, y aunque no es nuevo esto de las dificultades a superar en la forma aludida, todos los días recibimos la lluvia (o diluvio sin arca salvadora) de malas novelas y de libros de cuentos insulsos, sin contar las detestables publicaciones semanales que se reproducen como hongos... y veneriosos.

Por ello señalamos con grande satisfacción, como buen libro este de Mazzoni intitulado *Los Inválidos*.

Entre los de Mendés, o Gorki, o Kipling, o Bracco, pondría alguna de estas novelitas y no titubearía, ni por un instante, en colocar especialmente una de ellas que se llama *La pequeña*. Tiene esa simplicidad, esa suma de elementos emotivos que observamos, pongo por caso, en *Flor de miseria*, la admirable página de *Cuentos de la estepa*; es *La pequeña* algo que obra como el ajeno en el gran simpático: directamente, plenamente.

Fruto de momentos inexplicables, por más que los psicólogos se empeñen en explicarlos, basta esa eficaz exposición para imponer un nombre. Así acontece con Mazzoni con este su libro. Indudablemente no todas las composiciones tienen la fuerza emotiva de *La pequeña*, pudiéndose observar que este autor, es más eficaz en las composiciones breves. Cuando quiere nuestro cuen-

tista ser minucioso, diluye la acción, y la emoción no es tan sugestiva sobre el lector, como se advierte en *Los Inválidos*.

En este cuento del cual toma nombre el libro, es evidente el empeño del autor de dar su más; quizás con tema más humano y menos literario lograra su finalidad... Falta cohesión, falta algo que está en *La pequeña*, ese algo que nos mueve a emocionarnos dulcemente.

Comienza el bello libro con *Historia de un hombre y de una calleja*, que así como la otra es lágrima pura engarzada cual corresponde a espléndido brillante, éste sugiere la perla porque en verdad su tenue brillo delicado y bello atrae y cautiva.

En *La Soledad trágica*, Mazzoni trata el cuento a la manera de Payró en *Violines y Toneles*, o al modo de Horacio Quiroga en algunos de los suyos y con tanto éxito como ellos.

El Perro del agente recuerda cierto autor francés, aunque tiene original "brochure" en el melancólico final; y es, a no dudarlo, obra de mérito. *El Monte Azul* es flojo, tiene algunos defectos que parecen tomados de Prevost; éste, como *Las tres noches* y *Poema silencioso*, pudieron aparecer en cualquier revista viviendo la vida efímera correspondiente, no así *Miedo*, cuento de técnica resuelta, cuyo carácter poeniano es de seguro efecto dramático.

Y por fin, *El patito barcino*, a pesar de ser bastante largo, resulta muy interesante.

Y se nos ocurre, después de lo dicho, que algún paciente diga: puede ser interesante un libro así, algo desigual y que parece ser tan sensible a influencias ajenas? Sí; puede ser interesante como lo es este libro de Mazzoni por la aguda percepción para fijar el minuto que pasa y en su complejidad la vida fugitiva. Con su fascinadora exposición el artista logra atenazar nuestra atención, y le seguimos...

Si las notaciones son agudas y perspicaces; si los caracteres son, aunque complicados, reales; si el creador tiene siempre el tono contenido que le impide caer en lo vulgar (cosas estas muy difíciles por cierto, pese a su aparente facilidad); si se agrega como en el caso de Mazzoni, facilidad y felicidad en las invenciones de su fantasía, tendremos un novelista en el verdadero sentido de la palabra, que demostrará cuan pocos lo son: muchos los llamados, pocos los elegidos, según la frase evangélica, bien aplicable al caso...

ARTURO LAGORIO.

LETRAS ESPAÑOLAS

Política y toros por Ramón Pérez de Ayala. - Casa Editorial Calleja. ---
Madrid, 1918.

La reputación literaria de Ramón Pérez de Ayala no hubiera perdido nada con la no publicación de *Política y toros*.

Ante todo, no se advierte claramente el porqué de tratar en una sola obra, como materias afines o relacionadas, la política y la tauromaquia. La explicación que de ello da el mismo Ayala en la página 22 del libro parece muy traída de los cabellos. La política característica de un país, — dice Pérez de Ayala — no se aprecia sin el conocimiento de la psicología social y ésta no se penetra más que a través de los espectáculos públicos. Pero bien se advierte que no es cierto que la única manera de conocer la psiquis de un pueblo sea la de observar el público de sus espectáculos y que aunque fuera así no habría razón, al estudiar la política española, para complementar dicho estudio con otro sobre las corridas de toros, como no la habría para estudiar juntos la política inglesa y el boxeo o la política argentina y las carreras de caballos.

En segundo lugar, los diversos capítulos de *Política y toros* o al menos casi todos ellos, son reproducción literal, sin corrección alguna, de correspondencia enviadas por el autor a *La Prensa* de Buenos Aires. Así tienen todos los defectos que podrán no serlo por completo o no advertirse por el lector del periódico pero que necesariamente tienen que aparecer al lector del libro. Pérez de Ayala reconoce ésto y se disculpa con aquello de que lo mejor es enemigo de lo bueno y con que de no publicar ahora “estos ensayos toscos e incompletos” a la espera de un perfeccionamiento ulterior, quizá no llegara nunca la hora de darlos a la publicidad. Con todo, debió al menos el

autor releerlos y tratar de dar unidad al libro suprimiendo repeticiones de conceptos y de frases y referencias y observaciones exclusivamente apropiadas al artículo de diario. Esto era tanto más necesario cuanto que el autor no presenta la obra como una mera colección de crónicas periodísticas, sino que la califica de "ensayos".

Es en tercer lugar de censurar en el último libro de Ramón Pérez de Ayala el excesivo pesimismo de la mayor parte de sus páginas. Ciertamente, en primer término, que la política española o mejor dicho la política madrileña contemporánea es digna de todos los epítetos despectivos. Pero en la España de hoy, en la política de la España de hoy hay algo más que esa podre y esa gangrena que el señor Pérez de Ayala parece complacerse en describir. En ciertas regiones y especialmente en la catalana hay un gran despertar ciudadano al cual el señor Pérez de Ayala, preocupado en contarnos los chismes de la política cortesana, no dedica en ningún momento su atención. Ciertamente que el público español tiene los defectos que el autor señala en varios de los capítulos destinados a la fiesta taurina, pero muchos de esos defectos existen en el público de todos los países, en el nuestro, por ejemplo, y no siendo, por consiguiente, exclusivos del público español no pueden ser llaves de su especial psicología y de su política característica.

A pesar de todo, *Política y toros* es un libro que se lee con gusto, como que Ramón Pérez de Ayala aún en sus artículos de periódico es un escritor de pensamiento profundo y de estilo por lo general castizo y castigado.

El Poema de la Pampa. Casa Editorial Calleja. Madrid. 1918.—**Paisajes argentinos.** Barcelona. 1918, por José M. Salaverría.

Las dos últimas obras de José M. Salaverría se hallan dedicadas a nuestro país. La primera es en su mayor parte un estudio de *Martín Fierro*. La segunda es un resumen de las impresiones del autor en sus viajes por el interior de esta República y en sus estadas en Buenos Aires.

El propósito general de Salaverría es "dar a conocer en la Península las cosas e ideas americanas". En *El poema de la Pampa* trata especialmente de hacer, para el público español, el descubrimiento literario de *Martín Fierro*.

No puede menos de alabarse esta tendencia del señor Sala-

verría, que al fin parece haber comprendido no ser ésta época de hablar “de la feliz cosecha de las flores” o de otras tonterías por el estilo de las que abundaban en *Espíritu ambulante*, y como, al par que la mayor parte de los escritores españoles que se distinguieron — vamos al decir — por su germanofilia, no se atreve a hablar — *et pour cause* — de cuestiones relacionadas con la guerra, es natural, y hasta plausible, que dirija su atención a Hispano-América y a sus relaciones con la antigua metrópoli.

Ahora, hay que advertir que el señor Salaverría no parece al respecto estar muy al corriente de la actual situación de las cosas. Así, por ejemplo, las “anacrónicas actitudes” que da, en el capítulo preliminar de *El poema de la Pampa*, como existentes todavía en América y en España, es evidente que ya no existen más que en la imaginación del señor Salaverría y de algunos otros peninsulares como él, ignorantes del verdadero estado de alma de los hispano-americanos de este siglo.

En lo que sí acierta el autor es en afirmar la separación intelectual entre las diferentes partes del mundo de habla castellana y en sostener la necesidad de que esa separación desaparezca, así como en creer en la eficacia que para ello tendrá el mejor conocimiento en España de las cosas de América.

En este orden de ideas, la de atraer la atención del público español hacia la obra de Hernández para mostrarle a través de ella la psicología, el lenguaje y las costumbres del paisano argentino, ha sido idea excelente del señor Salaverría.

Divide éste su estudio en trece capítulos. El primero contiene nociones generales sobre el poema y sobre el gaucho. Aquél es llamado obra curiosísima y excepcional y poema popular con todas las particularidades de las obras místicas y de los libros anónimos. En cuanto al gaucho se señala su sobriedad, su estoicismo, su socarronería, su valor, su empaque, su fidelidad, su desprendimiento, su mezcla de gracejo y de melancolía, su amor al caballo y al cuchillo y se le considera continuador rudo, ignorante y agreste de la tradición de los conquistadores.

El argumento del poema es sucintamente relatado en el capítulo segundo, y en el tercero, estudiando especialmente la jactancia y valentía del protagonista, se observa como en su san-

gre alienta la tradición fanfarrona y osada, pundonorosa y altiva de un hidalguelo español del siglo XVI.

También encuentra semejanza el autor (Cap. IV) entre el escenario de Martín Fierro y la llanura castellana y ello le lleva a ver en el gaucho alzado y libre una aproximada imagen quijotesca, un Quijote plebeyo, humilde y tosco, Quijote analfabeto y de pulpería, pero Quijote al fin. Desgraciadamente a ese paralelo original e interesante sigue un subcapítulo, *La madrugada en la Pampa argentina*, que puede ponerse al lado de los más cursis fragmentos de pseudo literatura o de pseudofilosofía del ya citado *Espíritu ambulante*.

El capítulo V contiene, por el contrario, otro paralelo de interés entre los temperamentos amatorios del gaucho y los del andaluz, y las actividades guerreras, por decirlo así, de Martín Fierro, son objeto de atinadas observaciones en los dos capítulos siguientes y en el noveno; pero en el octavo se consignan, con motivo de los indios de América, diversas injusticias e inexactitudes, que no hay porqué señalar al lector argentino.

El capítulo décimo, con el título *Refranero picaresco*, comenta las últimas escenas del poema y los dichos y refranes de Fierro, de sus dos hijos, del primogénito del sargento Cruz y del viejo Vizcacha. Este último le parece al autor un ente redivivo, arrancado del Arenal de Sevilla o del Perchel de Málaga.

Por cierto que, al pasar, el señor Salaverría alude a los escritores criollos cultos y dice de ellos que "siembran su lenguaje de tristes galicismos aprendidos en los volúmenes de tres francos cincuenta", afirmación de justicia y oportunidad algo dudosas sobre todo en boca de quien, como el señor Salaverría incurre precisamente con tanta frecuencia en esos galicismos que no se advierte por qué llama tristes.

En el capítulo XI el autor sintetiza su juicio sobre el poema y dice que siendo *Martín Fierro* muy americano y argentino es muy español, como que es en efecto, un libro "católico, hidalgo, valiente, generoso, con un poco de tristeza estóica, y otro poco de socarronería, bañado en gracia popular", y que, con todas sus incorrecciones y con factura rudimentaria es una de las pocas obras geniales de la literatura rioplatense.

En el capítulo XII el autor habla con escasa información,

sin duda, pero con recto criterio de lo que llama "partido literario nacionalista argentino" y en el XIII y último dice cosas duras pero justas respecto de la hispanofobia de Sarmiento. El odio de Sarmiento a España, afirma con razón, "es un monstruo que se vuelve contra sí mismo y en realidad la patria argentina es la que sufre la mordedura".

Al estudio sobre *Martín Fierro*, sigue,—después de una "explicación de algunos criollismos, explicación en la que sobra la de algunos términos, como "daga", "fortín" y "yunta" que no son realmente criollismos, puesto que se les emplea en España y en el mismo sentido que aquí — una serie de ensayos sobre diversos aspectos de la vida argentina.

Insiste primero en la característica fatalista y estoica del criollismo, dice luego varias vaciedades sobre la manera de hablar el castellano en estas regiones, censura después con gracia a los que llama energúmenos del verso y de la prosa y a la plaga del diletantismo, intenta más adelante, sin mayor fortuna, desentrañar la psicología del "atorrante", dedica dos páginas a los payadores y hace una breve referencia al éxito de *Martín Fierro* para terminar el libro con un estudio muy precipitado, sin duda, de la personalidad y la obra de Sarmiento.

En *Paisajes Argentinos*, sólo unos cuantos de sus quince capítulos responden al título. Otros, o son descripciones de lugares ajenos a nuestro país, como el V, *Aspectos de Montevideo*, o no pueden, en cualquier forma que se les contemple ser considerados como "paisajes". Tales *La psicología de los anuncios*, *Una farmacia en la City* y desde otro punto de vista, *El canto de la semilla* y *El canto del emigrante*.

De los restantes se destaca el dedicado a *Los Andes* que es, sin duda, de lo mejor que ha escrito el Sr. Salaverría. También son muy interesantes sus impresiones del río Uruguay y de las Misiones jesuíticas.

Por el contrario la visión de Buenos Aires que revelan los capítulos IX a XV es una visión unilateral y exagerada, algo, y aun mucho, semejante a la de Santiago Rusiñol en su *Viaje al Plata*, aunque carente de la exquisita ironía que envuelve la del gran escritor catalán. Por lo demás, parece que el Sr. Salaverría no ha recorrido en Buenos Aires, aparte del puerto, más que las calles de los Bancos y el barrio de los "bars" y "cabarets" nocturnos. Agréguese que los artículos que integran *Pai-*

sajes argentinos fueron casi en su totalidad escritos hace años, en 1909 varios, poco después otros. Así algunos son especialmente inactuales como reveladores de aspectos bonaerenses modificados o desaparecidos.

Hay que agregar que el autor insiste en *Paisajes argentinos* en los defectos que le señaláramos en *Espíritu ambulante*. Así dice "opulencia agricultora" por "opulencia agrícola" (página 38), "seáis vosotros" por "sed vosotros" (p. 19), "mahidos" por "maullidos" (p. 137) y habla del "vuelo turbio de una mariposa" (p. 91), de las aves de "plumas repintadas" (p. 19), de "ideas semisueños" (p. 36), de "lapso de tiempo" (p. 72), como si pudiera haber lapsos de otra cosa y lapso no significara precisamente transcurso de tiempo, e incurre en otros errores elementales por el estilo.

Evoluciones por José Moreno Villa.— Casa Editorial Calleja, Madrid. 1918.

Evoluciones es una de esas obras extrañas que tanto abundan en la literatura española contemporánea, una obra conturbadora y desconcertante por los asuntos, el estilo, el pensamiento y más que nada por la desigualdad de valores o de méritos de las diversas partes que la integran, desigualdad que hace que a veces creamos encontrarnos ante un gran poeta y un gran escritor y otras ante una medianía perturbada. En efecto, en *Evoluciones* hay trozos bellísimos, como los *Recuerdos de una noche siniestra*, — página final del Libro III. — las poesías en memoria de don Francisco Giner, *Eximino el presbítero*, — cuento oriental digno de Kipling o de Tagore, — y muchos otros llenos de emoción y reveladores ante todo de una sensibilidad exquisita; pero hay también, especialmente en el Libro II, titulado *Bestiario*, trozos perfectamente tontos, como en el Libro IV, — *Poesías* — versos cojos y trozos sin sentido o con sentido en exceso vago o recóndito.

Es, con todo, *Evoluciones*, una obra interesantísima y de una originalidad, si a veces excesiva, muy digna siempre de consideración.

CARLOS C. MALAGARRIGA.

CIENCIAS SOCIALES

Alianza de la nueva generación. - Profesión de fé.

“En la ciudad de Buenos Aires, cuna de la argentinidad, a los ciento ocho años de la emancipación americana, en previsión de riesgos y deberes tan altos como los de aquellos días heroicos, los argentinos que subscriben, resuelven constituir una liga de ciudadanos jóvenes, con el propósito de afrontar en la meditación y en la obra, los problemas que la instauración del sufragio libre y la guerra mundial han traído para nuestra patria”. Así comienza la “profesión de fe” de la “nueva generación” que leyera don Ricardo Rojas en el teatro San Martín en la noche del 2 de Enero. La referida Liga, se denominará “Alianza de la nueva generación” y se halla constituida por tres asociaciones que se titulan: *Instituto de Estudios Argentinos*, *Juntas universitarias* y *Comité nacional de la juventud*.

“El instituto será un centro de trabajos intelectuales, consagrado a la solución de los problemas argentinos”. “Las juntas se consagrarán a la reforma de la educación por la plena autonomía de la universidad”. “El comité al saneamiento y renovación de nuestro ambiente democrático”. Las tres corporaciones se hallan espiritualmente unidas por su adhesión a esta *profesión de fé*.

Los iniciadores de esta obra — dice el manifiesto — saben que la nueva generación trae una sensibilidad y un ideal nuevos a la historia del país. Ella se reconoce diferente de la generación anterior. Saben que la república ansía una renovación de temas y de métodos en la acción social. Se pone bajo la advocación, de aquellos otros jóvenes del año 10 que se reunían en la casa de Vieytes; de los compañeros de Monteagudo en la *Sociedad patriótica*; de San Martín y *La Logia Lautaro*; de

Echeverría y la *Asociación de Mayo*. Bajo la advocación de esos altos ejemplos viene esta generación del año 19, a reanimar — afirma, — el fuego del ideal argentino, en los altares abandonados, frente a la hora actual que se caracteriza por una suerte de caos de la conciencia argentina. “Mientras el parlamento, la universidad, parecen haberse resignado a disminuir en su función moral, vemos languidecer los ideales del arte, del bien y de la ciencia, anegados por escepticismos individuales”. “Y una fuerza inexplicable, surgida del sufragio libre, coarta la discusión, rehuye la publicidad, desdeña a la prensa, suprime las provincias, prescinde del congreso, subraya a la universidad. Y a cada instante la vida civil de la república, amenaza volver al ciclo lamentable de las violencias personales”.

Añade el manifiesto, que “el problema actual de la Argentina, es ante todo un problema político”. Pero la política entendida en su acepción más noble, resuélvese en un problema de filosofía o sea de Educación. Convencida de que la crisis política argentina es un problema de cultura, de educación, la “nueva generación” necesita desligarse de los partidos políticos argentinos: del radical, del socialista y de los conservadores. Analiza su obra y se declara disconforme con ellos.

“Los partidos conservadores de nuestro país han rendido culto al talento y a la capacidad; los radicales a la abnegación personal por la pureza cívica. Los socialistas a la justicia de las clases menesterosas”. Tres virtudes que la nueva generación desea refundir en un solo partido.

Frente al problema filosófico, la “Alianza de la nueva generación” simpatiza con el actual renacimiento idealista de la filosofía. Quiere que las ciencias continúen su progreso experimental, racionalista, pragmático; pero que haya una metafísica y una moral de las ciencias. “Deseamos que en la nueva cultura argentina el hombre no pierda su señorío sobre las cosas, y que por sobre el hombre material de la moderna antropología positiva, resplandezca el hombre moral del eterno espiritualismo. Queremos que el positivismo sea tan sólo un método del conocimien-

to experimental; que la sociología sea un campo de observación y la Psicología un arte de intuición. Si protestamos de los dogmas religiosos, también protestamos de los dogmas científicos".

Junto a estos enunciados filosóficos que definen su actitud espiritual, la "nueva generación" en presencia de las cosas formula un programa concreto de reformas "prestando — dice — especial atención al trabajo en la gleba y en la fábrica, o sea a todos los problemas de la democracia social. El latifundio y la habitación, la higiene y el seguro, la servidumbre del indio, la condición del chacarero, la educación del gaucho, la penuria del niño desamparado, de la mujer sin derechos, del obrero fabril y del pequeño empleado".

Centro de especulación filosófica el *instituto*; foco de evolución universitaria *las juntas*; fuerza de agitación política *el comité*.

He ahí los órganos y su función.

El instituto se hallará dividido en cuatro *Colegios*, a saber: *Colegio de ciencias naturales*. (Matemáticas, física, química, geología, geografía, mineralogía, botánica, antropología).

Colegio de ciencias sociales. (Economía, finanzas, derecho, higiene, etc.).

Colegio de ciencias pragmáticas (agricultura, ganadería, comercio, industria, milicia, marina, política).

Colegio de ciencias espirituales (historia, filosofía, religiones, música, arquitectura, escultura, pintura, poesía, teatro, periodismo y educación).

Hasta aquí hemos tratado de reflejar, resumiéndola, la *profesión de fé* del manifiesto que don Ricardo Rojas ha escrito para estos jóvenes de la "nueva generación", así como los órganos y los métodos, que han de servir para la realización de tales ideas e ideales. Ahora, se nos ha de permitir algunas breves acotacio-

nes al margen. Y algo más grave, estar en desacuerdo con el señor Rojas.

No es, por cierto, necesaria mucha perspicacia para ver que el instituto y las juntas son un remedo de algo semejante que existe en España, y que el manifiesto, la profesión de fe, tiene su modelo en el "Dogma", que redactara don Esteban Echeverría, también para la "nueva generación", aquella del 37. Mas, aquel "Dogma" eran las ideas socialistas, adaptadas a nuestro país, bajo un ropaje romántico y como un ulterior desarrollo del programa de Mayo. Pero el "Dogma" tuvo su complemento o comentario económico en la lectura que el mismo Echeverría hiciera en el Salón Literario de Buenos Aires en 1837, conocido con el nombre de "Plan económico", y su comentario filosófico-social, en el estudio, conocido con el nombre genérico de "filosofía social".

Aunque espíritu romántico y literario don Esteban Echeverría, tuvo singular visión de estadista, de sociólogo y de economista y supo aunar el "ensueño", a la realidad del momento histórico de su país. Por eso muchos de los postulados de su "dogma" fueron concretados en fórmulas positivas por los hombres de la constitución, y otros son sostenidos hoy, por los voceros más respetables de la democracia social, con los ulteriores corolarios que las nuevas necesidades y fenómenos sociales determinan entre nosotros.

El señor Rojas, menos sociólogo, menos estadista, menos filósofo que Echeverría y con nada de economista, aunque mucho mejor escritor y más poeta que aquél, se ha preocupado de formular una *profesión de fé*, filosófico-social, de idear un partido, de marcar un rumbo para un grupo de jóvenes más o menos conservadores que gustan de la literatura, hacen versos algunos, y sienten ciertas seducciones por la política otros, y que, desde luego, profesan una lógica y a veces incondicional admiración, por el renombrado escritor que los congrega.

Mas, el "ensueño", el "ideal", suele andar a menudo, por no decir siempre, divorciado de la realidad.

Formular una profesión de fé, confeccionar un programa, enunciar una idea, describir un estado de alma, o una inquietud espiritual, puede ser una cosa bien sencilla para un hombre de cultura. Pero los ideales y las ideas valen según el grado de realización, de objetivación en hechos, en fórmulas concretas.

La política, sobre todo, se hace a base de cosas prácticas, es lucha de intereses opuestos, y entre nosotros es lucha de intereses personalistas. La política es lucha de intereses, de un grupo social, con otro grupo social; de un interés colectivo con otro interés colectivo. Claro es, que la política debe basarse en la filosofía. Y es que cada uno de estos intereses de grupo están sustentados, en una teoría, en una doctrina, en un fundamento filosófico determinado.

Hemos de insistir todavía en el paralelo anterior, ya que el señor Rojas se ha inspirado en la obra de Echeverría más de lo que a simple vista parece, y deja creer, además, que su "nueva generación", ésta de 1819, viene a luchar por la patria, en la misma situación que aquella del 37. Esto no lo dice, pero lo insinúa.

Bastaría leer el comentario histórico del "Dogma", es decir, la "Ojeada retrospectiva" a quien desconociese historia patria. Anotemos algunos párrafos del propio Echeverría. Habla de su generación: Los Federales la miraban con desconfianza y ojeriza "porque la veían ojear libros y vestir frac". "Los corifeos del partido unitario, asilados en Montevideo, con lástima y menosprecio porque la creían federalizada..."

Aquellos jóvenes — continúa — debían obrar "con el sigilo y la prudencia que exigía la vigilancia de los esbirros de Rosas y de sus procónsules del interior"; y en otra parte: "sabíamos que Rosas tenía noticias de ellas (refiérese a las reuniones) y que nos seguían la pista sus esbirros...". "Precaucionalmente nos habíamos juntado en barrios diferentes, entrando y saliendo a intervalos, de dos en dos, para no excitar sospechas; pero nos habían sin duda atisbado".

En cambio el señor Rojas ha podido leer su manifiesto en uno de los teatros del centro de la ciudad, con toda tranquilidad, escuchado con respeto y simpatía, hasta por los que estaban en desacuerdo con muchos de sus postulados.

Transcribimos algo más de Echeverría: "La mazorca mostraba el cabo de sus puñales en la galería misma de la sala de representantes y se oía doquier el murmullo de sus feroces y sarcásticos gruñidos. La habían azuzado y estaba rabiosa y hambrienta la jauría de perros carniceros. La divisa, el luto por la Encarnación, el bigote, buscaban, con la verga en mano,

víctimas o siervos para estigmatizar. La vida en Buenos Aires se iba haciendo intolerable”.

Con lo transcripto basta. Hoy la vida en Buenos Aires es todavía tolerable. El país está más civilizado. Hay órganos del periodismo que tienen poderosa influencia en la opinión pública. Una clase obrera más consciente y más ilustrada. En el interior fuertes núcleos de opinión adversos al partido gobernante y en la capital un vigoroso partido popular que a pesar de su tan censurado “materialismo” lucha con civismo único por afirmar día a día la libertad de palabra, de prensa, de reunión, los fueros parlamentarios, cosas por cierto demasiado “inmateriales”.

De modo que ni siquiera puede decirse aquello que Echeverría dijera de su generación: “La situación moral de esa juventud viril debía ser por lo mismo desesperante, inaudita”.

Buenos Aires por *Juan Alvarez*. - Cooperativa Editorial «Buenos Aires». 1918.

El autor de este libro ha tratado con seriedad y conocimiento un tema que desde hace algún tiempo se viene insinuando por todas partes. En el periodismo, en el parlamento, en las universidades, en las salas de conferencias. Me refiero al problema que comporta el enorme crecimiento de la ciudad de Buenos Aires frente al resto del país paralizado o retardado en su desarrollo. Es necesario, descentralizar la población parasitaria, descongestionar la ciudad capital de la república, este “enorme macrocéfalo deforme” como alguien la llamara. Tal el problema que el señor Alvarez plantea y cuyos medios de solución se propone enunciar.

El autor plantea los términos del problema, mediante cifras comparativas, de la población en relación con las demás capitales de provincias, y con ciudades capitales de otras naciones; luego el gran puerto de ultramar, su comercio de importación y exportación en relación a los otros puertos de la república. “La ciudad fabril”, y los obreros empleados, las industrias, siempre en relación con el resto del país. En un cuarto capítulo trata de Buenos Aires asiento de las autoridades nacionales y su influencia con respecto al aumento de la población.

Entre los medios de solución, el autor propone con mucho juicio, medidas tendientes a crear industrias en el interior. Sa-

car de Buenos Aires, muchas oficinas cuya labor sería más eficaz en distintos puntos del territorio.

Con respecto a la inmigración, cerrar el hotel de inmigrantes de la capital; instalar cinco grandes hoteles y oficinas de colocaciones en Rosario, Córdoba, Mendoza, Bahía Blanca y Tucumán y organizar servicios ferroviarios directos desde Buenos Aires a dichos hoteles. Lo mismo entre Bahía Blanca-Mendoza y Rosario-Córdoba-Tucumán. Prohibir la entrada al país de inmigrantes analfabetos o totalmente desprovistos de dinero. Además cree el autor que debe llevarse la capital, el asiento de las autoridades nacionales, a otro punto de la república. Como se sabe, esta cuestión de la capital, ha sido desde Rivadavia hasta el 80 la cuestión más discutida. No es el caso de puntualizar los motivos, pero fué por casi tres cuartos de siglo la piedra del escándalo. Nos parece que no es juicioso remover ese pleito terminado ni mucho menos comenzarlo de nuevo. Entendemos que Buenos Aires, por razones geográficas, económicas, históricas y políticas, debe ser siempre, o por muchos años, la capital de la nación.

Por lo demás, creemos que el señor Alvarez, ha planteado el problema de que hablábamos al comenzar esta nota, en una forma que no admite discusión, y si bien disentimos de uno de los medios de solución — el más importante tal vez para el autor — entendemos que es ésta una cuestión importante que requiere de los poderes públicos, ser encarada desde ya.

Síntesis de Filosofía del Derecho por Antonio Dellepiane. - Bs. As., 1918

El doctor Antonio Dellepiane ha reeditado en un opúsculo de 110 páginas sus lecciones de la cátedra de filosofía del derecho. Es la síntesis de otra síntesis que años atrás publicara bajo el nombre de "Filosofía jurídica" y de algo más que editara el Centro Estudiantes de Derecho.

En el prefacio con que encabeza esta publicación, dice el autor, que sus cátedras "no han permanecido extrañas un solo instante al intenso movimiento de ideas de los últimos tiempos" y "lejos de quedarse a la zaga lo han previsto y anticipado algunas veces en sus direcciones más acertadas".

Con su tesis doctoral — afirma — inició en el país el movimiento neocriticista o neo-idealista que reaccionó contra el materialismo y el positivismo entonces dominante

En 1887, desde la cátedra de filosofía del derecho puso en práctica el método histórico — resistido y ridiculizado hasta entonces — “consagrando la bondad y eficacia del nuevo método en los estudios jurídicos y sociológicos”.

En 1893 publicó un estudio crítico — a propósito de una novela de Zola — del naturalismo y “contribuyó no poco al descrédito y ruina de una escuela artística que había hecho algún camino entre nosotros”.

“En 1899 la Facultad de Filosofía y Letras — asevera — me confió la honrosa cuanto ardua tarea de inaugurar oficialmente en la República Argentina y en América la enseñanza de la Sociología”. Posteriormente se hizo cargo de la cátedra de historia de la civilización iniciando en la República Argentina y en Sud América la enseñanza universitaria de la metodología de la historia, diez años antes que el profesor Altamira la trajera desde España a la Universidad de La Plata.

Fué además desde sus cátedras “el centinela siempre dispuesto a dar el alerta vigilante contra todas las novelorías científicas de los sociólogos diletanti”. Así con el materialismo histórico, con la concepción psicológica de la sociedad, con la teoría de la Psicología de las muchedumbres.

Ya, años atrás, previó que era simple cuestión de tiempo la organización de la sociedad de las naciones sobre la base de un gobierno internacional. Los acontecimientos que presenciarnos — le dan la razón, según propia afirmación suya.

Termina el citado prefacio con estas palabras: “Estos breves antecedentes, apuntados a la carrera, me hacen abrigar la ilusión de que mi docencia no ha sido estéril como tampoco fué infecundo mi paso por los cuerpos directivos de las facultades y del consejo superior universitario, infundiendo, además, en mi ánimo un sentimiento de tranquilidad, respecto a los resultados de la acción espiritual que desde las cátedras más altas me ha cabido ejercer sobre la juventud argentina”.

Una evolución transcendental de la vida internacional en América,
por *Ernesto J. J. Bott*.

El señor Ernesto J. J. Bott ha editado en volumen este estudio que fué ya publicado en folletín por “La Vanguardia” en 1917. El autor estudiando los acontecimientos de los últimos

años de la vida internacional americana, ve en ellos, con razón, "una evolución trascendental" de política internacional. Esa evolución no es otra cosa que el acercamiento de los países americanos del norte y del sur en sus relaciones internacionales, es decir una evolución hacia la unificación continental americana frente a los países de Europa en guerra. Así, unificada América, es fuerza internacional pacifista. Como dijimos anteriormente, el autor desentraña esta evolución estudiando los hechos últimos, tales como la cuestión mejicana, la constitución y política del A. B. C., la repercusión de la guerra europea en América, la intervención de los Estados Unidos en la guerra, así como las perspectivas actuales que se inducen de tales acontecimientos.

El señor Bott expone estas cosas en forma sencilla, aunque a veces empleando demasiadas páginas para expresar un concepto que podría enunciarse en cuatro párrafos. Cae además en un exceso de detallismo que lógicamente perjudica la claridad y precisión convenientes a un estudio de esta índole.

ARTURO DE LA MOTA.

El joven escritor Arturo de la Mota se hace cargo desde el presente número, de la sección *Ciencias Sociales*, que nuestro compañero Américo H. Albino abandona, por impedirle sus tareas profesionales atenderla como él quisiera. Perteneció De la Mota a ese simpático y valiente grupo que ha estrechado filas en el *Ateneo de Estudiantes Universitarios* y ha aprendido a batallar por la honradez y verdad intelectuales y morales, en la revista *Ideas*. Egresado de la Facultad de Derecho, le llevan doblemente por el camino de los estudios sociales, su carrera y su tendencia política. Es De la Mota de esos intelectuales argentinos de la nueva generación, que han visto en el programa del partido socialista el justo programa de reforma social que la patria espera. Esta dirección no lamenta esta afiliación a una tendencia política de su nuevo colaborador, así porque lo sabe ecuaníme, como porque entiende que sus ideales han de dar carácter a sus artículos bibliográficos, e infundirles vida, que es lo que se necesita.

N. DE LA D.

EL SARMIENTO DE ZONZA BRIANO

Hay en la obra de Zonza Briano, un mérito real que nos apresuramos a reconocer y en el cual finca el motivo de este comentario a su última producción; mérito altamente apreciable puesto que, en un ambiente como el nuestro, puede ser considerado como una verdadera virtud: la laboriosidad.

Zonza Briano es un gran trabajador y, hasta pudiéramos asegurar, posee un gran amor por el difícil arte que cultiva y es, entre todos, el que con menos reticencias admira su propia obra.

Diez años en la vida de un país, son semejantes al inadvertido minuto que se desliza de la vida de un hombre; pero en esta última década, la Argentina, puede decirse que ha sumado toda su existencia artística. Queremos significar, en otras palabras, que el paso dado por nuestro país en el sendero del arte, en este corto período, es, en realidad, colosal.

Hace diez o quince años todos, o la mayoría de nuestros artistas que regresaban del extranjero, venían a descubriarnos cosas nuevas: éramos una gran multitud de ingenuos burgueses y así todo aquel que supiera embadurnar una tela o pellizcar un trozo de arcilla, se creía con derecho y obligación de sorprendernos y maravillarnos. Quedan aún, y desgraciadamente forman todavía la gran mayoría, quienes hacen suya, en cuestión de arte, la opinión, no siempre franca o imparcial, de este o aquel articulista de tal o cual periódico. Así tenemos que si bien el público conoce y comprende mejor de arte que hace quince años, sus gustos y preferencias generalmente se inclinan por aquel artista que mayores elogios haya recibido; elogios muchas veces nacidos de la pluma que una caritativa o amistosa complacencia impulsa y guía.

Una bella y florida descripción literaria sobre este cuadro o esta escultura, abonada con la firma de un conocido escritor, servirá, en los más de los casos, para orientar la opinión de la mayoría. Cosa rara en verdad; las artes plásticas, concretas y tangibles, son las que más clara y directamente hablan a nuestros sentidos; se presentan con la majestuosa elocuencia de la línea y del color, y, sin embargo, para muchos es menester la intervención del cronista, que a manera de hábil cirujano, les abra los ojos, les enseñe a ver la belleza de la forma y la armonía de los colores.

Belleza y emoción en una obra de arte, deben presentarse franca y abiertamente ante los ojos de quien la contempla; y abierta y francamente deben penetrar en nuestro espíritu, derramando la inefable sensación que perseguimos los que amamos al arte en todas sus manifestaciones. Pero es el caso que esa emoción, de la cual debiéramos gozar todos nosotros, sólo parece existir para los elegidos que saben descubrirla, o para los tantos que hallan a algunos que se la descubra. ¿Dónde, entonces, está el arte verdadero, sano, franco y sencillo, que se nos brinde y nos esclavice al mismo tiempo; arte puro, todo belleza y que valga por su propio valer sin la condenable ayuda de la literatura, intrusa señora que invierte valores e inventa bellezas?

Arte que impresione y emocione al mirarlo, porque es deleite de la vista y regocijo de los ojos y nada nos oculta, porque nada crea ni inventa y sólo se limita a imitar, con más o menos perfección, los atributos que forman al hombre y que adornan la naturaleza.

Pero entre nosotros aún no ha podido desvincularse el arte de la literatura.

Diríase que es gracias a los esfuerzos de ésta última que el primero subsiste. Toda obra de arte de alguna importancia realizada entre nosotros, ha merecido, a raíz de su exposición, el artículo o la crítica amable de este o aquel distinguido hombre de letras, que en la mayoría de los casos, sabe mucho de literatura o de abogacía, y muy poco de pintura o escultura.

Pero no importa, ahí va, al público, su indiscutida opinión, y todos los descubrimientos de belleza que literariamente ha logrado hacer en esa tela o en ese mármol; ahí van sus pareceres, que los tontos acatan cual si fuesen órdenes, y, cosa ex-

traña, éstos también comienzan a ver con los ojos del amistoso y cumplido articulista.

Aquí, en cuestión arte, suele esperarse la sanción de alguno a quien nadie ha sancionado todavía; pero que, en libertad para exteriorizar sus opiniones, pretende hacer genios y sabios, con la misma facilidad y el mismo esfuerzo con que redacta artículos encomiásticos.

Y esta manera de imponer al público tal o cual artista, manera que pudiéramos calificar de método eficacísimo para fabricar genios, raramente falla. La gente, en su mayoría, nada entiende y muy poco le importa de cuestiones artísticas. Esa estatua, este cuadro que fulano de tal elogia en uno de nuestros grandes cotidianos, debe valer mucho.

Y los que así piensan, son, generalmente, aquellos en cuyas manos está la educación artística del país, y que en estos casos, obran siguiendo opiniones ajenas que a ellos se les antojan juicios inapelables.

Así se han colgado cuadros en nuestros edificios públicos, y se han erigido estatuas y monumentos en nuestros paseos y jardines, que serán para nuestras venideras generaciones, motivo de bien justificada indignación y de inevitables sátiras.

Esta disertación, que nos ha llevado inadvertidamente fuera del verdadero propósito de nuestra crónica, a pesar de no haber sido inspirada en absoluto, por las obras del artista que aquí nos ocupa, tiene, sin embargo, algo de relación con ellas.

Zonza Briano, cuya laboriosidad nos encanta y nos mueve hasta la admiración, exhibió, días pasados, en las galerías de la comisión nacional de bellas artes, una "maquette" en yeso de la figura del gran argentino Sarmiento, la que una vez esculpida en mármol, o vaciada en bronce, irá a decorar uno de los más modernos edificios dedicados a la enseñanza con que entonces contará el país.

Zonza Briano, dejando a un lado ciertas normas que constituyen la armonía y belleza de la forma, parece haberse concretado a modelar un Sarmiento que retrata una de las varias personalidades de ese gran hombre, y ha elegido aquélla por la cual lo conocen quienes ignoran en absoluto su incomparable obra; nos referimos a la personalidad descollante que como batallador, tribuno y polemista llegó a tener este presidente argentino y que por ser la que mayor interés despierta en nuestro

público grueso, la creyó el artista como la más acertada para inmortalizarla escultóricamente.

Quizás una lectura ocasional de *Recuerdos de Provincia* y de *Facundo* hubiérale sido de inapreciable ayuda al escultor para conocer el verdadero carácter de Sarmiento y otras muchas virtudes suyas, más apreciables que esa agresividad que le caracterizaba y que, con el correr de los tiempos y al pensar de las futuras generaciones resulte quizás uno de los defectillos más criticables en el carácter de este visionario y profeta de nuestro porvenir. Además, parece que el escultor argentino no ha tenido en cuenta el lugar en que la estatua iba a colocarse, ni quiénes la contemplarían todos los días.

¿Cómo hacer que comprendan los alumnos de esa escuela para la cual ha sido modelada esta escultura, que el más grande de nuestros educadores era un hombre bueno, de gran corazón, enamorado de los niños y compasivo con los animales, si ese bronce o mármol que lo representa, nos lo ofrece como a un personaje de mal carácter, de una agresividad peligrosa y con una cara de ceño tan contraído, y de gesto tan desagradable, que parece una palpable personificación del temido *cuco*? No refleja, en otras palabras, ya que en esta escuela de arte se alegan razones psicológicas, el alma o el espíritu de aquel Sarmiento que deben conocer, amar y admirar los niños de las generaciones futuras y que, a ser colocado al frente del edificio, como creo que es el proyecto, esa figura del gran educador, en lugar de invitar a los niños a entrar a esas aulas, en cuya fundación él tanto colaborara, quizás les asuste y espante. Porque, justo es confesarlo, el Sarmiento que ahora nos ofrece Zonza Briano, muy poco tiene de artístico, más aún: el arte escultórico parece haber servido, en este preciso caso, para realzar la fealdad del gran tribuno, acentuando la nota antipática, la actitud en que el capricho del artista lo colocara.

Se ha criticado y repetido hasta el cansancio, que el Sarmiento de Rodin tiene algo de simiesco; ¿qué dirán aquellos que conocieron el que hace poco exhibiera Zonza Briano!

El público entendido, curado de espanto después de su inútil busca de algo de misterio, de bello o de simbólico en ese Cristo, colocado en la Recoleta, y que llamado a velar el sueño de los muertos, llena de horrendas pesadillas el de los vivos; ese mismo público fácil de engañar o de sorprender una

sola vez, no ha sufrido desilusión alguna ante esta nueva obra de Zonza Briano; se le esperaba, tal cual apareciera. Con el Cristo mencionado y un San Francisco que nuestros lectores ya conocen, este Sarmiento forma una trilogía escultórica cuyo valor artístico nos esmeramos inútilmente en comprender los hombres de esta época, que ven con sus propios ojos. Porque el arte de Zonza Briano, en estas manifestaciones que acabamos de anotar, está demasiado desvinculado de la belleza y armonía de la forma; y en cuanto a esa psicología, a esa alma, a ese soplo de vida, a ese misticismo y otras sonoras necedades que algunos creen ver o descubrir en esta escultura, nosotros, cuyas ideas no están supeditadas a cánones algunos, ni nuestro gusto artístico se ve limitado por tal o cual regla de estética preconizada por ésta o aquella escuela clásica, nosotros, malgrado nuestra voluntad y vehementes deseos por ver en la última obra de Zonza Briano esas tan admiradas, aunque ocultas bellezas, sólo nos encontramos ante un frío trozo de yeso, en el que su autor, alejándose de su tan comentada tendencia hacia el misticismo, ha modelado una figura en pugna con toda aquella tranquilidad y apacible dulzura que hicieron de la escultura, quizás la más noble de todas las artes.

Arte nobilísimo el de la estatuaria, por lo mismo que está inspirado en la incomparable y única belleza que ofrece la línea, es, entre todas las artes, la que menos originalidades y excentricidades permite.

No ocurre lo mismo con las otras manifestaciones de arte. La pintura, por ejemplo, podrá haber cambiado en los últimos tiempos, revolucionando, con o sin razón, los procedimientos y reglas que hasta hace veinte años seguían los pintores. Una nueva tendencia, que llegó a formar la escuela moderna, en sus más variadas y siempre sanas manifestaciones, vino a difundir y a ampliar las ideas que nacieron en la famosa escuela de Barbizón. La naturaleza comenzó a interesar, directa y únicamente a los paisajistas, y el estudio de la natura, es decir, de la luz, fuente productora de todas las imágenes que impresionan nuestra retina, demostró que la mayoría de los antiguos maestros estaban equivocados. La descomposición maravillosa de la luz sobre los campos, árboles y rocas, en una inacabable gama y en los incontables matices degradados de los tres colores principales del espectro solar, dieron por tierra con el consabido pa-

trón del color en el paisaje a que nos tenían acostumbrados los maestros del clasicismo. Los cielos, los cisnes, las nubes, con la consiguiente contrariedad de los poetas, que siempre cantaban a dichos atributos, no eran azules ni blancos. En su composición influían juntándose o repudiándose, partículas de diferentes colores; el corcel infaltable en todo retrato de reyes o príncipes de las épocas clásicas, no corría, en el mundo real en que vivimos, con las patas estiradas para atrás y para adelante, tratando de separarlas del cuerpo. Así han visto, o por lo menos, han creído que corrían los caballos, las pasadas generaciones. Y no es este un descubrimiento de la cámara fotográfica moderna de la "instantánea", porque ya en sus cuadros, el gran Meissonnier (v. g. "Carga de caballería", colección particular de M. Prevosc. N. York), había demostrado, mediante un concienzudo estudio del natural y una minuciosa observación de los detalles, que son origen y resultado del movimiento, que los caballos, por ejemplo, no corrían en la forma puramente convencional en que creían los pintores clásicos y en que, por intermedio de éstos, creía todo el mundo.

La música, por otra parte, ha demostrado como con el correr de los años y mediante estudios más hondos, logró enriquecerse con mayor variedad de sonidos, que han variado en mucho los cánones de armonía y melodía a los cuales estaban sujetos aquellos maestros, que hoy día se consideran anticuados. Y es que sonido y color nacen ambos de una fuente, que no por ser distinta deja de ser pródiga e inacabable en elementos originales, que permiten, en sus múltiples variaciones, llegar hasta el infinito.

La línea, en cambio, en lo que a la escultura humana se refiere, está supeditada a las leyes inflexibles que establece la anatomía. Puede acentuarse o velarse, más o menos, si se quiere; pero se rebela siempre contra la menor tortura a que el escultor la sujeta, cuando en su afán de originalidad o persiguiendo quién sabe qué propósitos tendientes a sorprender al público, traspasa los límites en que está encerrada la naturaleza. Así toleramos los cielos verde grises y árboles violáceos de los modernos impresionistas, los acordes, casi ausentes de toda melodía que nos ofrecen ciertos músicos de esta época; pero una obra escultórica, vacía de todo sentimiento, cuyas proporciones anatómicas dejan mucho que desear y en pugna con

las reglas que rigen la gravedad de los cuerpos, no podremos aceptarla, sin exponer antes nuestra disconformidad con ella, de acuerdo con nuestra manera de encarar estas cosas.

No crea el lector que esta "maquette" que ahora nos ocupa, incurra decididamente en todas esas faltas y errores a que nos referimos más arriba. Zonza Briano, no se aleja en forma tan absoluta y condenable de los principios que todavía en nuestros días rigen las artes plásticas; pero, podemos creer, que tampoco se conforma a ellos. El Sarmiento por él ejecutado es muy pobre en composición; los rasgos fisonómicos han sido tan fuertemente acentuados—cosa rara en un escultor que se encanta esfumando líneas y velando detalles—que tienden a la caricatura. Hay visibles desproporciones entre el torso y la cabeza, y la actitud en que el artista lo ha colocado, lejos de semejar la que adopta un tigre en el momento del ataque y que tal parece ser la idea original, es, más bien, la de un gigantesco orangután disponiéndose a colgar ese cuerpo deforme, de las ramas de algún fantástico baobab.

El Consejo Nacional de Educación con un criterio artístico que desconcierta y preocupa, ha aceptado definitivamente esta obra escultórica. No ha tenido en cuenta que hay entre los artistas argentinos quienes poseen también méritos y antecedentes artísticos para ejecutar tales obras, escultores a quienes el gobierno tiene obligación de prestar ayuda y dar estímulo y entre los cuales, sin excluir a ninguno, pudiera haberse realizado un concurso, que al traducirse en una exposición de "maquettes" nos hubiera revelado cuál de nuestros artistas del cincel, comprendía mejor y mejor ejecutaba la figura de ese gran argentino.

C. MUZZIO SÁENZ PEÑA.

NOTAS Y COMENTARIOS

Enrique Stein.

Con la muerte de Henry Stein, fallecido el 17 del corriente, ha desaparecido uno de los pocos hombres que aún quedaban como recuerdo viviente de un pasado que para las generaciones actuales ya es histórico.

Nacido en París en 1843, desde 1866 se hallaba incorporado a nuestra vida que jamás quiso abandonar por volver a su patria de origen. Henry Stein perteneció a ese grupo de franceses que llegaron a la tierra argentina y volcaron entre nuestros antepasados inmediatos toda la galanura y toda la distinción del espíritu de su raza. Impulsado en un comienzo hacia los trabajos manuales, bien pronto renunció a ellos para dar preferencia a su vocación artística por el dibujo. Preteridas sus aspiraciones de dedicarse a la agricultura, se vinculó con el entonces director de un periódico de caricaturas, *El Mosquito*, y comenzó sus primeras armas cuando todavía era muy joven. Pronto se impuso, y a los pocos años fué su único dibujante y su propietario, y siguió siéndole durante mucho tiempo, para vender, por fin su propiedad, aunque nunca dejó de dibujarlo.

El Mosquito, en sus millares de diseños, es la historia caricaturada de nuestra organización nacional, y su valor intrínseco reside en haber introducido en las luchas políticas, un poco menos de encono en las pasiones, haciendo un lugar al humorismo, y dejando de lado la diatriba que ofende.

Colocado, personalmente, en un plano superior a los sucesos, nunca se embanderó en ellos apasionadamente, lo que le permitía contemplarlos con independencia, ganando así, en intensidad, el valor de su caricatura. Claro está que algunos personajes políticos debieron ser objeto especial de sus constantes fle-

chazos, y en cambio otros eran colocados en situación favorecida.

Es necesario tener en cuenta un poco el ambiente de los años que su periódico reflejó, para apreciar el significado de su labor artística. Quién ha vivido en ella, o quién recorra los diarios de entonces, podrá cerciorarse de a cuantos extremos conducía la pasión que en los momentos álgidos cuajaba en forma de revoluciones. El insulto personal, la lucha sin reconciliación, y el peligro constante hasta de perder la vida, fueron la realidad del momento. Cada acto electoral era casi un estado de lucha civil en donde a veces, se conquistaba el atrio a tiros. Los debates parlamentarios tenían su epílogo, con frecuencia, fuera del recinto. cuando la muchedumbre desafecta a algún legislador le atacaba de palabra y de hecho.

Como prueba podría recordarse aquel famoso debate del senado, sostenido por Sarmiento al bajar del poder, y a fin de defender su acción presidencial, en el cual el gran hombre fué insultado hasta por los estudiantes. Y si no, recuérdense aquellos episodios sangrientos del asesinato de Urquiza y la revolución de López Jordán en Entre Ríos, o el grave asunto de la capitalización de Buenos Aires.

El Mosquito dibujado por Stein, todas las semanas, reflejaba estos sucesos ahora históricos, en forma novedosa para nuestro ambiente. Se nota en él la influencia de los caricaturistas más en boga entonces en Francia e Inglaterra, desde la nota picaresca de Grevi o la silueta de costumbres de Gavarni hasta la humorística plumada del *Punch*.

Siempre, en medio de la nota satírica, predomina el rasgo fino, que fustiga los defectos sin destruir la dignidad personal; pero no por ello menos eficaz.

De ahí que las personalidades de Mitre, Avellaneda, Sarmiento, Alsina, Vélez Sársfield, Elizalde, Roca y los demás que formaran constelación alrededor de ellos, desfilen en momentos y actitudes de su vida que, si se tiene el cuidado de despojarlos de la exageración necesaria que les había puesto Stein, son los reales que les correspondieron. Porque Stein cuidó mucho de estar en contacto con la realidad, aparte de que muchas de las sátiras le eran sugeridas por los mismos personajes actuantes. Con frecuencia él recordaba que más de una inscripción o idea le fueron comunicadas por el General Roca.

Además, en la parte literaria de *El Mosquito*, colaboraron

nuestros buenos humoristas como Eduardo Wilde, que fué su redactor algún tiempo, Láinez y algún otro, que le imprimieron carácter.

Fué de una rectitud y honestidad ejemplar, y jamás su lápiz se puso al servicio de ningún favor subalterno. Por ello es que las páginas de *El Mosquito*, que vivió hasta 1893, serán una buena fuente para los que quieren asomarse a nuestro pasado inmediato, y su colección de retratos que publicó durante mucho tiempo, en la primera hoja, podrá ser utilizada con provecho para formar la iconografía de los hombres representativos de esos momentos.

Stein desaparece después de haber dado a su patria adoptiva el tributo de una obra que nunca dejó de reflejar la belleza de su patria de origen.

Algunos juicios sobre la exposición de paisajes españoles de Octavio Pinto.

En nuestro número anterior nos hemos referido en una nota al éxito alcanzado en Madrid por Octavio Pinto, cuya exposición de paisajes de El Pualar ha sido juzgada con mucho elogio por la crítica española.

Los últimos diarios y revistas llegados, traen juicios que nos complacemos en reproducir, completando los que hemos transcritos en nuestro número de Diciembre pasado.

Al comentar Juan de la Encina en la revista *España* el fallo del Jurado de la Exposición de paisajistas pensionados en el Pualar, fallo por el que no se otorgó distinción alguna a Pinto, dice: "Los dos pensionados cuyas obras son indiscutiblemente las mejores, esto es, los señores Pinto e Igual Ruiz, no han merecido, a juicio del jurado, ninguna calificación honorífica... Lo han constituido los siguientes señores: Muñoz Degrain, don Rafael Domenech, Moreno Carbonero, Errazu, Villegas y don Aureliano de Beruete. Debemos declarar que este último señor, dando pruebas de un criterio artístico muy superior al de sus compañeros, fué el único que votó por el pensionado señor Pinto, cuyas obras son las mejores de esta exposición. El señor Villegas, director dimisionario del Museo del Prado, sufre una afección a la vista que le impide ver normalmente. Por lo visto se puede juzgar de pintura con la visión perturbada".

Don Aureliano de Beruete, el muy erudito crítico de Goya, ha sido nombrado recientemente director del Museo del Prado, en reemplazo del pintor Villegas.

José Francés, en su crítica de *La Esfera*, dice que entre los que se destacaban preferentemente en la Exposición de los pensionados del Paular, se encontraba Pinto, "paisajista argentino de excepcionales dotes de colorista y de educación moderna muy bien orientada, y al que nos proponemos consagrar, muy en breve, una extensa información".

El crítico de *La Mañana*, Ballesteros de Martos, ha escrito: "En Octavio Pinto, argentino de nacionalidad, hay un pintor de espléndido porvenir". Señala luego el "gran sabor de modernidad", el "sello de distinción inconfundible", que tienen sus paisajes, a pesar de su estilo falseado a veces—según dice—por cierta rigidez. "Pinto,—agrega—como ocurre a todos los pintores americanos, tiene la preocupación de la factura, y esto le impide en muchas ocasiones llegar al fondo sustantivo del asunto que trata de pintar.

"Sucede con estos pintores lo que con los escritores llamados estilistas, que a fuerza de querer rebuscar una manera original y preciosa de decir las cosas, huyen las ideas y se quedan siempre detenidos en la envoltura superficial de los temas. Sin embargo, Pinto logra alcanzar verdaderos valores expresivos, y es porque su espíritu de artista ha roto la barrera glacial de la técnica que le contenía y se ha desbordado, llenándolo todo de lo que es la esencia del arte: la emoción. Tal sucede en el cuadro titulado "Celdas muertas". Merecen también mencionarse los titulados "La luz en los claustros", "El pinar amanecido", "Lunario" y "Sol".

El tríptico "La luz en los claustros" fué vendido a un coleccionista de Madrid por la suma de tres mil pesetas, cantidad que no alcanzan con frecuencia los mejores pintores españoles de nuestro tiempo.

Advertencia.

La falta de espacio nos obliga a dejar para el número próximo, los dos artículos preparados, sobre *El año musical* y *El año teatral* en 1918.

NOSOTROS.